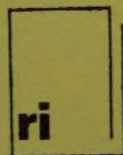


cuadernos de

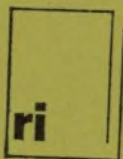
ruedo ibérico

15

octubre
noviembre
1967



Ayuntamiento de Madrid



c u a d e r n o s d e

Revista bimestral

Redactores-jefe

RAMON BULNES
JOSE MARTINEZ
JORGE SEMPRUN

ruedo ibérico

Directeur Gérant de la publication :
FRANÇOIS MASPERO

© Editions Ruedo ibérico

Tous droits de reproduction et de traduction
réservés pour tous pays.

Administration, diffusion et ventes :

5, rue Aubriot, Paris 4.
C. C. P. Paris 16.586-34

Imprimé par A. Cary, Colombes (Hauts-de-Seine)

número

15

Ayuntamiento de Madrid

octubre-noviembre 1967

sumario

Juan Martínez Alier : ¿ Un edificio capitalista con fechada feudal? El latifundio en Andalucía y América latina 3

Relaciones de producción y desarrollo de las fuerzas productivas	4
La reforma agraria de la república española	5
La tierra al que la trabaja	9
Las aparcerías	11
La política agraria de la izquierda revolucionaria	18
Bajo un gobierno liberal	19
La primera reforma agraria cubana	23
¿ Revolución democrático-burguesa o revolución obrera ?	25
Relaciones capitalistas de producción	32
Argumentos científicos y argumentos morales	40
Capitalismo de puertas afuera y capitalismo de puertas adentro	43
Bolivia, un caso atípico	47
En resumen	49

André G. Frank : ¿ Quién es el enemigo inmediato ? Latinoamérica : subdesarrollo capitalista o revolución socialista 55

Problemática política	56
Examen histórico	59
Nacionalismo burgués	65
Neoimperialismo	68
Estructura de clases	71
Ideología y marxismo	78

Luis Cernuda : Vientres sentados y Homenaje 83

Florentino Martino : Luis Cernuda y la joven poesía española 87

Lisandro Otero : La manifestación 91

Julio Cerón : Problemas de táctica y estrategia 97

1. Las Comisiones obreras entre la táctica y la estrategia	97
2. Cisma en España. Curas o sacerdotes	106

Gregorio Mieres : Teología y revolución socialista 111

Condiciones de venta y suscripción	96
------------------------------------	----

Un plagio de la Editorial ZYX

La editorial católica ZYX de Madrid ha publicado recientemente (con fecha 1968) un pequeño libro titulado Asturias frente a su reconversión industrial, en el que figura como autor Jesús A. Expósito.

Nos vemos en la obligación de denunciar el siguiente hecho: el contenido de esta obra es la copia textual del artículo de Ramón Bulnes, « Asturias frente a su reconversión industrial » publicado por Cuadernos de Ruedo ibérico en su nº 4 (diciembre/enero de 1966). Este artículo no aparece citado en ninguna de las páginas del libro de ZYX¹.

El señor Expósito —que no ha actualizado nuestro artículo, superado ya en muchos aspectos por los cambios acaecidos en Asturias a lo largo de 1967— ha llevado a cabo una serie de lamentables añadidos que llegan a desvirtuar la intención y el espíritu del artículo de Ramón Bulnes. Así por ejemplo en la parte dedicada a la siderurgia —copiada textualmente al igual que las demás— el falso autor se permite intercalar extrañas frases, tales como éstas: « Ensidesa, a pesar de la política económica puesta en marcha, no es conocida del pueblo »; o, refiriéndose a la creación de esta empresa del INI: « El gobierno se apunta un triunfo sobre la liga capitalista ». Igualmente se añade una lamentable introducción en la que el señor Expósito dedica « su » obra a aquellas personas « que no se consideran clase » o « a los claseados por sí leyéndola se percatan de su error ». Al mismo tiempo han sido eliminados del artículo copiado los análisis políticos en él expuestos.

Cuadernos de Ruedo ibérico denuncian la irresponsabilidad que supone apropiarse del trabajo intelectual ajeno, hecho que descalifica totalmente al pretendido autor señor Expósito y nos hace poner en duda la seriedad de la Editorial ZYX de Madrid.

Cuadernos de Ruedo ibérico

1. Hemos observado que sólo tres páginas (11, 12 y 13) de las 80 que componen la publicación de la Editorial ZYX son originales. Están dedicadas a exponer « la configuración de los elementos técnicos y geológicos » de la minería. El resto es la copia textual del artículo de R. Bulnes, copia que afecta incluso al título del artículo, los epígrafes, las notas a pie de página y el gráfico (con un grave error de copia éste) y explicación del mismo.

Juan Martínez Alier

¿Un edificio capitalista con una fachada feudal?

El latifundio en Andalucía y en América latina

Las observaciones que siguen están dirigidas a quienes se titulan de izquierda y que, tanto en España como en América latina, continuamente profieren tópicos tales como que las aparcerías son residuos semif feudales, o que las relaciones de producción latifundistas constituyen un freno al desarrollo de las fuerzas productivas. Estas gentes de izquierda no desdennan tampoco utilizar el vocabulario de los estudios de las Naciones Unidas sobre reforma agraria: la estructura agraria latifundista pone obstáculos al desarrollo económico, y la reforma agraria ayudaría al desarrollo o es incluso una condición previa, ya que los propietarios son absentistas que no se preocupan de realizar inversiones y sí sólo de consumir ganancias obtenidas sin ningún riesgo ni esfuerzo empresarial, en tanto que a los aparceros, colonos, etc., les falta también incentivo para invertir. A partir de estos análisis, tanto los izquierdistas, que en este artículo se supone tienen por objetivo una revolución socialista, como los economistas de las Naciones Unidas, que desean el desarrollo económico, advocan políticas que en realidad no conducirían a los objetivos propuestos. En este artículo se trata explícitamente de los análisis y de las políticas agrarias de la izquierda y se emplea, por tanto, la terminología marxista.

No es mucho lo que se sabe del carácter de las relaciones sociales de producción en el latifundismo latinoamericano —a diferencia del andaluz, para el que hay estudios que van al fondo de la cuestión, aunque otros haya que todo lo confunden. Cabe de buena fe dudar en muchos casos si esas relaciones tienen un carácter feudal o semif feudal o si tienen un carácter capitalista. Irrita, sin embargo, la ingenuidad de los izquierdistas que dan por sentada la cuestión respecto al carácter feudal o semif feudal de las relaciones de producción en el latifundismo, ya que el lenguaje que entonces usan y la política que lo acompaña pueden hacer, en realidad, el juego a la derecha. La línea de defensa de la derecha no es ya, desde hace varias décadas en la mayoría de países, la inviolabilidad del derecho natural de propiedad sino la doctrina de la función social de la propiedad y la imagen del empresario agrícola. Desde un punto de vista de izquierda conviene más rodear esa línea de defensa que atacarla de frente diciendo, por ejemplo, que los propietarios no tienen mentalidad empresarial, que son absentistas y por eso ceden sus tierras en explotación indirecta a colonos y aparceros y que, en fin, no cumplen su función social y que, por tanto hay que hacer una reforma agraria para que aumente la producción. Con otro simil bélico: no hay que utilizar sus armas, es decir su vocabulario e ideología, que siguen siendo suyos aun si se traducen a lenguaje marxista —lo que importa es emplear el tipo de análisis que puede dar mejores armas.

En lo que sigue, voy a usar mi conocimiento de la situación agraria andaluza, incluyendo además algunos ejemplos latinoamericanos, para intentar aclarar cuáles son los hechos y los criterios a los que hay que atender para contestar la pregunta sobre el carácter de las relaciones de producción en el latifundismo; y, suponiendo como yo supongo que esa pregunta hay que contestarla en el sentido que ese carácter es fundamentalmente capitalista,

—Cuando hayamos ampliado y consolidado nuestro territorio —continuó el Che—, implantaremos la reforma agraria, repartiremos la tierra entre los que la trabajan. ¿Qué tú crees de la reforma agraria?

—Es imprescindible —contesté. Los ojos del Che se avivaron—. Sin reforma agraria no hay progreso económico posible.

—Ni social —me interrumpió el Che. (Enrique Oltusky, Gente del llano.)

diré también algo sobre qué política agraria debe seguir la izquierda en lo que respecta al latifundismo para conseguir sus objetivos —basándome mayormente en las experiencias de la frustrada reforma agraria de la república española y de la relativamente exitosa reforma agraria cubana, y en mi análisis del latifundismo andaluz en la actualidad.

Relaciones de producción y desarrollo de las fuerzas productivas

Empecemos dando un breve rodeo y defendiendo una concepción cuya aplicación mecanicista atacaremos luego. Tomando el caso de la agricultura española como ilustración, salta a la vista lo fructífero de emplear el enfoque «relaciones de producción frenan el desarrollo de las fuerzas productivas», o el enfoque equivalente «estructura agraria obstaculiza desarrollo económico», para analizar la estructura agraria de Castilla la Vieja y los cambios que están ocurriendo en ella. Es tierra cerealista, de secano rabioso, repartida en propiedades medianas y pequeñas sumamente fragmentadas: esta estructura de la tenencia de la tierra impide el uso de máquinas cosechadoras de cereales y aun de tractores —muchos propietarios tienen sus fincas divididas en diez o veinte parcelitas, distantes entre sí. La estructura agraria se está modificando a través de un programa de concentración parcelaria y esta nueva estructura hace posible el empleo de nuevas técnicas, que ahorran trabajo. Los pequeños campesinos emigran a las ciudades, donde, en general, encuentran oportunidades de empleo que se les niegan en el campo por el empleo de maquinaria. Los emigrantes se van a veces aun antes de la concentración parcelaria; en cualquier caso, malvenden pronto o temprano su tierra a los mayores propietarios, que no se ven forzados a emigrar, ya que no viven del trabajo manual propio, y que la adquieren con las parcelas convenientemente agrupadas ya o con la seguridad de que serán agrupadas con el auxilio estatal. También las compras contribuyen a la agrupación. Hubiera cabido una modificación de la estructura agraria para hacerla adecuada al grado de desarrollo de las fuerzas productivas que hubiera tenido un distinto contenido de clase; por ejemplo, que los emigrantes, inevitablemente desplazados, hubieran recibido precios o rentas más altos por su tierra —precios y rentas que descienden en un mercado de vendedores forzados a emigrar—, que hubiese sido incorporada a una colectividad en cada pueblo y cultivada en común por los que se quedasen. La nueva estructura agraria nace, en parte, espontáneamente y, en parte, con la ayuda del Estado a través de la concentración parcelaria, respondiendo al desarrollo de las fuerzas productivas y toma la forma que corresponde a los intereses de los más fuertes. En el terreno de las doctrinas, hay una fuerte propaganda a favor de los beneficios de la concentración parcelaria, y no se pone en duda que la emigración y la venta de la tierra son procesos que transcurren en un mercado libre de trabajo y de tierra: no hubo propaganda a favor de planificarlos.

La mayor dimensión media de los campos y de la propiedad, en Castilla, facilitará el desarrollo de las fuerzas productivas. La verdad de esto se

percibe en otra región de España, Andalucía occidental, la tierra del latifundio en fértiles suelos cerealistas-algodoneros-olivareros. También hay en Andalucía occidental muchos pequeños propietarios a los que más o menos se aplica lo dicho para Castilla la Vieja. Pero si al analizar la estructura agraria latifundista andaluza se acude al enfoque « relaciones de producción frenan el desarrollo de las fuerzas productivas » lo más probable es que se acabe por falsear la realidad. Quien diga que una reforma agraria —en la forma que él desee: en colectividades, en cooperativas, en parcelas— al cambiar las relaciones de producción hubiera llevado a un ritmo más rápido de desarrollo de las fuerzas productivas y de la producción, tendría mucho trabajo para probarlo, tanto si toma, restringidamente, por ámbito de análisis la agricultura latifundista andaluza como, aún más, si toma la economía española en su conjunto. Este tema reaparece hacia el final del artículo.

La reforma agraria de la república española

La cuestión, históricamente, se ha planteado en España de modo parecido a cómo hoy se plantea en América latina: la izquierda y los liberales se han declarado a favor de una reforma agraria. Había que acabar con tantos propietarios absentistas, había que acabar con el feudalismo —y se decía y se dice aún, no muy coherentemente, que el latifundismo andaluz es feudal, cuando el problema clásico del campo andaluz ha sido y es el desempleo; poca tierra, además, es propiedad de herederos de quienes recibieron donaciones y mercedes por sus servicios a la corona: la desamortización en el siglo pasado y la mayor competencia técnica y económica de los burgueses rurales se han encargado de que los latifundios no

NOTA. Tal vez ayude al lector una aclaración sobre el uso del término « absentismo ». Siguen tres textos de gobiernos y partidos de derecha y extrema derecha en que, característicamente, se amenaza a los propietarios absentistas.

1) « [...] no merece la misma protección el que se lleva, desde la ociosidad estéril de un absentismo decadente y rapaz, lo mejor de los productos del campo y lo más granado de su renta, que el capitalista entusiasta y apasionado que traslada al campo, no sólo su capital, sino su vida y su ilusión [...] » (Rafael Cavestany, ministro de Agricultura del gobierno de Franco, 1951.)

2) « [...] falta el auténtico empresario agrícola: la posibilidad de gozar de una alta renta de la tierra [...] ha llevado a un absentismo generalizado y a la proliferación de formas precarias de tenencia ». (Ley de Reforma Agraria promulgada por la Junta Militar de Ecuador, 1964.)

3) « Absentismo del propietario. Todos los predios

que no son trabajados personalmente por sus dueños, sino en forma indirecta mediante arrendamiento, mediería, aparcería u otros sistemas de explotación por terceros y que para sus propietarios constituyen un simple medio de rentabilidad o recreo, quedarán sujetos a expropiación total ». (Programa agrario de la Democracia Cristiana chilena, 1962.)

Es decir, el término denota la actitud del propietario: a) que se ausenta del cuidado de su negocio; b) que no se preocupa de ganar la máxima cantidad de dinero posible (en el texto chileno, al hablar de « recreo »); c) que cede la explotación de la tierra a aparceros o arrendatarios, que vive de renta (en los tres textos).

La paradoja está en que a menudo al propietario que quiere ganar más dinero le conviene ceder la explotación de la tierra, lo que permite ausentarse. Y, a la inversa, sustituir aparceros y arrendatarios por obreros lleva normalmente a más trabajo y menos dinero para el dueño. Pero esto no lo pueden admitir los propietarios hoy en día.

estén ya en manos de aristócratas de antiguos títulos ; esa evolución ya había sido casi completada cuando llegó la república en 1931. No vamos, sin embargo, a discutir el uso del término « feudal » que no es inequívoco : lo que la izquierda quiere decir está lo bastante claro como para entenderse. La izquierda usaba y usa aún la imagen del feudalismo, en parte por un malentendido acerca de la naturaleza de las aparcerías, y también porque es insultante, y, finalmente, por un deseo, consciente o no, de ganarse así el apoyo de los liberales para la reforma agraria —ya que los liberales, demócratas, burgueses, herederos de la revolución francesa, han de estar en contra de todo residuo feudal y semifeudal, de todo propietario absentista, de la propiedad no adquirida en el mercado sino con un origen « de señorío ». Los liberales, por el contrario, han de estar a favor de los propietarios que son capitalistas consecuentes, cumpliendo su función social a base de sacar como buenos empresarios el máximo beneficio a sus explotaciones agrarias. Así, durante la república española se confiscó, sin que apenas nadie protestara, a los grandes propietarios aristocráticos con la pobre excusa de que habían estado espiritualmente a favor del pronunciamiento del general Sanjurjo en agosto de 1932 ; éstos eran, en general, los absentistas por excelencia, que arrendaban sus fincas enteras o parceladas —naturalmente, ganaban más dinero arrendando que llevando la tierra directamente con obreros. No hubo escrúpulo jurídico que reprimiera la ira que los liberales republicanos sentían contra los aristócratas incluidos en la famosa lista de los « grandes » de España que se confeccionó al efecto, con todos sus títulos de nobleza y sus hectáreas. Esta lista espectacular merece aún el honor de ser reproducida de cuando en cuando —por ejemplo, en el libro de Tamames sobre estructura económica española y en el *Paris-Match* hace pocos años. Sin embargo, esos aristócratas poseían en conjunto una pequeña proporción de la tierra en latifundios : menos de un diez por ciento, y su tierra se administraba competentemente por sus grandes arrendatarios o por administradores. El ojo del amo no engorda al caballo, si el amo no entiende de caballos ; claro que tal vez el amo engordaría más si no dejara a otro que negociara con su caballo, pero así y todo el amo puede pensar que más vale que lo cuide quien lo entiende y que más vale poco que nada. Lo que está claro es que el refrán fue inventado por un amo que buscaba argumentos para que no le quitaran el caballo.

Hay un paralelo entre ese inicio de reforma agraria en España y un aspecto de la primera reforma agraria cubana, en 1959. Con el entusiasmo unánime de la población se expropió a los más grandes latifundistas y a las compañías azucareras norteamericanas, absentistas e imperialistas, que fungían de duques y marqueses, mientras el imperialismo fungía en Cuba el papel del feudalismo en España para cimentar sobre el odio a él la alianza obrero-burguesa o izquierdista-liberal. Una lista de esas compañías y de sus propietarios, también impresionante para ojos ingenuos, ha circulado ampliamente. Hubiera sido grotesco que la izquierda se hubiera tragado su propia propaganda, que como propaganda para gozar del apoyo

democrático-burgués durante una época estuvo bien ; así, en Cuba, la izquierda descubrió que en términos de tierra recuperada y, más aún, en términos de obreros beneficiarios, la expropiación significaba poquito comparado a las apetencias de los obreros —y tuvo que llegar la segunda reforma agraria en 1963, ya que el conflicto principal estaba entre burgueses rurales de cien a quinientas hectáreas, más o menos, y los obreros rurales. En España, durante la república, la izquierda parece haber sido convencida por su propia propaganda. Primero se confiscó la tierra de los « grandes » de España : en el campo, los obreros apenas lo notaron ; sólo supieron que unos pocos miles de compañeros suyos iban a ser asentados en algunos famosos cortijos, lo que sin duda abrió el apetito que no se vio luego satisfecho, pues las únicas otras medidas que los gobiernos republicanos tomaron, aparte de algunas encaminadas a reforzar el papel negociador de los sindicatos rurales y a conceder algunas peticiones sobre laboreo forzoso, trabajo de obreros forasteros, salarios, etc. ; fueron la de amenazar con expropiación a los propietarios que cedían tierra en explotación indirecta y la de dar seguridad en la tenencia a pequeños arrendatarios y aparceros. Para los propietarios burgueses, que son la gran mayoría, disposiciones legales que amenacen a quienes ceden tierra en explotación indirecta, y que desanimen a cederla mediante la protección que conceden a los pequeños arrendatarios y aparceros, vienen como anillo al dedo : así se realza la imagen del empresario que lleva la tierra directamente con obreros. Es significativo que incluso el gobierno de Franco haya proferido a menudo amenazas contra los propietarios que ceden tierra —llamándoles absentistas— y haya legislado sobre arrendamientos protegidos consiguiendo así que hayan echado a los pequeños arrendatarios : esas medidas responden a los intereses de los latifundistas andaluces que, como no son absentistas, están encantados cuando se ataca al absentismo —así la legitimidad de su posición se reafirma. Una vez confiscada la tierra de los « grandes » de España y dictadas esas medidas, ahí se acabó la reforma agraria de la república. No debía haber sido inesperado : ni los gobiernos radicales-Ceda, ni **tampoco** los socialistas-Azaña iban a expropiar a los buenos burgueses rurales andaluces, verdaderos cumplidores de su función social, en cuyo poder estaban la inmensa mayoría de los latifundios —que en realidad no son tan enormes, la mayoría también entre cien y quinientas hectáreas, y que no están, en general, mal cultivados : conviene, sin embargo, llamarlos latifundios, a pesar de las connotaciones peyorativas, porque los obreros tienen realmente una visión peyorativa de ellos : « quien dijo cortijo todo lo dijo », dicen los obreros rurales andaluces ; lo que les pasa, en el fondo, es que querrían apropiarse de ellos, lo que no es para espantar a un hombre de izquierda aunque sí a un liberal.

Díaz del Moral, un notario local que fue magnífico historiador de las agitaciones campesinas andaluzas, era un admirador de los propietarios andaluces a quienes comparaba por sus virtudes con los fabricantes catalanes, un enemigo de las « casas señoriales », un miembro del partido de Azaña y del Instituto de Reforma Agraria. El creía probable que si no se hacía una

reforma agraria los obreros rurales, presa del furor anarquista, harían una revolución, como ocurrió, pero no podía recomendar una reforma agraria que los hubiera pacificado. Esperaba que, por el gran aumento de los costes de trabajo en las épocas de agitación obrera, los propietarios se vieran forzados a ir cediendo tierra y vendiéndola a los obreros, como con alguna intensidad iba sucediendo; el Estado podía facilitar esa evolución natural. Una expropiación repentina de los propietarios a favor de los obreros hubiera hecho descender mucho la producción, opinaba no sin razón a mi juicio. Pues para él, « el absentismo no era ni había sido un mal en la región »¹.

No se ganaba nada, por tanto y desde el punto de vista de una izquierda que no podía gobernar más que a la sombra de los liberales de Azaña, esperando que se hiciera la reforma agraria izquierdista y diciendo entre tanto que la mayoría de los latifundistas andaluces eran puros parásitos que dejaban la tierra yerma o la dedicaban a criar toros bravos: los concedores de la situación que eran de tendencia liberal habían llegado, más tarde o más temprano, al convencimiento de que no era así. Por eso no se hizo la reforma agraria en los primeros años de la república, que es cuando parece a primera vista que se pudo haber hecho —después vinieron gobiernos más de derecha y después, en febrero de 1936, la república se volvió más proletaria: entonces llegó la reforma agraria, o mejor revolución, pues para los obreros agrarios andaluces y para los aparceros extremeños (los yunteros, que sí tenían que tratar con más absentistas ya que el aprovechamiento del suelo es sobre todo ganadero) tan superfluo resulta un propietario absentista como un empresario agrícola. El inicio de la revolución en los campos del sur de España —en la primavera de 1936— fue espontáneo, sin armas, fue seguido inmediatamente, o precedido en muchos casos, por el alzamiento militar y la contrarrevolución exitosa en algunos pueblos, y por el principio de la guerra civil. Al final del verano, casi toda Andalucía occidental y Extremadura habían sido ocupadas militarmente. Tal vez se había esperado demasiado tiempo con la ingenua esperanza de que la democracia burguesa iba a hacer una reforma agraria contra los burgueses rurales. Los socialistas no empezaron a ganar terreno en el campo andaluz hasta muy al final y no en todas partes, y seguramente nada temía tanto un funcionario republicano y socialista como dar armas a un sindicato rural anarquista.

Esta interpretación es plausible y es, además, la que conviene a la izquierda. La alternativa es decir que Azaña y Díaz del Moral y tantos otros no eran buenos liberales, o que desconocían la situación rural andaluza creyendo equivocadamente que era más bien calificable de capitalismo agrario que de feudalismo. En realidad, Díaz del Moral creía exactamente eso, acertadamente; era además, como tantos otros, un buen liberal, contrario a la represión, a la prohibición de sindicatos, a favor de la libertad de la prensa obrera. Si la historia enseña algo, en España con respecto a la campaña andaluza, como tal vez en Italia años antes con respecto a la situación agraria en el Valle del Po, es la irrelevancia del libera-

lismo si se enfrenta a la cuestión agraria cuando los latifundios están ya en manos de burgueses y cuando los campesinos sienten como obreros. Las salidas apropiadas eran o la revolución obrera o el fascismo. Lo cual no quiere decir que la cuestión agraria sea la principal razón de la guerra civil, aunque en cuanto motivó el desorden público en amplias zonas de España y, por tanto, ofreció la justificación necesaria a los militares, se puede por lo menos afirmar que fue una razón muy principal. Pero quiere decir que la guerra civil fue claramente en Andalucía, a los ojos de los obreros, una guerra entre burgueses y obreros, y lo que vino luego una matanza de obreros organizada por los burgueses rurales locales y la transferencia del poder político local a esos burgueses: durante una época después de la guerra civil, sí que hubo algo de feudalismo en Andalucía, donde algunas fuerzas represivas dependían de los burgueses y donde la justicia era ejercida, en parte, por los dueños de la tierra. Pero después se ha vuelto a la situación normal: esas son funciones exclusivas del Estado. Los que tienen los latifundios hoy son, en general, los que los tenían entonces; y todavía los tienen, a juicio de los obreros, por la única razón de que ganaron la guerra. Más tarde, al hablar de la política agraria del Partido Comunista de España conviene recordar esto.

Los liberales, pues, no hicieron la reforma agraria al darse cuenta que no bastaba meterse con unos cuantos aristócratas para tranquilizar a los obreros, y que si expropiaban a los burgueses podían desorganizar seriamente la producción agraria. Hoy en Chile puede estar ocurriendo algo parecido. Si la reforma agraria de la democracia cristiana no va adelante, no es necesariamente porque Frei esté vendido al imperialismo, o a los propietarios absentistas, sino probablemente porque no va a expropiar a los que él ve como auténticos empresarios agrícolas: él cree seguramente en la función social de la propiedad. Quienes no creen en la función social de los propietarios son seguramente los campesinos, ¿y tal vez la izquierda? El decir que los propietarios son competentes capitalistas puede parecer, como probablemente le parece a Frei, y como les parecía a los gobiernos de la república española y a la revolución cubana en 1959, que significa la absolución de los propietarios de la acusación de absentismo y en consecuencia su confirmación en sus cargos de empresarios agrícolas y, por tanto, el abandono del hasta ahora principal tema de propaganda a favor de la reforma agraria. En realidad, significa exactamente eso mismo. Pero ocurre que, desde un punto de vista obrero, la charla sobre el derecho natural o la función social de la propiedad, sobre el carácter absentista o empresarial de los propietarios, es pura filfa. Esto abre perspectivas nuevas a la política agraria de la izquierda; antes hay que explicar cuál es el punto de vista obrero para lo que seguiremos en Andalucía.

La tierra al que la trabaja

Los obreros rurales andaluces —y probablemente los latinoamericanos— tienen seguramente una conciencia más clara que los obreros industriales

de las ventajas que a ellos les reportaría el hacerse con los medios de producción, y una mayor confianza en su capacidad para organizar la producción. Las ventajas son tanto más deseables por cuanto su nivel de vida es, en general, más bajo que el de los obreros industriales y, además, por cuanto los obreros rurales estiman que al hacerse ellos con la tierra y otros medios de producción complementarios, disminuiría el desempleo —cuestión presente en parte por la naturaleza estacional del trabajo agrícola y en parte porque los latifundistas dejan de emplear obreros en trabajos de productividad escasa, aunque apreciable, por estimar que a los niveles de salario y rendimiento en el trabajo existentes no compensaría el coste. El desempleo es atribuido por los obreros, con justificación parcial al menos, a las decisiones de propietarios, que en la práctica no se comportan como señores feudales, cuya obligación es proteger a sus siervos, sino como capitalistas que calculan coste y productividad del trabajo. Que en esos cálculos el trabajo a menudo resulte caro es un hecho importante que explica porque los latifundistas ven frecuentemente la explotación indirecta como un medio para reducir los costes unitarios de trabajo —este es un tema que en seguida volverá a salir.

Los obreros, pues, quieren la tierra porque, obviamente, sus ingresos aumentarían, y también, quizá más importante, porque así el desempleo disminuiría. Creen además que podrían manejar los latifundios porque, en Andalucía hasta ahora y en la mayor parte de América latina todavía durante bastante tiempo, el nivel de desarrollo técnico es muy bajo —casi todas las labores son manuales o con mulos o con bueyes. No hay una especialización en el trabajo comparable ni de lejos a la de la industria —los obreros cambian de tarea cuando cambia la época del año. Llegar a tractorista, la calificación más alta, no requiere gran preparación. Todos comprenden el proceso de producción: cualquier obrero agrícola puede explicar qué labores hay que hacer a los distintos cultivos. En general, viven cerca del ejemplo que representan los pequeños propietarios campesinos que más o menos salen adelante con un nivel de vida, y sobre todo con una seguridad en el empleo, y con una independencia, superiores a los de los obreros. Y cuando los obreros se convierten temporalmente en aparceros o arrendatarios pequeños, entonces sí que no les cabe duda alguna de su propia capacidad para llevar la tierra. En la industria, en contraste, los obreros desconocen casi siempre el proceso técnico global y dependen de una organización burocrática más compleja que la que pueda existir en un latifundio —donde como máximo hay un par de niveles jerárquicos entre el dueño y el último obrero. Para decirlo en el lenguaje de un estudio del trabajo industrial, es muy probable que los obreros rurales padezcan en grado ínfimo la alienación tecnicista y la alienación burocrática que caracterizan a los obreros industriales modernos. Es decir, a pesar de su bajo nivel de instrucción, los obreros agrícolas andaluces —y seguramente otros también— ven como ventajoso y sencillo el paso de los medios de producción a sus manos. La persistencia de esta aspiración depende, según mi experiencia andaluza, de un nivel bajo de desarrollo técnico, de la

existencia del desempleo y también de la propaganda política a base del slogan « la tierra a quienes la trabajan ». En Andalucía, la aspiración no se traduce apenas en acciones por la violencia de la represión, por el recuerdo de la matanza de obreros durante y después de la guerra civil, por el miedo : métodos de impedir la revolución que pueden convertirse en temas de propaganda a favor de la reforma agraria. En Andalucía, las posibilidades actuales de emigración masiva hacen también perder alguna intensidad a esa aspiración.

En la América latina rural persistirá el bajo desarrollo técnico ya que, en general, los costes de trabajo manual o con animales son inferiores a los costes de técnicas con mayor intensidad de capital. En la medida que se introduzcan nuevas técnicas, algunas de las cuales como tractores para labores profundas, cosechadoras de cereales e incluso herbicidas se están volviendo competitivas por bajos que sean los salarios, se agravará el desempleo, agravado también por la gran expansión demográfica. La emigración a las ciudades —que junto con la emigración al extranjero y una natalidad más moderada en comparación a la latinoamericana está « solucionando » la cuestión agraria andaluza— en muchos países de América latina no absorberá, con mucho, más del incremento demográfico rural ya que la industria utiliza técnicas que cada vez requieren relativamente menos trabajo —los bienes de capital se importan necesariamente de países donde el coste de trabajo es mucho más alto. Por tanto, las condiciones para que los obreros rurales latinoamericanos deseen los medios de producción, y lo hagan con intensidad superior a sus colegas industriales, se están dando y se seguirán dando bastante tiempo —incluyendo claro está, la propaganda política.

Las aparcerías

Estoy, sin embargo, hablando de obreros cuando en realidad —a diferencia de Andalucía— una gran parte de los campesinos latinoamericanos que trabajan en latifundios no son remunerados únicamente en dinero. Son, por tanto, más bien aparceros o colonos o cómo se les quiera llamar. Los sistemas y las denominaciones son numerosas. Van desde los peguhaleros bolivianos, que recibían una parcela de tierra a cambio de su trabajo en la tierra del dueño —como en la Europa feudal, un sistema que fue prohibido a partir de la revolución de 1952— hasta los colonos de café brasileños que reciben un salario y una participación en el producto, pasando por los inquilinos chilenos que reciben tierra y dinero a cambio de su trabajo, los yanaconas peruanos que reciben una participación en el producto y capital a interés y todas las numerosas formas de emplear trabajo en los latifundios que caben bajo el término de colonato o aparcería que para entendernos vamos a emplear.

Es crucial, en mi análisis, dividir esos sistemas en dos grupos : los que pueden describirse como feudales o semif feudales pertenecen al primero ; los que hay que describir como capitalistas, como realmente formas de

remuneración al trabajo con incentivo, pertenecen al segundo. Esta división tiene importancia no sólo para definir el carácter de las relaciones de producción latifundistas sino también para el análisis de la estabilidad de la estructura agraria latifundista en América latina.

El calificativo de semifeudales que Marx dio a las aparcerías respondía a su interés, en el contexto, de señalar como el pago de la renta del suelo que se hacía en trabajo en la época feudal pasa en la época capitalista a ser hecho en dinero en los arrendamientos. En una etapa intermedia, el pago de la renta se realiza en productos. De aquí viene todo el lío. Porque, en mi opinión, aunque ese esquema sea válido, deja de lado una clase de aparcerías que no tiene nada que ver con el **métayage** semifeudal, pero que, a primera vista, no se distinguen de él. Es importante plantearse la situación desde el punto de vista del propietario que emplea obreros asalariados con quienes sostiene relaciones de trabajo de corte claramente capitalista: trabajo eventual, pago a destajo o por tarea, reglamentación del trabajo en cuanto a horarios, etc. Es muy probable que el capitalista agrario considere que sus ganancias podrían aumentar si cediera la tierra a los obreros convirtiéndolos en aparceros. Las aparcerías de esta clase son un método para reducir los costes unitarios de trabajo, y no es una casualidad que en muchas regiones del mundo los cultivos intensivos estén en manos de pequeños aparceros —o a veces de pequeños arrendatarios— que los propietarios ven en realidad, desde un punto de vista económico, como obreros que trabajan a incentivo, y a quienes además se transfiere parte del riesgo. Paralelamente, estos pequeños aparceros se ven a sí mismos, en alguna medida, como pequeños agricultores, pero fundamentalmente siguen viéndose como obreros. Así se explica que aparceros de esta clase, en Cuba por ejemplo, pidieran que cuando con la participación en el producto que les correspondía, no alcanzaría su remuneración el nivel que hubiera alcanzado cobrando el salario mínimo legal en todos los días trabajados, se les pagara, sin embargo, un complemento sobre su participación que llevara la remuneración total por lo menos a ese nivel³. Una petición que indica que se veían como obreros. Y que también revela la razón de que a los propietarios les resulte rentable sustituir obreros por aparceros: costes de trabajo inferiores. Es significativo que a los efectos de la legislación cubana de seguridad social, los aparceros se hayan considerado obreros. En una petición análoga a la de los aparceros cubanos, que proviene de mi estudio sobre los latifundios en la campiña andaluza, un obrero que se había convertido en medianero protestaba de que « dicha liquidación no alcanza el jornal establecido por la ley... y además, dice que en dichos trabajos ha trabajado más de lo normal, como si fueran por cuenta (es decir, a destajo. JMA) »³. Es precisamente ese mayor esfuerzo en el trabajo lo que hace las aparcerías económicamente rentables para los propietarios: los obreros trabajan más y a menudo no ganan proporcionalmente más; esto no ocurre normalmente en los destajos, donde a doble esfuerzo corresponde doble remuneración y donde, sobre todo, la calidad del trabajo sufre. Además, mientras los obreros no están dispues-

tos, como obreros, a trabajar por menos de un salario mínimo establecido legal o convencionalmente, al introducir aparcerías puede aprovecharse ese trabajo disponible cuyos frutos favorecen, en parte al menos, a los dueños. Así, los costes de trabajo unitarios disminuyen al introducir aparcerías. La causa principal es el aumento en el rendimiento y en la calidad del trabajo. Esas parecen ser regularidades en el comportamiento observables en diversas estructuras agrarias latifundistas.

En Andalucía, aunque la oferta potencial de aparceros es amplia, los obreros creen, al nivel de los deseos, que no pueden traducir en la práctica, que no deberían tomar aparcerías por la misma razón por la que creen que no deberían aceptar destajos: al aumentar el esfuerzo en el trabajo puede dejarse sin empleo a otros obreros. Así, la sociedad de obreros de un pueblo pedía hace casi cincuenta años: « Prohibición del trabajo a destajo y, como forma encubierta del mismo, de los contratos de aparcería »⁴, y demandas iguales se hacen en la actualidad. El paralelo es exacto con las protestas de obreros rurales del Valle del Po, en la misma época, contra las aparcerías⁵. Lo cual claramente indica, sin que quepa la menor duda, que hay tipos de aparcerías que los obreros realmente ven como formas de remuneración al trabajo con incentivo. Algo menos feudal es difícil de imaginar.

Otro autor, Caio Prado Jr., ha formulado una crítica similar a los marxistas escolásticos que abominan de las aparcerías como residuos semif feudales. Para él, en el Brasil, « el asalariado precedió a la medianería »⁶ y, por tanto, o se está retrocediendo hacia el feudalismo o esas medianerías no son el **métayage** de que hablaba Marx. La respuesta es la segunda y las razones económicas que explican por qué los obreros asalariados se convierten en aparceros son las expuestas. Razones que, en Cuba, exponía hace más de cien años Domingo Aldama, cuando decía que para los dueños de la tierra iba a ser más rentable económicamente tener aparceros que asalariados, « porque dividida la tierra en pequeñas suertes, su cultura será más perfecta; si el año es malo, se ahorrará el hacendado los jornales que en el primer caso pagaría (si empleara a obreros. JMA); y como el interés del colono no es limitado por el salario fijo, se empeñará en cultivar mejor para que la caña rinda más, pues que este rendimiento será la medida de su ganancia »⁷. La cuestión, en terminología marxista, no es de renta del suelo sino de plusvalía del trabajo. Para Caio Prado Jr., el criterio que permite decidir si esas medianerías son o no semif feudales es que las condiciones de la participación de los colonos y de las aportaciones de los propietarios varíen con frecuencia al cambiar los precios en los mercados de trabajo, capital y productos. Si es así, si esas aparcerías no se establecen con proporciones tradicionales de un tercio, o una mitad, invariables durante largos años, sino que responden a una cuidadosa contabilidad de costes de trabajo —que no necesitan llevar todos los propietarios, ya que pueden copiarse los sistemas y contratos unos de otros, siendo sus explotaciones de estructura económica análoga—, y si las **proporciones varían con frecuencia**, entonces se está en presencia de

sistemas de colonato establecidos para reducir los costes unitarios de trabajo, un colonato capitalista a los ojos de propietarios y obreros.

Al lado de ese tipo de colonato « moderno », hay otro al que sí cabe, sin duda, calificar de semifeudal o tradicional. Sistemas en que los colonos proporcionan un número establecido de días de trabajo en tierras del dueño, a cambio de una parcela que sus familias han usufructuado por generaciones, donde las relaciones entre propietarios y colonos no se circunscriben sólo al trabajo agrícola; o sistemas de aparcería en que las proporciones están rígidamente fijadas y donde si algún arreglo hay que hacer, por ejemplo al fallar la cosecha por el mal tiempo, el amo concede una modificación con base a consideraciones personales. Sistemas donde, en resumen, el trabajo no se presta y se remunera por consideraciones exclusivamente económicas, donde las relaciones personales tienen un papel notable al lado de las contractuales. Distinto es cuando el aparcerero reclama un salario mínimo, por ejemplo, o se considera como un destajista mal pagado; y si no siempre reclama no es porque se vea como cliente en una relación de patronazgo, o por temor a una coacción extra-económica por parte del capitalista, sino más bien porque la alternativa es el desempleo: la misma razón que opera en el caso de sus hermanos de la industria.

El colonato tradicional, que incluiría sistemas de utilización del trabajo y tenencia de la tierra como los que predominan o predominaban en los países andinos, es menos rentable para sus dueños que el sistema de obreros asalariados o que el sistema de colonato capitalista. Sin embargo, durante mucho tiempo no ha cambiado, tal vez por razones que Marx, usando en esa ocasión un lenguaje que hoy resulta weberiano, estimaba que respondían al deseo de conservar la legitimidad de la situación: « ... en las situaciones elementales y rudimentarias sobre las que descansa esta relación social de producción la tradición tiene que desempeñar un papel predominante. Y asimismo es evidente que, como siempre, la parte dominante de la sociedad se halla interesada en santificar lo existente como ley y en dar una sanción legal a sus límites, establecidos por el uso y la tradición »³. En otras palabras, para que nada cambie no hay que cambiar nada. Pero hoy tanto la legitimación tradicional como la legal de esos sistemas semif feudales ha hecho definitivamente crisis, y desde un punto de vista obrero, los que los sustituyan serán también ilegítimos por razones expuestas en el apartado « la tierra a quien la trabaja ». Desde el punto de vista de los propietarios, que hasta ahora despreocupadamente sostenían en sus fincas esos sistemas verdaderamente semif feudales, la situación es tal que, como decía Lampedusa, hay que cambiar todo si se quiere que todo quede igual. Así, el colonato tradicional parece estar desapareciendo, bien dando lugar a un sistema de explotación directa con asalariados, bien siendo sustituido directamente por un sistema de colonato capitalista. Lo primero ha sido observado por un estudioso de la cuestión agraria en Ecuador: « El terrateniente remozado [...] el terrateniente transformado [...] reduce su dotación de mano de obra a sus verda-

deras exigencias y se muestra dispuesto a remunerarla mediante salario [...] estos pagos en efectivo son universalmente inferiores al equivalente de los ingresos compuestos (explotación de una parcela, crianza animal, y salario reducido) de los trabajadores de vinculación tradicional. En suma, el paso de huasipunguero a asalariado implicaría, para aquellos que lo logran, un descenso en sus ingresos reales»⁹, y, por tanto, un aumento para los de los propietarios. Lo segundo, en Bolivia, donde la servidumbre de los pegujaleros ha sido sustituida, en los latifundios que han quedado, no por trabajo asalariado sino por el sistema de compañía (una forma de aparcería), lo que ha determinado, dice un observador, «una paradójica situación para la mentalidad reaccionaria de algunos terratenientes: han recibido mayor cantidad de productos que la que cosechaban cuando toda la tierra era suya y los trabajadores campesinos estaban sujetos a la servidumbre»¹⁰. Seguramente los resultados halagüeños no fueran tan inesperados; y, sin duda, es jugar con ventaja el insultar a los terratenientes cuando no se preocupan de sus ganancias, llamándoles feudales y absentistas, e insultarlos también, llamándoles reaccionarios que aciertan por casualidad, cuando introducen un sistema que hace producir más y les da más dinero. Un cambio parecido en la tenencia de la tierra y en la utilización del trabajo ha sido observado en Chile. Allí, dice un estudioso del problema, el sistema del inquilinaje va dando paso a las aparcerías: cuánto más «transicional» y menos «tradicional» es el fundo y su propietario, mayor proporción de tierra se da en medianería, ya que éste es, en realidad, un sistema de remuneración con incentivo¹¹; este mismo observador, que estudia el latifundismo chileno más bien desde un punto de vista de derechas, explica más adelante que el novamás de la modernidad y de la mentalidad empresarial deseosa de obtener beneficios, consiste en organizar un sistema llamado de participación en beneficios —en realidad, muy similar a las aparcerías y que si no se llama por su nombre sino por uno novedoso es por razones que ahora explicaré.

El latifundismo latinoamericano que usaba el colonato tradicional se ha puesto en marcha. En Bolivia, por la revolución de 1952, y en los otros países andinos, entre factores tales como el deseo de lucro de los propietarios, la agitación campesina y otros, por las amenazas antiabsentistas, antifeudales, de la cosecha de declaraciones y leyes de reforma agraria que llegaron a los periódicos y a las gacetas oficiales, aunque no al campo, a partir de la revolución cubana. En realidad, una vez la legitimidad social de la estructura agraria empieza a ponerse en duda —y esto es lo que necesariamente significa la charla incesante sobre reforma agraria—, ya no hay motivo alguno para conservar un sistema de colonato tradicional que da menos ganancias a los propietarios que las que sería posible obtener. Puede haber también fenómenos de extensión del crédito bancario, de ampliación del mercado nacional o de exportación, por ejemplo, que faciliten ese cambio. Las razones en cada caso concreto interesan menos aquí que el notar la regularidad con que el cambio coincide con las amenazas que gobiernos de lo más reaccionario han proferido en dirección

a los feudales que empleaban el sistema de colonato tradicional. Eso ocurrió en Perú, donde las amenazas antiabsentistas y antifeudales no distinguen, y eso es lógico y significativo, entre sistemas empleados en la sierra y sistemas empleados en la costa, donde la estructura agraria es sin duda, capitalista; ocurrió en Ecuador, donde la Junta Militar clamó al cielo pidiendo verdaderos empresarios agrícolas. En Colombia, los absentistas —esto es, quienes ceden tierra en explotación indirecta ya sea en sistemas de colonato tradicional o en sistemas de colonato capitalista o en arrendamiento—, tienen en teoría menos garantías contra una expropiación que los propietarios que explotan la tierra directamente con obreros: éstos son los que cumplen su función social, y al amenazar a los otros, el Estado defiende a éstos¹². La fórmula de la función social, con las mismas implicaciones aparece también en las discusiones sobre latifundismo en el congreso que redactó la constitución cubana de 1940. Es importante notar como resulta imposible empezar a distinguir en la legislación entre absentistas que ceden tierra porque siempre se ha hecho así y por no preocuparse, y «absentistas» que ceden tierra porque así ganan más que con obreros asalariados. Para quien cree en la función social de la propiedad, que quiere decir de los propietarios —y los gobiernos liberales o de derecha y los latifundistas han de creer en ello porque ésa es la última línea de defensa no violenta que les queda frente a los ataques al derecho de propiedad—, resulta muy cuesta arriba admitir públicamente que se gana más dinero cuando se cede la tierra que al llevarla directamente. El absentismo, sea del tipo que hay que poner entrecomillado o del tipo antiguo, ha de declararse nefasto. Por eso se entiende que en Chile, donde el programa de la democracia cristiana incluía negras amenazas contra los propietarios que ceden tierra en explotación indirecta, llamándoles acusadora y acostumbradamente absentistas, los propietarios reaccionan, defensiva y acostumbradamente, diciendo que «los empresarios agrícolas tienen conciencia de la responsabilidad que les incumbe», y preconizan «el establecimiento de sistemas de participación en favor de los obreros»¹³:

Se trata de dejar claro que ellos no son absentistas, sino buenos capitalistas, y, al mismo tiempo, para no perderse las ganancias que el sistema de colonato capitalista reporta, bautizan con un nombre nuevo y modernizante a las medianerías. Las mismas amenazas por parte de un gobierno indudablemente de extrema derecha y los mismos disimulos se dan en España. Las amenazas, más o menos sinceras, sirven a los intereses de los latifundistas capitalistas, que son casi todos. Los disimulos les permiten nadar y guardar la ropa —hasta cierto punto— llamando a las aparcerías «participación de beneficios» o «contratos de coparticipación», que son las últimas modas. En Andalucía muchos propietarios sienten tan a lo vivo el desafío que para la legitimidad de su posición representó la revolución de 1936 y representa la continuada aspiración de los obreros a hacerse con la tierra, que la mayor parte de ellos, aun reconociendo que cediendo la tierra a arrendatarios y aparceros —en parcelas o en grupos— ganarían más, prefieren, «por dignidad profesional» me dijo uno, llevar la tierra

directamente con obreros. Algunos propietarios hay en Andalucía que no pueden resistir la tentación de reducir los costes de trabajo y se atreven a arrostrar la desaprobación de sus colegas y ceden tierra —por ejemplo para el cultivo de algodón que requiere mucho trabajo manual, tanto que hasta en la URSS este cultivo está a veces en manos de pequeños arrendatarios que reciben tierra de las fincas estatales. Aunque hay leyes en España que dan prórrogas obligatorias y seguridad en la tenencia, esa legislación tiene algunas lagunitas que permiten algunos tipos de arrendamientos y aparcerías anuales y cuando no, se les pone un nombre nuevo. Pero en Andalucía predomina con gran ventaja la explotación directa y no por razones económicas sino por razones de legitimidad social.

En realidad, esa legislación que da seguridad en la tenencia, junto con las amenazas antiabsentistas gubernamentales, junto con la continúa polémica sobre una reforma que acabe con el absentismo, sirve para desanimar a los propietarios andaluces menos dotados de « dignidad profesional » de sus intenciones de ceder tierra y se sacrifican económicamente, como todos, en aras de la conservación de la legitimidad social de su posición. Cuando entonces llegan los expertos de las Naciones Unidas a **partibus infidelium** con sus ingenuas recomendaciones de dar aún más seguridad en la tenencia, de favorecer los arrendamientos largos, para dar incentivos a invertir, y cuando también se unen a los murmullos sobre reforma agraria en sus momentos más radicales, realmente, como dicen en Aragón, « hacen la risa ». A menudo participan en el coro contra el absentismo, contra los propietarios despreocupados, coro dirigido por gobiernos de **derecha**, en el que cantan con gusto y con brío los mismos latifundistas, ya que así la atención se desvía hacia fantasmas, y cuyos miembros más vociferantes son las izquierdas que podrían entonar himnos más marciales y menos tristes, que animaran más a los obreros.

A los propietarios les cuesta admitir, y se comprende, que ganan más dinero cuando ceden tierra. Pero así ocurre, normalmente. Y, por tanto, no puede decirse que la dinámica del latifundismo lleve hacia un uso exclusivo o preponderante del trabajo asalariado. Puede ser así; por ejemplo, en Andalucía la legitimidad social del latifundismo se ha puesto tan en duda que los propietarios no se atreven apenas a ceder tierra y cuando lo hacen disimulan; si los obreros se creen capacitados para llevar la tierra cuando son asalariados, al convertirse en aparceros o arrendatarios aún lo creen mucho más. Así, en Andalucía, en cuanto a los efectos de los factores dinámicos internos al latifundismo y relativos al uso del trabajo, que son los que nos interesan, la situación es bastante estable: el estímulo económico hacia la introducción de la explotación indirecta viene frenado por consideraciones sociales y predomina el trabajo asalariado; también el latifundismo latinoamericano puede evolucionar por esta misma razón hacia el empleo preponderante de obreros asalariados. Pero en América latina hoy, aunque la legitimidad social del latifundismo está muy en duda, tal vez la presión no es la suficiente para que el temor a ser calificados de absentistas lleve a la mayoría de los propietarios a prescindir de aquellas

formas de explotación indirecta que resultan más rentables que la explotación directa. En la medida que la novedad de la terminología que se emplee para designar estas formas confunda a quienes les acusan de absentismo —difícilmente va a engañar a los obreros, según mi experiencia andaluza— la tendencia hacia el colonato capitalista se verá reforzada.

Queda, por tanto, claro que sólo una pequeña parte del colonato que existe en América latina en la actualidad es aún colonato tradicional, verdaderamente semifeudal. En muchos casos, la mayor parte, la explotación mediante colonos y aparceros es ya, y lo irá siendo más, un modo de gestión introducido con la finalidad de reducir los costes de trabajo. Esos colonos y aparceros se ven seguramente a sí mismos como obreros que venden su trabajo, cuyo precio e intensidad calibran cuidadosamente. Si lo venden más barato que cuando asalariados, es por tener seguridad en el empleo por una motivación exclusivamente económica.

Una gran parte de los campesinos latinoamericanos en latifundios son colonos y aparceros; es decir, no aparecen como obreros en las estadísticas. Pero, ¿cuántos de ellos se sienten en realidad obreros en su actitud hacia el trabajo y su remuneración? ¿Cuántos aparceros y colonos están calculando si se sacan el jornal mínimo legal —que existe siempre y se respeta más a menudo de lo que la izquierda facilona suele afirmar— y están pensando que deberían ganar más porque su esfuerzo es realmente como si trabajaran a destajo? ¿Cuántos están pensando qui si trabajan por menos es por tener empleo y que, realmente, eso es una vergüenza habiendo otros desocupados entre sus compañeros, pero que qué se le va hacer por ahora? No se sabe la proporción de los que así piensan y sería importante que se supiese. Lo dicho basta, por lo menos, para asegurar que quienes como papagayos hablan del carácter semifeudal o feudal de las relaciones de producción en el latifundismo latinoamericano, del absentismo de los propietarios manifestado en su cesión de la tierra en explotación indirecta, es seguro que están parcialmente equivocados —y tal vez del todo. Si esas expresiones las usan por razones tácticas —como usan el mito del absentismo los gobiernos de derechas y los propios latifundistas— aún puede pasar.

La política agraria de la izquierda revolucionaria

El hecho es que al hablar de feudalismo, de residuos semifeudales, de obstáculos al desarrollo que una reforma agraria suprimiría, de la necesidad de que los propietarios se vuelvan empresariales, etc., se está diciendo que la etapa próxima no es todavía la revolución de los obreros contra los burgueses. Lo cual en bocas de izquierdistas sólo cabe si se trata de disimular. Si se dice en serio, sería una pena desde el punto de vista de izquierda, porque sirve a los intereses de los propietarios y porque revela ignorancia de las reales posibilidades revolucionarias. No está probado

ni que los propietarios sean absentistas despreocupados ni que los campesinos sean semifeudatarios ansiosos de obtener la propiedad de la tierra para liberarse de las obligaciones serviles a que están sujetos y de la opresión que esos amos absentistas ejercen a través de los guardias rurales, guardias civiles, de los administradores que recogen rentas y frutos. Son, tal vez por el contrario, obreros, remunerados frecuentemente a destajo, o aparceros o colonos que ven sus contratos como formas de remuneración al trabajo parecidos a un destajo permanente, que quieren todos obtener los medios de producción para obtener empleo seguro, y a quienes los guardias rurales, los guardias civiles, etc., que no dependen ya de los amos sino casi siempre de la administración estatal, impiden poner en práctica esta aspiración. De esta aspiración nace la creencia de que el dueño es superfluo, y que, por tanto, ni el derecho de propiedad es inviolable ni la propiedad tiene función social alguna que desempeñar: ellos son capaces de desempeñarlas todas. En la realidad, se sabe poco cómo son. Sin embargo, para tomar decisiones políticas que no siempre pueden esperar, es preciso tener una opinión sobre el carácter de las relaciones de producción en el latifundismo latinoamericano. En Andalucía, está claro que el edificio capitalista no tiene de feudal ni siquiera la fachada; en América latina, no está siempre tan claro. Hay todavía formas de aparcería y colonato de naturaleza problemática y de apariencia feudal. Las decisiones que siguen son las que debería tomar la izquierda respecto a su política agraria para ser coherente con sus objetivos, en el supuesto de que el latifundismo latinoamericano se parezca más al andaluz que a la descripción acostumbrada que de él se da, que, sin duda, exagera su feudalismo.

Para organizar la exposición, podemos suponer tres situaciones políticas distintas. El orden no es cronológico. En la primera situación, bajo un gobierno liberal, la izquierda no debe confiar —como en la república española— en que los liberales hagan la reforma agraria, ni debe apoyar la que están dispuestos a hacer, pero debe aprovechar, sin embargo, las oportunidades que el gobierno dé para organizar sindicatos rurales. En la segunda situación, con un gobierno de alianza liberal-izquierdista, se puede dar inicio a la reforma agraria pero la izquierda debe vigilar y no caer en un error cometido por la revolución cubana en 1959. En la tercera situación, se supone un gobierno conservador u oligárquico o como se le quiera llamar; ésta es la situación más corriente; ejemplos son España, o Brasil, y bastantes más; en estos casos la izquierda sigue a menudo una política agraria equivocada.

Bajo un gobierno liberal

Antes de subir al poder, sustituyendo a las oligarquías más conservadoras que ellos, los políticos liberales pueden creer de buena fe, como lo creen los funcionarios de las Naciones Unidas, que hay que hacer la reforma

agraria para destruir los obstáculos que la estructura agraria presenta al desarrollo económico. La izquierda, que ve cómo esa fraseología parece una traducción de la que ella emplea : —« contradicción entre relaciones de producción y fuerzas productivas »—, puede hacerse ilusiones —aunque esto ya no es frecuente— o puede no hacerse ilusiones pero errar el diagnóstico de porqué los liberales no harán la reforma agraria. Puede creer que, en realidad, no hay diferencia alguna entre liberales y conservadores —lo que en algunos aspectos, que tal vez no son los cruciales desde un punto de vista revolucionario, es cierto y en otro no : los regimenes conservadores latinoamericanos queman libros, prohíben la prensa obrera, prohíben explícitamente los sindicatos rurales, etc. Los insultos al señor Frei, por ejemplo, pueden ser un digno colofón al análisis de su política para quienes disienten de ella ; no lo sustituyen.

Una diferencia importante entre liberales y conservadores es que ninguno hace la reforma agraria, pero no la hacen por motivos distintos. Los liberales creen que la van a hacer, creen en las consignas de las Naciones Unidas, hasta que se dan cuenta, una vez en el poder, de que no están tratando con propietarios absentistas y feudales y con campesinos serviles, sino, fundamentalmente, con burgueses y obreros. Hay siempre, como de adorno, algunos propietarios de corte feudal, como ricos absentistas de la nobleza o la Iglesia, o de corte imperialista, como la vilipendiada United Fruit Co., cuya importancia es, en realidad, tan secundaria como la de la casa ducal de Medinaceli, por ejemplo, en España durante la república. La significación de esos propietarios en términos de la tierra agrícola que ocupan y de la población agraria que emplean, se acostumbra a exagerar. Los liberales tienen interés en ello, y la izquierda cree que también le conviene. Los liberales empiezan su reforma agraria por ellos, en los casos en que la empiezan, sin darse cuenta del atolladero en que se meten. Tal vez les ocurrió así en Guatemala, y ciertamente en España y en Cuba en 1959. Porque lo que tiene más importancia en lo que entonces ocurre no es tanto el riesgo de un choque con el poder político y militar de feudales o imperialistas, sino que esas expropiaciones o confiscaciones avivan considerables apetencias entre los obreros y colonos que sólo pueden satisfacerse expropiando o confiscando la tierra de los burgueses rurales, y entonces esos liberales se percatan de que esos burgueses rurales no son, en realidad, inútiles absentistas sino organizadores de la producción agraria y, en todo caso, gente de su misma extracción social. Hay que notar, por doloroso que resulte a la izquierda, que la lentitud del ritmo de desarrollo de la producción agraria en América latina se suele exagerar también ; las cifras son bajas comparadas a la necesidad de remediar la malnutrición y al crecimiento de la población, rápido como nunca antes ; históricamente, son más bien altas en muchos casos : en Chile, por ejemplo. Esta afirmación, y alguna otra, puede significar la condena definitiva por reaccionario del autor ; pero si el latifundismo latinoamericano es fundamentalmente capitalista no puede extrañar que tenga éxito en incrementar la producción. En fincas grandes, el desarrollo de las fuerzas

productivas encuentra pocos obstáculos. Si esto es así, el elemento dinámico en el latifundismo que la izquierda ha de aprovechar no está tanto en la contradicción entre relaciones de producción y fuerzas productivas —sobre la que al final aclararemos ideas— como entre relaciones de producción y la conciencia social de obreros y propietarios.

En el conflicto entre burgueses rurales y obreros, entre fascismo y revolución, los liberales, por definición, no se definen. No pueden, como liberales, ganarse el apoyo obrero expropiando a los burgueses rurales —lo que les permitiría además, si la reforma agraria se ejecuta rápidamente, enfrentarse con mucha más fuerza a la reacción feudal o imperialista: otra vez el caso de Guatemala es, tal vez, una ilustración. Pero, como liberales creen, sin embargo, en los derechos del hombre y del ciudadano y, por ejemplo, no queman libros y autorizan la creación de sindicatos rurales —lo que en Chile no se atrevió a hacer ni el gobierno llamado del frente popular de Aguirre Cerda. La diferencia importante para la izquierda entre la política agraria de liberales y conservadores no va a estar, pues, en su comportamiento en la práctica hacia una amplia reforma agraria, sino en que los primeros permiten la creación de sindicatos rurales, la celebración de congresos campesinos y la difusión de libros no chamuscados y de prensa obrera. Cuál será la afiliación política de esos sindicatos depende, en gran parte, de la actitud de la izquierda —si piensa que en el campo hay feudalismo puede quedarse en la ciudad esperando la revolución burguesa, sin darse cuenta de que ya tuvo lugar. Es importante el contraste entre España en la época liberal y republicana y Cuba después de la caída del machadato. A pesar de que el Partido Comunista cubano clamó en algunas épocas, bajo la influencia de Earl Browder, por la revolución democrático-burguesa que ya había sucedido, en otras épocas habló claramente de obreros rurales, y no de campesinos, y los organizó en sindicatos: uno de los mártires recordados hoy en Jesús Menéndez, líder de los obreros agrícolas azucareros, asesinado en 1948. Estos precedentes tuvieron seguramente gran importancia en el curso que tomó la revolución de 1959. Por el contrario, en Andalucía, los socialistas o comunistas no supieron ganarse a los obreros rurales excepto en alguna comarca. Tanto en Cuba como en España, los socialistas y comunistas persistieron en considerar a los aparceros como semifeudatarios. Formar sindicatos rurales es una tarea que en cuanto a las incomodidades que acarrea el vivir en pueblos y el visitar latifundios e incluso en cuanto al riesgo físico personal en muchos casos —ya que aun con gobiernos liberales los burgueses rurales no lo son— no le va seguramente muy a la zaga a la guerrilla: hace falta un temperamento revolucionario.

Cabe otra posibilidad, otra trampa en que la izquierda puede caer, bajo un gobierno liberal. Al permitir la organización de obreros rurales en sindicatos, los costes de trabajo seguramente aumentarán en forma rápida. Una situación así se planteó en Andalucía en las dos primeras décadas de este siglo, especialmente pocos años antes de la dictadura de Primo de Rivera. Los propietarios, por razones que antes hemos explicado, empezaron a

ceder tierra a obreros que se convertían en aparceros y arrendatarios. Los propietarios reducían así los costes unitarios de trabajo y, por tanto, ganaban más. E incluso hubo una compañía que **con fines comerciales** se dedicaba a comprar fincas y a revenderlas parceladas a los obreros con un procedimiento que se llamaba renta-venta: se extraía más de los obreros así que empleándolos como obreros. Muchos propietarios, aun comprendiendo perfectamente bien las razones de rentabilidad económica que abonaban tan drástica solución a las grandes agitaciones obreras del « trienio bolchevista » de 1918-1920, no estaban a favor. En una información que realizó el Instituto de Reformas Sociales sobre el problema agrario en la provincia de Córdoba¹⁴, un propietario intervino en una reunión para defender la política de esa compañía usando argumentos económicos, nótese bien, y **no** de armonía social. El relator del Instituto anotó que « se produjo un momento de agitación » en la reunión que propietarios y funcionarios sostenían: si el mejor negocio que un propietario podía hacer era vender su tierra a plazos a los obreros, ¿ dónde estaban sus competencias empresariales?, ¿ qué función social desempeñaban? Eso era lo que los propietarios, que sin duda habían demostrado tener grandes competencias empresariales en esa época en cuanto a introducción de cultivos y técnicas nuevas, podían temer que los funcionarios pensarán. En cuanto a las relaciones de trabajo, los empresarios agrícolas estaban desesperados: no les hubiera venido tan mal que el gobierno hubiera organizado una reforma agraria siguiendo la línea de esa compañía privada. Por un lado, hubieran hecho un negocio; por otro, hubieran salido con la frente alta echando la culpa al gobierno de esa reforma agraria de fines comerciales.

Mejor les vino, claro está, que llegara la dictadura de Primo de Rivera que pacificó enérgicamente a los obreros. Eso pudo ocurrir, y tal vez pueda aún ocurrir en España, si el régimen de Franco se acaba pronto, mientras hay todavía muchos obreros rurales a quienes se permita entonces organizarse, y si sigue la irresponsable charla izquierdista sobre reforma agraria. En países latinoamericanos no es, en absoluto, improbable que los propietarios vendan tierra a plazos a los obreros y colonos, para hacer negocio: algunos ejemplos hay. Si esos propietarios chocan, como es probable, con la desaprobación de sus colegas porque les hacen perder la cara, corriendo así el riesgo de que las demandas de reforma agraria se vuelvan más radicales a favor de una reforma agraria que les salga más barata a los campesinos, entonces es muy posible que el Estado intervenga y realice ese cambio en forma que afecte a todos los propietarios a la vez: eso responde al interés de los propietarios, en determinadas circunstancias de altos costes de trabajo y de imposibilidad de prohibir los sindicatos rurales. Por supuesto, la izquierda revolucionaria ha de protestar contra una reforma agraria en que la tierra llegue a los campesinos en algo como renta-venta, a precios de mercado.

En honor a la verdad, en esa trampa no cayó la izquierda cubana a partir de 1959: ayudó a crear, en parte, un campesinado conservador, pero por

lo menos no hizo pagar la tierra a precios de mercado a los nuevos propietarios.

La primera reforma agraria cubana

La segunda situación política, bajo un gobierno de alianza izquierdista-liberal, tal como el que existía en Cuba en 1959, da oportunidad de hacer una reforma agraria, pero no exactamente la que conviene a los objetivos de la izquierda. Hay que leer el curioso preámbulo a la ley de mayo de 1959 para darse cuenta de hasta qué punto los revolucionarios cubanos se habían tragado su propia propaganda. Allí salen todos los tópicos de las Naciones Unidas: la producción nacional va a crecer —luego se vio que, descontando los efectos de lluvias, sequías y ciclones, pero incluyendo los de la segunda reforma agraria de 1963 que surgió de la primera, la producción no creció durante bastantes años—; hay que prohibir la explotación indirecta porque priva de incentivos para invertir —como si los aparceros tuvieran recursos para invertir y como si los precaristas no hubieran creado plantaciones con su trabajo personal. El ataque principal se dirige contra los mayores latifundios nativos y contra los latifundistas norteamericanos; el resultado fue notable, pero no decisivo, como dijimos más arriba: se expropiaron latifundios donde trabajaban unos 140 000 obreros asalariados, aproximadamente el cuarenta por ciento de los obreros que trabajaban para dueños que no realizaban trabajo manual y el treinta por ciento del total de obreros asalariados¹⁵. Eso, como reforma agraria de cariz izquierdista no era mucho, aunque para empezar no estaba mal. Esos latifundios no se repartieron a los obreros sino que, inteligentemente, se conservaron como grandes unidades. Pero lo grave fue que dobló, nada menos, el número de pequeños propietarios (de cien mil a doscientos mil, aproximadamente), ya que dio propiedad de la tierra que cultivaban a los aparceros, colonos, precaristas, etc., hasta una extensión de dos caballerías (27 hectáreas) gratis; y, pagando, hasta cinco caballerías (67 hectáreas, extensión muy superior a lo que puede llevar una familia normal con su trabajo¹⁶.

El resultado es que hoy más de la mitad del aporte de trabajo a la agricultura proviene de pequeños propietarios y de los obreros a quienes emplean: tanto unos como otros se mueven básicamente por incentivos materiales y eso tiene repercusiones en la organización del trabajo en el sector agrario estatal y en toda la economía. Algo diremos en seguida sobre esa cuestión.

Naturalmente, calificar de « error » a la primera reforma agraria cubana es simplificar las cosas. Otro tipo de reforma agraria más radical hubiera atraído seguramente la intervención armada norteamericana y el muy probable fin de un ejército rebelde, entonces pobremente armado y pequeño. De manera que al hacer todos los gestos de una revolución democrático-burguesa, invocando los textos de las Naciones Unidas, sirvió,

sin querer, una indudable función para conservar la revolución en marcha por un lado, aunque los norteamericanos habían jugado el papel de feudales con sus compañías azucareras, no podían decir que la revolución era comunista; ya que la reforma agraria era extraída del modelo de la revolución francesa; por otro lado, el campo empezó a moverse. Los obreros no beneficiados, cuyos sindicatos habían vuelto a funcionar bajo la antigua dirección comunista, empezaron a pedir altos salarios, a plantear demandas quisquillosas —basadas, por ejemplo, en errores obvios de redacción en las disposiciones legales, como en el tiro de caña. Los buenos burgueses rurales, que no se habían opuesto apenas a la primera reforma agraria, se soliviantaron ante la indisciplina, las disputas laborales, etc., y el INRA empezó a intervenir fincas con el apoyo y colaboración de los líderes sindicales. Los burgueses rurales empezaron a apoyar a la contrarrevolución —incluso a la contrarrevolución armada— lo que trajo más intervenciones y cuando llegó la ley de la segunda reforma agraria en 1963, expropiando a quienes tuvieran más de cinco caballerías, sancionó, en gran parte, una situación de hecho; a la vez, la revolución prometió que esa era la última reforma agraria, consagrando así lo que ahora resulta un error: la gran ampliación de la capa de pequeños campesinos propietarios, muchos de los cuales, tal vez la mitad, en el época que eran aparceros, precaristas, colonos, etc., se sintieron seguramente más obreros que campesinos. Como el «error» se hizo de buena fe, y no por razones tácticas de política exterior o interior, ahora cuesta reconocerlo como tal, aunque, sin duda, lo es desde el punto de vista de los objetivos que se propone la revolución cubana: la creación de relaciones de producción y de distribución comunistas sin esperar a que llegue el reino de la abundancia.

El problema del campesinado en Cuba no es, como el de Stalin, principalmente de acopio de alimentos para las ciudades, aunque eso pese algo —la caña, el tabaco, el café hay que venderlos de todas formas. No es tampoco, en absoluto, de conseguir trabajadores para la industria. Es fundamentalmente, a mi juicio, el de la dificultad de avanzar hacia una sociedad más humana donde progresivamente desaparezca el papel del mercado de mercancías y de trabajo como mecanismo que regula la participación y la aportación de cada uno en el producto social. Si los cubanos se conformaran con relaciones de producción socialistas —con pago a destajo, un amplio mercado, etc.— esperando que llegue la abundancia para instaurar el comunismo, el problema sería poco grave. Pero mientras ese campesinado exista con los caracteres actuales, no sólo los campesinos van a comprar y a vender y a producir sólo si ganan más, sino que es imposible no pagar a destajo en el sector agrario estatal, por la competencia que el sector privado le hace en el mercado de trabajo. Por ahí se introduce un elemento de inestabilidad en la estructura agraria cubana, puesto que de pagar a destajo —con mala calidad en el trabajo, con temor a que suban las normas si se trabaja mucho, con disputas sobre los cientos de ajustes necesarios a los cientos de normas según la textura del terreno,

la dimensión del campo, el que haya llovido o no, todo lo cual requiere la intervención de « expertos » en normación que los obreros ven probablemente como burócratas—, hay entonces una fuerte tentación para los administradores del sector estatal de conceder, abierta o subrepticamente, aparcerías y arrendamientos a los obreros. La inestabilidad puede dirigirse hacia el otro lado : hacia la colectivización de los pequeños campesinos propietarios, volviéndose atrás de promesas solemnes, o menos drásticamente, tal vez hacia dotarles exclusivamente de trabajo voluntario o estatal para sus necesidades, como parece que empieza a hacerse. Sea cual sea el rumbo que se adopte —y hay varias posibilidades que pueden combinarse—, la reforma agraria de 1959 constituye, en parte, una política agraria que no conviene que la izquierda siga, y si no tiene otro remedio porque le falta fuerza política, que lo haga a sabiendas de que a la larga le va a doler. No es cuestión de aumentar la cantidad de pequeños propietarios dando la propiedad de la tierra a campesinos, que aunque parezcan semifeudatarios no lo son ; en Cuba, esos eran los aparceros que, como veíamos antes, reclamaban el jornal mínimo legal. No tenían hambre de tierra ; la tierra era el plato que satisfacía su hambre de empleo, que la revolución les hubiera dado de todas formas sin necesidad de darles tierra en propiedad. No conviene hacerlo porque como ha dicho Fidel, « realmente uno de los problemas más difíciles en los procesos revolucionarios ha sido la cuestión agraria y la cuestión del pequeño productor agrícola »¹⁷.

¿ Revolución democrático-burguesa o revolución obrera ?

El tercer caso es la política agraria de la izquierda revolucionaria bajo un régimen conservador u oligárquico. Se supone que las decisiones de la izquierda recaen sólo sobre qué tipo de programa agrario defender en sus publicaciones y emisiones radiales clandestinas, en las declaraciones de sus intelectuales a quienes de cuando en cuando se deja hablar. Se supone que no hay reforma agraria que dirigir, o apoyar, o criticar, y se supone que no hay posibilidad inmediata de organizar sindicatos rurales, aunque sí de realizar actividades clandestinas para preparar su constitución. Se supone, además, que puede hablarse de reforma agraria —hoy es así seguramente hasta en Paraguay—, aunque naturalmente no tanto de una reforma agraria que merezca el nombre de tal para la izquierda. En España, donde los supuestos reseñados se dan en la realidad, tras algunos años de silencio después de la guerra civil, empezó a hablarse de nuevo y a escribirse sobre la reforma agraria, a pesar de que parece estar bien claro que el gobierno franquista no va a hacerla : tolera la discusión, aunque hablar de reforma agraria implica la consideración de si conviene transferir los medios de producción agrícola a los obreros, y aunque quien advocara la proposición análoga para la industria iría directamente a la cárcel. A mi juicio, tolera la discusión —que a veces, como en 1962, alcanza notable intensidad—

porque quienes hablan de reforma agraria desde una posición izquierdista —incluyendo a cristianos de izquierda, al Partido Comunista y a la izquierda no del Partido Comunista— lo hacen usando el vocabulario familiar del absentismo y del feudalismo. Como después del feudalismo viene el capitalismo, y como si se ataca a los absentistas los empresarios se sienten a salvo, a los burgueses rurales andaluces y al gobierno de Franco los ataques de la izquierda les vienen de perilla. Ellos mismos se hacen eco. Como los nueve o diez terratenientes absentistas que quedan en Andalucía son muchos de ellos militares de alta graduación —uno de ellos es almirante, sin duda una causa de fuerza mayor para su ausencia— tienen, por tanto, otras líneas de defensa bien cubiertas. Nadie se asusta. Los padres jesuitas tienen en Córdoba una Escuela Superior de Técnica Empresarial Agrícola: se aspira a que los títulos que otorga sirvan sobre todo de garantía a la propiedad privada, desempeñen el papel que en la época en que el derecho de propiedad de la tierra había sido declarado como natural cumplía satisfactoriamente el Registro de Propiedad. El gobierno, los propietarios jóvenes, e incluso, tal vez, los jesuitas, se creen su propaganda; los únicos a quienes el « empresario agrícola » y la « función social de la propiedad » suena a camelo son algunos de los viejos y competentes grandes propietarios andaluces, que, sin embargo, aportaron dinero para esa Escuela, ya que notan la utilidad de la expresión y de la ideología. Esos viejos propietarios prefieren llamarse a sí mismos con el antiguo nombre de « labradores », presente en instituciones como el Real Círculo de Labradores, en Sevilla, el club más selecto. El papel que la palabra « labradores », que amablemente se presta a confusión, jugó en su tiempo, lo tiene ahora la palabra « empresarios ». Los « labradores » saben, sin embargo, que el haber cumplido perfectamente su función social de capitalistas innovadores no impidió que tuvieran que defender sus propiedades por la violencia: ésta es la línea de defensa decisiva para ellos. Tanto los viejos, como, en alguna medida los jóvenes, saben que no van a convencer a los obreros de la legitimidad del latifundismo; para los obreros tanto los labradores de la vieja escuela como los empresarios de la nueva son « señoritos » superfluos. Esto no cambiará hasta que la tecnología agraria se complique mucho; y entonces pocos obreros rurales quedarán.

Las pláticas sobre feudalismo y reforma agraria, que tan bien sirven a los latifundistas burgueses, que son casi todos, ya que así reafirman la legitimidad de su posición social, le hacen, sin embargo, un flaco servicio al movimiento obrero. La izquierda cree también, aparentemente, en su propia propaganda —pues en España, y en tantos otros países, no puede obedecer a consideraciones tácticas tales como ganarse el apoyo de los liberales, que naturalmente están en contra de los residuos feudales, para derrocar así al gobierno conservador. Es evidente que se corre así el riesgo de comprometerse a hacer un tipo de reforma agraria, cuando caiga el régimen conservador, que sea un desastre para la izquierda, y aún más que se corre el riesgo de dejar así de aprovechar la energía potencial de la clase obrera rural —que incluye a todos o muchos de los colonos y

aparceros. Una izquierda que, queriendo, prefiere el apoyo liberal aun con estos riesgos, no es, en verdad, muy revolucionaria. De manera que hay que sospechar que la propaganda que tiene por tema el feudalismo se hace sinceramente.

Sobre el peligro de hacer una reforma agraria reaccionaria nos hemos extendido en los dos apartados anteriores. Veremos aquí el segundo peligro: el de prescindir del apoyo de la clase obrera rural, tomando como ejemplo el caso de Andalucía y España y de la política agraria del Partido Comunista español.

En España hay ahora comisiones obreras en varios sectores industriales y en varias ciudades que funcionan ya dentro de la estructura sindical corporativa oficial, ya fuera de ella. Sin embargo, en los grandes pueblos andaluces que tienen, la mayoría de ellos, entre cinco y treinta mil habitantes, aunque en ocasiones se ha creado alguna comisión *ad hoc*, por ejemplo en vigilia de recolección de algodón para pedir mayores precios del destajo, o en época de desempleo feroz para pedir subvenciones para obras públicas, no funciona nada con carácter permanente —y si lo hay, tal vez entre los obreros de algunos pueblos viñeros de Cádiz, no realizan actos espectaculares y eficaces del tipo de las manifestaciones obreras de Madrid y otras ciudades. Sin embargo, el radicalismo de los obreros andaluces es enorme. La represión y el miedo son seguramente relativamente más intensos que en las ciudades, sin control visual de periodistas extranjeros; los miembros de las comisiones *ad hoc*, como también, al fin y al cabo, los de las comisiones obreras urbanas, van a parar regularmente a la cárcel. Tal vez la represión y el miedo expliquen, en parte, porque el proletariado rural aún está menos organizado que el industrial. Pero también lo explica el que, al ignorarse las posibilidades reivindicativas y las aspiraciones concretas de ese proletariado rural en cuanto a salarios, condiciones de trabajo y también en cuanto a hacerse con la tierra y a la forma de administrarla luego, la influencia y la ayuda exterior es seguramente inferior a la posible. La radio comunista, Radio España Independiente, que a mi juicio es el instrumento más eficaz de la oposición, predica la reforma agraria diciendo aún ambigüamente como que la tierra ha de ser de quien la trabaja. Los obreros andaluces, que creen que eso es la evidencia misma, dicen que habría que hacerlo formando colectividades —por lo menos en el secano. Van, pues, más allá. El Partido Comunista, que cree que el latifundismo es el problema básico de España, sigue publicando escritos en que se discurre sobre el semifeudalismo cuando no feudalismo entero, y llama por su radio «campesinos» y «jornaleros» a los obreros rurales andaluces que se rien al oírlo —ya que ésa es la radio que escuchan los que tienen un aparato con onda corta y cuyos programas en general aprueban. Naturalmente, dado que el Partido Comunista español se pone como objetivo la alianza con los liberales para derrocar a Franco —o mejor dicho, se pone como objetivo el derrocar a Franco mediante la alianza con los liberales—, hay una fuerte tentación de tratar de convencer a los liberales, que se han brindado con gusto, de que lo primero que hay que

hacer es una reforma agraria para acabar de una vez con el vergonzoso semifeudalismo en España; de donde la cuestión agraria se convierte en pieza fundamental de su política, y de dónde conviene presentar esa cuestión dotándola de caracteres de los que carece. En 1919, si no antes, se puso a la venta en las librerías la documentación necesaria para comprobar que las relaciones de producción en el latifundismo andaluz tienen un carácter capitalista; eso era poco antes de que se fundara el Partido Comunista, creo. Aun admitiendo que la cuestión agraria sea importante —y aunque sea una pena, porque soy un experto, creo que a estas alturas el latifundismo ha perdido mucha importancia política, y casi toda importancia económica, por la emigración y la industrialización—, el planteamiento que de ella se hace no pega con la realidad. Deformar la realidad, para así convencerse y convencer de que hay base para una alianza liberal-izquierdista, no parece buena táctica, ya que así se corre el riesgo de hacer en su día una reforma agraria de carácter atrasado y porque se corre el riesgo de no aprovechar el apoyo del movimiento obrero rural en la dimensión que aún puede ofrecer. Desde un punto de vista de izquierda, convendría como mínimo admitir de una vez que lo del semi-feudalismo es cuento, y ver entonces qué tácticas y qué alianzas y qué tipo de propaganda y en dirección a cuáles sectores conviene establecer con loable objetivo de derrocar a Franco —pero dejando abiertos los caminos hacia la izquierda. Naturalmente, la cuestión agraria es sólo una de las cuestiones políticas, y no debe además el movimiento obrero establecer su política con base solamente en un análisis de la situación nacional —lo internacional cuenta. Pero un análisis más realista sólo podría ayudar.

Por ejemplo, es difícil que estudiantes madrileños, o catalanes, o incluso andaluces, que por experiencia familiar deberían saber, en muchos casos, que los terratenientes andaluces sostienen relaciones de trabajo capitalistas con sus obreros y aparceros, vayan al campo con la intención de colaborar con los obreros, si todos los partidos y grupos de izquierda a los que pueden pertenecer, incluyendo el Partido Comunista que es, sin duda, el que importa en la práctica, afirman que los campesinos están todavía debatiéndose en la opresión feudal. Contra esa opresión, lo que corresponde, supongo, es una jacquerie con **El contrato social** como manifiesto. Mientras que lo que se puede hacer es ayudar a los obreros a escribir sus peticiones para los convenios colectivos de trabajo, ayudándoles en la ortografía, en los números decimales, en las reglas de tres y en los índices de coste de vida, a pedir precios de destajos y participaciones en las aparcerías y jornales mínimos según los precios de otros insumos y de los productos, a solicitar indemnizaciones por el tiempo perdido en el camino del pueblo al cortijo y del cortijo al tajo y por trabajo dominical y horas extras, y para gestionar y administrar las subvenciones para obras públicas en épocas de desempleo, y posiblemente para ayudar en la administración de algún latifundio que un grupo de obreros tome en arrendamiento. Para estas tareas modestas hace falta un aprendizaje del vocabulario, de la

legislación y de la economía agraria andaluza que ha de durar al menos dos meses antes de abrir la boca para aconsejar, y que puede adquirirse escuchando a los obreros, que hablan de estos temas. Y al final de cada pliego de peticiones, y como pancarta a llevar en cada manifestación, la demanda de la tierra para los obreros, razonando plausiblemente, como saben hacerlo los obreros, que así disminuiría el desempleo y que el trabajo de los desocupados sería así útil; y además, que es justo que los obreros tengan la tierra porque así los ingresos se redistribuirían más equitativamente, que es bueno que tengan responsabilidades en el proceso productivo y que no se vean forzados a obedecer órdenes sólo por no tener tierra propia, que es preciso que desaparezcan el miedo y la violencia reaccionaria que sólo pueden desaparecer si desaparece la razón del intenso conflicto de ideas e intereses.

Las posibilidades del tema del desempleo como argumento principal para ganar el apoyo liberal a favor de la reforma agraria no están apenas exploradas. Aunque no hay que esperar mucho, pues ese desempleo es atribuible bien a la naturaleza estacional del trabajo agrícola —y donde los pequeños propietarios campesinos permanecen en desocupación encubierta, descansando, los obreros permanecen dando vueltas a la plaza buscando trabajo—, bien a las decisiones empresariales, sobre coste y productividad del trabajo, de los capitalistas rurales. No puede, por tanto, esperarse un gran clamor liberal contra un desempleo que se debe a Dios, que hizo las estaciones del año, o a los empresarios que hicieron sus cálculos: los demócratas cristianos están a favor de ambas causas y los liberales laicos de la segunda, al menos. La izquierda debe resistir la tentación de atribuir el desempleo a la despreocupación de los propietarios —o a su mala idea de no dar trabajo para fastidiar, aunque a veces puedan comportarse así. La motivación normal no es ésta, y por ahí se cae otra vez en el mito de la tierra yerma y de las dehesas para toros bravos.

El tema de la violencia y el miedo tampoco se utiliza en lo que vale. Aunque hubiera que recurrir a la violencia, se puede argumentar plausiblemente que hará falta menos violencia para cambiar la estructura agraria que la que hace falta —con el auxilio del miedo— para conservarla y conservar « integrada » la sociedad latifundista rural. Si hay más violencia contra los obreros rurales que contra los industriales esto no se debe a que en el campo impera aún la coacción característica del feudalismo, sino más bien a que los obreros rurales están, por razones que tienen que ver con las características técnicas de su actividad, más convencidos que los industriales de que les conviene apoderarse de los medios de producción. La coacción no es para lograr que trabajen, o que no se vayan del campo; es ejercida por el Estado, respondiendo a los intereses de los propietarios, para impedir que se apropien la tierra. En Andalucía, la relativa paz actual de la sociedad rural latifundista se explica, en gran parte, por el terror en la época de la guerra civil que todavía ahora mete miedo a los obreros. Es la paz del cementerio. Hay que utilizar este tema como propaganda contra

el latifundismo : no tanto tal vez por su efectividad en convencer a la burguesía y pequeña burguesía urbana, como por las consecuencias liberadoras que tendría para los obreros el darse cuenta que si no actúan es por miedo, y que les recordaran las razones de que tengan miedo y cuán comprensible es que lo tengan. Pero es dudoso que la política de reconciliación nacional del Partido Comunista sirva para ese fin. Esa política implica, si la entiendo bien, que la guerra civil fue un error lamentable, una pelea entre hermanos, y que más vale no hablar de él para no reavivar pasiones que harían difícil el tránsito a un régimen parlamentario liberal. Mientras que, en realidad, la guerra civil es un episodio que la situación andaluza hace claramente comprensible : lo raro hubiera sido que no hubiera habido ni revolución ni contrarrevolución. Lo que hace falta a los obreros andaluces para quitarles su escepticismo, su prudencia —que son disfraces del miedo al terror del pasado y a la amenaza represiva del presente —es más bien que les digan que ellos y sus padres tenían entonces razón y la siguen teniendo ahora en una situación que no ha cambiado aún mucho ; y que Franco, y el ejército, y la Falange, y **los burgueses rurales andaluces**, que apoyaron el alzamiento militar fervientemente, fueron unos asesinos más que regulares : lo importante no fue la guerra, fue la represión durante y después de la guerra contra la clase obrera que hizo cuatro veces más víctimas que las acciones bélicas. Esto se puede afirmar sin demagogia, sino con la autoridad de serios estudios de historiadores universitarios¹⁸. Pero la política de reconciliación nacional está ligada a la de dar todavía inmerecida importancia a la cuestión agraria, planteándola además bajo el aspecto de la necesidad de suprimir el feudalismo para impulsar el desarrollo económico : son las bases que, respectivamente, han de permitir y han de fundamentar la alianza entre la izquierda y los liberales. Hay buenas razones para abandonar en bloque esa política, aunque mis argumentos no son por supuesto, ni tan sólo en mi opinión, del todo convincentes, ya que España es más que Andalucía y está además en el mundo. Si en España ha de haber una revolución socialista, hay que abandonar esa política —digámoslo así.

La ayuda a los obreros rurales andaluces y su movilización si se les habla en el lenguaje de sus necesidades y aspiraciones reales es posible a través de la radio, a través de la colaboración de estudiantes y obreros industriales que pertenezcan a movimientos de izquierda, a través de propaganda escrita que traigan los obreros rurales de sus migraciones temporales a otras regiones de España o al extranjero. Todo eso es posible hoy en España. La mera presencia de ciudadanos en el campo tendría efectos, en cuanto a la publicidad de la represión, por ejemplo. La condición es que se abandone la idea simple de que en Andalucía impera el feudalismo. No se está entonces preparado para entender y discutir intrincados problemas sobre tarifas de destajos, por ejemplo.

En el latifundismo de América latina predominan también, aunque no puede afirmarse con tanta certeza, relaciones de producción capitalistas : hay que ver si hay desempleo y sus razones ; hay que ver si se paga a destajo ; hay

que ver si las proporciones en las aparcerías varían a menudo. Al llamar semifeudatarios a los campesinos latinoamericanos, se consigue, por un lado, el apoyo liberal, ya que los liberales se avergüenzan de tal atraso. Por otro lado, se corre un grave riesgo de prescindir de la clase obrera rural como elemento activo en la lucha del movimiento obrero, ya que la lógica de la terminología empleada lleva a no tomarse demasiado en serio como revolucionarios a campesinos tan atrasados en el camino de la historia. Esta estrategia es equivocada si se acepta que el aporte de la clase obrera rural para deshacerse de regímenes conservadores y oligárquicos puede ser más importante que el aporte liberal, y si se pretende después hacer una revolución socialista y no llegar simplemente a un régimen liberal que se sostenga con la ayuda de un campesinado conservador. Entonces hay que decir claramente, en el lenguaje que los obreros rurales comprenderán y que les movilizará, y dentro de las escasas posibilidades de hacerse oír, que hay que hacer la reforma agraria no tanto para quitar obstáculos al desarrollo económico, no tanto para resolver contradicciones difíciles de descubrir a ese nivel entre relaciones de producción y el grado de desarrollo de las fuerzas productivas, sino para, al socializar los medios de producción agrícolas y también, a la vez, los industriales, dar oportunidad al establecimiento de distintas relaciones entre los hombres —que si por añadidura y un poco a la larga son una mejor base para el desarrollo económico que las anteriores, en las que primaba la autoridad y el mercado sobre la responsabilidad y las necesidades más urgentes, tanto mejor. Hay que hacer, además, la reforma agraria para disminuir, en lo posible, el desempleo agrario o para convertirlo en descanso. Y hay que hacer la reforma agraria para acabar con la violencia y el miedo, puesto que si los obreros y colonos rurales niegan la legitimidad de la estructura agraria, como seguramente lo hacen, hace falta necesariamente el poder, la fuerza, para mantener la sociedad latifundista.

Estas deben ser lógicamente las prédicas de la izquierda, suponiendo que esté demostrado que el latifundismo es capitalista y suponiendo que la revolución se tome en serio: aliarse con los liberales esperando que desaparezca un feudalismo que ya no existe, puede servir a veces para justificar la propia inacción en el campo, donde todo es muy incómodo.

Esta estrategia de la izquierda, buscando el apoyo de la clase obrera rural, encaja bien, además, con el movimiento de guerrillas —aunque no lo presupone. Incluso donde las guerrillas no tienen posibilidad de sobrevivir —como casi todos creemos en el caso de España—, el apoyo de los obreros rurales puede valer más que el de los liberales para derrocar al régimen, y las perspectivas serían después más amplias y lejanas. Hay que tener claro que incluso en este caso el apoyo de la clase obrera rural excluye al de los liberales: cuando éstos oigan que no hay feudales superfluos sino capitalistas rurales superfluos, se van a asustar; lo que se les viene encima es un pésimo ejemplo para los obreros industriales —que,

al fin y al cabo, inventaron esas ideas hace ya más de un siglo—, y una colectivización agraria —nada menos parecido a la creación de un campesinado conservador según el modelo de la revolución francesa y, en parte, de la cubana. Donde haya guerrillas, como después de Cuba ha quedado claro que la vida campestre de los guerrilleros elimina todo rastro de ideales demócrata-burgueses de sus mentes, los liberales están en contra de las guerrillas. De modo que, o bien la izquierda se divide entre guerrilleros, por un lado, y los que buscan la alianza con los liberales, por otro, o bien permanece unida y enajena el posible apoyo liberal contra el gobierno conservador. Y entonces está aún más claro que conviene empezar a hablar de reforma agraria según las líneas expuestas: la confiscación de las tierras de los burgueses rurales y de los pocos feudales que haya, como un medio que sirva para hacer disminuir el desempleo, para eliminar burgueses superfluos de su posición de autoridad y dar responsabilidades en el proceso productivo a quienes trabajan, para redistribuir el ingreso y para que se acabe la violencia. Eso se lograría si los medios de producción pasaran a los obreros —quienes, tal vez, se percatan ya, como los obreros rurales andaluces, de que conviene conservar unidades de producción grandes.

Relaciones capitalistas de producción

Viene cuesta arriba decir que las relaciones de producción capitalistas frenan el desarrollo de las fuerzas productivas cuando ese desarrollo es aún tan escaso. Si las relaciones de producción capitalistas ayudaban más que frenaban el desarrollo de las fuerzas productivas en el campo en la Inglaterra del siglo XIX, sería mucho decir que hoy lo frenan en el latifundismo latinoamericano —si se toma por ámbito de análisis la economía capitalista mundial en su conjunto, la cuestión es otra que discutiremos brevemente algo más tarde. Por tanto, si la izquierda quiere usar el enfoque « contradicción entre relaciones de producción y fuerzas productivas » —y así va del brazo con los que repiten « estructura agraria obstaculiza desarrollo económico »—, no tiene otro remedio que describir la estructura agraria como feudal o semifeudal —y sus amigos han de decir que los propietarios son despreocupados absentistas que no quieren dar trabajo por capricho y no por cálculos de coste y productividad, que no quieren ahorrar e invertir sino consumir más de lo que consumirían los campesinos después de la reforma agraria. Ni para unos ni para otros —en realidad ambos enfoques son equivalentes— cuenta la evidencia bastante abundante que parece indicar en América latina, e indica, sin lugar a dudas, en Andalucía, que las relaciones de producción, o la estructura agraria, tienen caracteres capitalistas.

Desde un punto de vista de izquierda, el peligro de insistir en ese enfoque como justificación de la reforma agraria es doble. Por un lado, se cae en la trampa preparada por los latifundistas. La acusación de feudalismo

—ligada a la de absentismo, de falta de espíritu empresarial— resulta útil para reafirmar la legitimidad social del latifundismo capitalista que es el que predomina. Esta legitimidad es puesta en duda por la clase obrera rural que se va así abandonada por la izquierda. A los latifundistas les viene bien que continúe ese ataque a una trinchera donde no hace daño; así, aun los gobiernos más derechistas, sabiendo que los latifundistas no van a protestar sino a aplaudir, se hacen eco de la doctrina de que todo iría mejor en el campo si llegara de una vez el capitalismo. El corolario de esa posición de la izquierda contra los molinos de viento del feudalismo, es que, si llega la oportunidad de una reforma agraria, puede confiar demasiado en la capacidad de los liberales para hacerla —como en la república española y tal vez en Guatemala—, o puede hacer una reforma agraria en que los campesinos paguen por la tierra a precios de mercado, o puede cometer el error de la revolución cubana y ampliar la dimensión del campesinado conservador convirtiendo en propietarios a aparceros y colonos que sentían como obreros y así menoscabar la posibilidad de construir una sociedad en el futuro cuyos vínculos no pasen por el mercado de hombres y cosas. Por otro lado, la izquierda al hablar de la contradicción entre relaciones de producción feudales y desarrollo de las fuerzas productivas está argumentando a favor de la reforma agraria por vías distintas a los principales argumentos de los obreros: la base y la vanguardia hablan distintos lenguajes y tienen distintas concepciones de la realidad, y la culpa es de la vanguardia. Los argumentos obreros que hay que utilizar no son los que provienen mayormente de esa contradicción —excepto en cuanto, con respecto al desempleo, la contradicción es con relaciones de producción **capitalistas**— sino más bien de los que nacen de que al latifundismo capitalista corresponde una forma de conciencia social que se vuelve contra él por razones muy concretas que a los ojos de los obreros recomiendan una reforma agraria y que son, aparte del desempleo, la desigualdad del ingreso, el deseo de tener responsabilidad en la gestión de la producción agraria cuyos procesos técnicos comprenden, y también el deseo de que acabe la violencia contra ellos y el miedo inherentes al latifundismo capitalista puesto que para conservarlo es necesario impedir que los obreros actúen conforme a sus aspiraciones. Esos son los temas sobre los que la izquierda ha de insistir para explicar porqué en su programa consta la reforma agraria: para decirlo de modo provocador, lo que conviene es, en este caso concreto del latifundismo, la vuelta a los argumentos del socialismo utópico y el uso muy moderado de los argumentos basados en la « ciencia » del movimiento obrero, y no porque sean más difíciles sino porque no son idóneos.

No es que los obreros tengan un sexto sentido que les haga ver más claramente que los intelectuales las razones para una reforma agraria. Nadie duda que la obra marxista fue una inmensa construcción teórica para explicar las razones que debían hacer revolucionarios a los obreros, polemizando con las razones de Proudhon y los socialistas utópicos: no siempre lo simple es cierto. Es la necesidad de resolver la contradicción

entre fuerzas productivas y relaciones de producción capitalistas lo que debe hacer revolucionaria a la clase obrera, lo que la hará revolucionaria dijo Marx, y eso se realizará a través del conflicto entre clase burguesa y clase obrera. No estoy volviendo, en general, a razones humanistas, o de socialismo utópico, o anarquistas, para explicar por qué y cómo hay que hacer la revolución en el campo; es decir, sí lo hago, pero porque creo que en el caso muy específico del latifundismo latinoamericano, y aún más del andaluz, que es una formación social entre otras muchas en el mundo no es tan fundamental la contradicción entre relaciones de producción y fuerzas productivas como la contradicción entre relaciones de producción y conciencia social: la ideología obrera responde, eso sí, a la parcial contradicción realmente existente entre relaciones de producción capitalistas y empleo del trabajo disponible, ya que las decisiones empresariales de los latifundistas llevan a un desperdicio parcial del trabajo disponible, por razones económicas. Esa ideología responde también, en parte, a la percepción exagerada de los obreros de una incompatibilidad entre estructura agraria y desarrollo, ya que también ellos se hacen eco de los tópicos sobre la escasa inversión efectuada por los latifundistas, etc. —pura ideología, en realidad, pues no se puede demostrar, en mi opinión, que si cambia la estructura agraria aumentaría la inversión, la introducción de técnicas nuevas y el ritmo de aumento de la producción. Lo que suena a sacrilegio, si se supone que las relaciones de producción en el latifundismo son feudales, pero no tanto si se cree que son más bien capitalistas, siendo el nivel de desarrollo técnico aún bajo. Cuál sea el carácter de esas relaciones es algo que todavía no está muy claro para algunas regiones de América latina; pero hay que estar preparados por si resulta que lo del feudalismo no anda.

Insistamos de nuevo: ¿hay contradicción entre desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones de producción capitalistas del latifundismo andaluz y de otros parecidos? Al indoctrinado lector tal vez le deja tan perplejo la pregunta como, por ejemplo, ocurriría a una monja que abriera su breviario una mañana y leyera: ¿prefirió Jesús las mujeres-madres a las mujeres-virgenes?, o como si un consultor de las Naciones Unidas que vive de publicar textos sobre reforma agraria leyera: la estructura agraria latifundista fomenta el desarrollo económico. Es un caso de apaga y vámonos, de quedarse sin oficio. Lo que en Andalucía está probado es que hay desempleo: pero esto es compatible con una mentalidad capitalista de los propietarios —en realidad, consubstancial, dado que la remuneración al trabajo se mantiene y se ha de mantener por encima del nivel de « equilibrio » por fuerte que sea el desempleo. Ese desempleo, en todo o en parte, contribuiría a la producción después de la reforma agraria, pero su productividad no sería muy alta: más baja que el escaso coste monetario actual de ese trabajo, pues, en otro caso, sería empleado por los propietarios. La cuestión es entonces, desde un punto de vista económico, ¿compensaría ese aumento en la producción el decremento que muy probablemente traería consigo la desorganización, el alejamiento del campo de

quienes más saben de técnicas nuevas y más instruídos son, la disminución de la inversión, ya que los obreros ahorrarían seguramente menos en conjunto que los ricos propietarios, la desinversión en forma de consumo de ganado como ha ocurrido en otras reformas agrarias? Puede suponerse que exagero; y al nivel de la propaganda política puede decirse, con relativa honestidad, que dado un liderazgo político adecuado que conviniera a los obreros de la necesidad de ahorrar e invertir, capaz de reestructurar rápidamente la organización, y de lograr que quienes más saben de técnicas permanecieran en el campo o de sustituirlos con premura, ninguna de estas posibles consecuencias ocurriría y la producción aumentaría: el doble, acostumbran a decir los obreros andaluces tomando deseos por realidades, y exagerando también la incompatibilidad entre estructura agraria y desarrollo económico. Pero al nivel del análisis responsable, parece claro que en Andalucía la producción no aumentaría mucho con una reforma agraria: la utilización de la tierra en los latifundios es muy intensa, prácticamente tanto como en las fincas pequeñas, y sus producciones por hectárea más altas, en general, y con la excepción del algodón, que en las fincas pequeñas. Puede esperarse, con optimismo, que la producción aumentaría algo por el trabajo, no muy productivo, de los ahora desempleados y que no disminuiría por ninguna de las causas señaladas, ya que la influencia de líderes políticos inteligentes y bienamados sería decisiva. Pero entonces el análisis empieza a disolverse en el agua de las tautologías. Si después de la reforma agraria no hay vacilaciones en cuanto a la reorganización adecuada, si los obreros se sienten motivados a aplicar nuevas técnicas y a invertir, más que a consumir, entonces la producción agraria aumentará: claro. La verdad de Pero Grullo.

Es decir, desde un punto de vista económico, puede recomendarse la reforma agraria como un curalotodo sólo en plan de propaganda política. Esa propaganda puede desinflarse tan rápidamente que sólo va a convencer a los convencidos, a los obreros, que, en realidad, ven el argumento económico como uno entre tantos. Y esa propaganda, en cuanto lleva casi sin querer a exagerar el absentismo, el feudalismo, etc., hace realmente el juego a la derecha, a los latifundistas empresariales, que son los más, y puede llevar en su día a una reforma agraria desastrosa políticamente para la izquierda.

Los argumentos económicos se debilitan aún más si se considera la contribución que una reforma hubiera realizado al desarrollo de la economía española —en seguida volveremos a América latina. Actualmente, con una emigración masiva ya en marcha y con la introducción de maquinaria y herbicidas que sustituyen trabajo, la cuestión de la reforma agraria va seguramente a pasar de moda rápidamente. El sector agrario latifundista, aunque no incremente su producción agraria en los últimos años —por ejemplo, Andalucía occidental ha sido sobrepasada por Cataluña en cuanto al valor de la producción agraria, lo que a mi juicio se debe fundamentalmente a una cuestión de mercados—, sin embargo, no se porta mal: la productividad por obrero empleado crece muy rápidamente, y va a dar un

gran salto en cuanto los costes de trabajo suban algo más y se empiece a cosechar aceitunas a máquina. En realidad, no puede haber hoy duda que la reforma agraria no era una condición previa al desarrollo económico dentro de un marco capitalista. Ese desarrollo está teniendo lugar en los últimos años, a un ritmo rápido, y no hay razón para que se interrumpa si la economía internacional continúa al ritmo de expansión actual, estimulando la economía española mediante el turismo —llega un turista cada año por cada dos españoles—, de la inversión de capital extranjero y de la emigración de obreros a Europa de donde envían divisas a casa —por lo menos, un diez por ciento de los españoles en edad de trabajar están haciéndolo en Europa. Aun si la reforma agraria hubiera hecho aumentar algo el mercado de bienes de consumo interno —lo que desde el punto de vista del desarrollo económico, que requiere ahorro para la inversión en bienes de equipo no es una ventaja indiscutible—, por otro lado, hubiera hecho aumentar el precio de oferta de la mano de obra agrícola para la industria de otras regiones y para las economías de Europa occidental: no hay duda que desde el punto de vista de la economía española un obrero rural andaluz es más productivo trabajando en Francia o Alemania que quitando hierba en Andalucía. Llevando esto al límite, el desarrollo económico de España sería aún más rápido si los españoles que trabajan lo hicieran casi todos en Europa y quedaran en España sólo los necesarios para proporcionar servicios y atracción al turismo: la España de charanga y pandereta, con sus toreros, flamencos, militares, etc.; eso revela, por supuesto, la insuficiencia de las consideraciones económicas como base a las decisiones políticas.

Además, la importancia del latifundismo en España, en cuanto a la extensión de tierra agrícola ocupada, no es muy grande. Hay latifundios en una región que comprende, más o menos, la tercera parte de España —en el centro, sur y suroeste—, y dentro de esta región las fincas grandes (de más de doscientas hectáreas, por ejemplo) ocupan la mitad, como máximo, de la tierra agrícola. Y la tierra que en España no se ha aprovechado agrícolamente en las últimas décadas, realmente no podía aprovecharse. Aun suponiendo que la producción agraria en esos latifundios aumentara en un cincuenta por ciento como consecuencia de la reforma agraria —lo que da vergüenza escribir, de tan ilusorio— la producción agraria del país aumentaría aproximadamente en un ocho por ciento, y la producción total del país en un dos por ciento: magnitudes, sin duda, optimistas, que difícilmente pueden considerarse decisivas. Naturalmente, la izquierda revolucionaria no tiene porque basar su política agraria en argumentos económicos desde el punto de vista del «interés general». Políticamente, el latifundismo ha sido importante y todavía lo es; autores hay que lo consideran la razón principal de la guerra civil —esto es de la revolución y de la contrarrevolución. El que económicamente fuera una cuestión secundaria no quiere decir que estén equivocados.

Consideraciones análogas sobre las exageraciones frecuentes de la extensión de tierra agrícola útil perteneciente a latifundios son

aplicables a la literatura sobre América latina. No hay duda, sin embargo, que en algunas regiones de América latina, a diferencia de Andalucía, la utilización de la tierra en los latifundios es muy extensiva. En parte, en gran parte, eso puede seguramente explicarse por motivos económicos, por conveniencias económicas privadas —de cálculos sobre costes, no sólo de trabajo cuyo precio altera la reforma agraria, sino de bienes de capital para el desmonte y puesta en cultivo, y de cálculos sobre la rentabilidad de esa inversión. La revolución cubana que está haciendo un gran esfuerzo y una enorme inversión para poner más tierra en cultivo, se está dando cuenta de que si había tierra inculta podía ser muy bien no por la incuria de los dueños sino porque era más rentable invertir en otros sectores.

Naturalmente, se puede argumentar que si a la población le falta comida es absurdo invertir en viviendas de lujo; pero en el capitalismo el mercado regula la asignación de recursos productivos a distintos usos y en ese mercado quien paga manda; es decir, la desigual distribución de la riqueza y de los ingresos hace que necesidades no muy urgentes tengan preferencia sobre necesidades más urgentes. Ese, sin embargo, es otro problema cuyo análisis no entra en la cuestión que consideramos ahora: ¿aumentaría una reforma agraria el ritmo de crecimiento económico? Decir que en el socialismo los pobres viven mejor no es ya un argumento tan persuasivo desde el punto de vista del «interés general». La bondad del desarrollo económico es aceptada por derechas e izquierdas y si se demuestra que una política lleva al desarrollo económico parece que su adopción se ha de recomendar por sí sola, mientras que eso de repartir lo que hay es un argumento que no convence a los ricos ni a las clases medias, ni siquiera en teoría.

Si los propietarios agrícolas se comportan como capitalistas, para la izquierda han de resultar, en general, tan útiles y tan nocivos como los capitalistas en otros sectores de la producción. Útiles por cuanto, hasta un cierto nivel de desarrollo de las fuerzas productivas, entra dentro de la ortodoxia marxista el reconocer su papel desarrollista; nocivos, aun antes de alcanzar ese nivel, porque su útil actuación depende del estímulo de una desigual distribución del ingreso y de la riqueza para legar a sus herederos, y porque sus empresas nacen, se desarrollan y mueren de forma anárquica: a esta anarquía quiere responder la planificación capitalista, para introducir en el marco de las decisiones capitalistas consideraciones tales como economías y diseconomías externas, economías de escala que requieren dimensiones mínimas, diferencias entre costes «sociales» y de mercado que se corrigen con precios «contables» para factores cuya escasez estratégica no venga reflejada en precios de mercado, etc. La planificación capitalista no pretende ya atacar los monopolios a pesar de que los economistas reconocen que un cierto grado de subutilización de la capacidad instalada es inherente a una estructura monopolista u oligopolista de la industria pues, por otro lado, la conveniencia de la gran industria es patente. De ahí, por ejemplo, la política favorable a las fusiones de

empresas en Inglaterra y el Mercado Común. En la agricultura, por supuesto, por grandes que los latifundios sean, el mercado es competitivo —si no lo es, el monopolio y oligopolio está en la comercialización, separada de la producción. No hay, pues, porque hacer tanto ruido sobre la reforma agraria; o mejor dicho; hay que hacer ruido a favor de que los medios de producción pasen a la sociedad tanto en el sector agrario como en el industrial. Y si se hace más ruido para el sector agrario —como yo creo indicado, desde el punto de vista de la izquierda— no ha de ser tanto porque los capitalistas agrarios sean especialmente nefastos desde el punto de vista del crecimiento económico, sino porque los obreros rurales son más numerosos, y si se les anima un poco, más radicales que los industriales: su nivel de vida es más intolerable, el desempleo es seguramente más intenso, las funciones de esos capitalistas se ponen más en duda por los obreros rurales. Lo que no sirve, en absoluto, es decir que estoy postulando propietarios que organizan, ahorran, invierten y algo saben de agricultura, cuando, en realidad, son absentistas; esto es dar por sentado algo que está por demostrar en América latina, y que es falso en Andalucía. Por tanto, hay que descubrir, en todo caso, si puede argumentarse con algún éxito que hay contradicción entre relaciones de producción **capitalistas** en el campo y desarrollo de las fuerzas productivas: no está claro que sea así, y que sea así en grado mayor que en otros sectores. El ámbito de análisis ha de ser entonces global, ya que el latifundismo capitalista es parte del capitalismo mundial. Esto es lo que resta por hacer. Hay que resistir la tentación de exagerar el feudalismo: claro está que si las relaciones de producción latifundistas fueran feudales, los argumentos económicos a favor de la reforma agraria serían más convincentes, pero eso no es razón para deformar la realidad.

Y no me contradigo al afirmar que aunque esos propietarios sean competentes empresarios los obreros creen que son superfluos. En realidad, la complejidad de la organización y de la técnica no requiere una capacidad empresarial extraordinaria ni muchos oficinistas. La dimensión de las empresas agrarias, medida en hombres empleados, es en promedio inferior a la industrial, aun si se aprovechan todas las economías de escala. Con el tiempo, la organización agraria puede hacerse más compleja y más tecnificada; una explotación agraria californiana se parece seguramente más a una fábrica que a un latifundio latinoamericano. Así, por ahora, los obreros rurales andaluces y seguramente los latinoamericanos creen más fervientemente que los obreros industriales de las fábricas que ellos están capacitados para encargarse de la gestión de sus empresas. Que los propietarios sean empresarios capacitados no puede impedir que los obreros creen que la tierra ha de ser de quien la trabaja de modo parecido a cómo la considerable complejidad técnica y burocrática de una explotación minera no impide, o impedía, a los mineros de muchas regiones del mundo, aspirar a la socialización de los medios de producción. Los obreros rurales andaluces, y seguramente los latinoamericanos, creen, pues, un tanto ideológicamente, que los propietarios sobran —así les conviene, ya que desean la tierra

para quedarse con lo que ganan los dueños, para tener empleo asegurado, para quitarse el miedo del cuerpo. Motivos que no son tan respetables, desde el punto de vista del « interés general », como sería el que la reforma agraria quitara obstáculos al crecimiento económico. Lo increíble es que la izquierda sepa usar **solamente** argumentos basados en el « interés general » —aun a riesgo de faltar a la honestidad intelectual, sin sacarle ventaja, asegurando que el latifundismo es feudal, que los dueños son absentistas, que la reforma agraria aumentaría, sin duda alguna, la producción e incluso que la reforma agraria es una condición previa al desarrollo económico.

Es verdad que los obreros rurales andaluces, y seguramente otros, creen que los propietarios no invierten porque ya tienen mucho dinero. « Si tuvieran que comer de ello... », dicen. El que los propietarios sean ricos no quiere decir, sin embargo, que no inviertan; sus fortunas son modestas comparadas a fortunas industriales o bancarias, y a esos industriales y banqueros se supone que el dinero les produce aún más **lucrí rabies**; no hay razón para suponer, a falta de pruebas, que la reacción de los propietarios agrarios es distinta. Los obreros rurales andaluces siempre dicen, también, que los propietarios no invierten porque tienen su dinero « amortizado en los bancos »: eso es, por supuesto, una tontería porque los bancos sí invierten, y cómo. Ocurre que esas inversiones no favorecen necesariamente a los obreros agrícolas, y se destinan a menudo a otros sectores o regiones, según las indicaciones del mercado. Y ese mercado de capitales refleja la demanda de una sociedad en que la distribución del ingreso y de la riqueza es muy desigual, como decíamos antes. Contra eso puede hacerse propaganda basada en valores morales, que es buena propaganda. No siempre la propaganda política de la izquierda ha de basarse en demostraciones, que en el caso que nos ocupa serían, sin duda, pseudocientíficas, de la incompatibilidad entre la estructura de la sociedad y el crecimiento económico. La tentación de hacerlo así es, sin embargo, fuerte, por dos razones: primera, todos los sectores de la sociedad, hoy en día, se declaran favorables al desarrollo económico; segunda, el descubrir esa incompatibilidad fue la tarea de Marx: conviene recordar, no obstante, que la metodología de Marx fue aplicada por él a la economía capitalista en su conjunto, y hay que recordar sus elogios al capitalismo como sistema que desarrolla las fuerzas productivas. En Marx, la contradicción entre desarrollo de las fuerzas productivas y relaciones de producción capitalistas desemboca, a través de un proceso que requiere un análisis complicado, en la crisis económica y revolucionaria. No tiene siempre sentido aplicar sus conceptos básicos, mediante análisis sencillitos, a la situación existente en sectores parciales de la economía capitalista. En cuanto a la pretensión de convencer a sectores de centro y de la derecha de que las relaciones de producción latifundistas frenan el desarrollo económico, la izquierda debe darse cuenta que es muy fácil rebatir ese argumento una vez se admite que las relaciones de producción son capitalistas; es, pues, un argumento que no convence más que a quien desea ser convencido. Y si se quiere a toda costa usar ese argumento, para

aprovechar como sea la posición del centro y de la derecha favorable al crecimiento económico, entonces es muy posible caer en la contraproducente exageración del carácter feudal del latifundismo.

Lo que propugnamos, pues, desde un punto de vista de izquierda, es un cambio en énfasis. Hay que incluir en la propaganda a favor de la reforma agraria los argumentos morales, al lado de los « científicos », que demuestran la incompatibilidad entre la estructura agraria y el crecimiento económico. Hay, incluso, que acentuar más los primeros que los segundos.

Argumentos científicos y argumentos morales

Creo, como decía al principio, que el estudio de la contradicción entre relaciones de producción y desarrollo de las fuerzas productivas ilumina claramente lo que ocurre en la agricultura de Castilla la Vieja. No creo, sin embargo, que sea muy fecundo empeñarse en demostrar que las relaciones de producción capitalistas de la sociedad española actual frenan el desarrollo económico, y lo mismo vale, seguramente, para el Japón, la Alemania federal y bastantes otros países, durante largos periodos al menos. La economía española ha crecido más desde 1959, en el ingreso por cabeza y aun probablemente en capacidad de producción instalada, que la economía cubana en igual tiempo —sin embargo, aunque el nivel de ingreso por cabeza es similar en ambas economías, los cubanos pobres viven mejor, con más escuelas, mejor comida, mejores servicios médicos, que los españoles pobres y la estructura de la producción y de la importación cubana se orienta más hacia las necesidades mayoritarias y menos hacia las minoritarias. Y ya estamos otra vez defendiendo el socialismo no por razón de que se haya demostrado « científicamente » que sus relaciones de producción constituyen una mejor base para que crezca la masa de cosas producidas, sino por razones humanitarias, de justicia social y otras zarandajas.

Creo que el enfoque puede emplearse sin grandes modificaciones para analizar la economía capitalista mundial, pues, a pesar de que no se le puede pedir mucho más, histórica y comparativamente, al fantástico desarrollo de las fuerzas productivas norteamericanas y tal parece que las relaciones de producción no la anden frenando mucho, sin embargo, echando mano de Lenin y Keynes, se ve bastante claro que el sistema funciona a base de exportar capital, sino en cantidades significativas para la salud de la economía sí políticamente decisivas para muchos de los países recipientes, y a base de inflar la demanda efectiva, sino cavando hoyos y tapándolos otra vez, lo que no es respetable, sí haciendo armas —lo que exige una ideología reaccionaria para gastarlas en causas que se juzguen meritorias. Es decir que donde más importa, creo, que el enfoque clásico explica mucho. No sirve, sin embargo, para establecer relaciones causales con certeza similar a la que proporcionan las ciencias naturales,

pero proporciona una base suficiente para adoptar, por razones intelectuales y no sentimentales, un compromiso político marxista. Dicho sea entre paréntesis, no hace falta, desde un punto de vista de izquierda, decir que las relaciones causales que descubre el marxismo a ese nivel de análisis son ciertas, con una misteriosa « certeza » especial ; la única otra certeza, aparte de la lógico-empírica de las ciencias naturales, es la de las matemáticas y de los lenguajes de la lógica —y la del dogma, claro está. Al fin y al cabo, los reaccionarios y los liberales tampoco se atreverían a afirmar que basan sus compromisos y decisiones políticas globales en hipótesis de las ciencias sociales comprobadas empíricamente con la certeza de las ciencias naturales, o que han rechazado el compromiso político marxista porque el marxismo haya resultado ser una teoría falsa, en el sentido en que, por ejemplo, la cosmología ptolemeica es falsa. A ese nivel del análisis global de la economía y de la sociedad capitalista mundial y aun a niveles más modestos, cualquier intelectual, sea o no marxista, si es objetivo y consciente de la necesaria limitación de sus conocimientos, debe tener dudas sobre la relevancia de los factores que sus teorías incluyen y excluyen y sobre la idoneidad de la evidencia empírica que apoya sus hipótesis y así sobre sus predicciones, sus compromisos políticos y sus decisiones. El que se dude al nivel de las teorías no puede, por tanto, excusar la inacción política, porque los políticos e intelectuales del otro lado, o de los otros lados, que también dudan y si no dudan son deshonestos o tontos, también actúan. Por supuesto, al mismo tiempo hay que ir adoptando las propias hipótesis a la evidencia empírica, a riesgo de perder público. Se puede, claro está, mostrar con cifras que la economía norteamericana podría continuar con el mismo ritmo de expansión sustituyendo la fabricación de armas y la exportación de capital por la construcción de viviendas, escuelas, etc., para sus pobres y por la donación de maquinaria y bienes de consumo a los pobres de otros países ; pero para que un gobierno norteamericano hiciera marchar su economía, y la economía capitalista mundial que de ella depende, volviéndose Santa Claus sería preciso un cambio tan rotundo en la organización política y económica de Estados Unidos y del mundo que no estaríamos hablando de la misma cosa : el funcionamiento de la economía capitalista mundial. Para entender la intervención en Vietnam, como para entender el más modesto problema de la estructura agraria de Castilla la Vieja, yo encuentro útil aplicar, sin gran discusión, la noción de la contradicción entre relaciones de producción y desarrollo de las fuerzas productivas.

De ahí no se sigue que el mismo enfoque, aplicado tal como viene en el manualito, resuelva todos los problemas que plantean los análisis de todas las formaciones sociales. Es decir, no se puede argumentar con honradez que la estructura agraria latifundista es un gran obstáculo al desarrollo económico, que las relaciones de producción latifundista frenan mucho el desarrollo de las fuerzas productivas, porque, en realidad, no son relaciones de carácter feudal sino seguramente de carácter capitalista. Y aunque a nivel mundial, y a veces a nivel nacional, se admita que las relaciones de

producción capitalistas constituyen un freno para el desarrollo de la capacidad de producción de bienes útiles, al nivel de las estructuras latifundistas cuesta ver la razón para que así sea: fincas grandes y propietarios que quieren ganar dinero prometen un considerable aumento de la producción. Hay, sí, una cierta incompatibilidad por el lado del empleo: la estructura agraria capitalista, con tecnología aún retrasada, puede desaprovechar trabajo disponible por razones de rentabilidad privada; pero por el lado del ahorro y la inversión y la aplicación de nuevas técnicas es difícil ver por qué iba a mejorar la situación, desde un punto de vista de incremento de la producción, mediante una reforma agraria. No quiere decir esto, y ésta es la moraleja, que la izquierda abandone la propaganda a favor de la reforma agraria, sino que la base en la explicación de cómo el latifundismo capitalista desaprovecha, necesariamente, parte del desempleo existente, lo cual encontrará eco en amplios sectores de la población y no sólo en los obreros; y que la base en juicios morales que realmente no van a convencer a nadie que no lo esté ya, pero que van a animar a la clase rural obrera; es justo redistribuir el ingreso y la riqueza; se debe dar responsabilidad a los hombres en el proceso productivo; es bueno suprimir, aun violentamente, la violencia y el miedo que mantienen en pie la sociedad latifundista. Y que no la base tanto en declaraciones pseudo-científicas, que son, en realidad, o tautológicas o falsas, tanto si se expresan en el lenguaje de los economistas de las Naciones Unidas como en el lenguaje marxista, y que en el caso mejor no convencer a los no convencidos y no enardecen a los convencidos, y que en el caso peor sirven a la derecha. El caso mejor es cuando se admite que las relaciones de producción son capitalistas, pero se exagera el efecto favorable en la producción que la reforma agraria tendría, dando por demostrado lo que se trata de demostrar sobre la motivación de los obreros y la organización de la agricultura después de la reforma agraria. El caso peor es cuando se niega, contra la evidencia, que esas relaciones sean capitalistas.

Es mejor hacer juicios morales, que no son ni verdad ni mentira, que proferir o tautologías o mentiras que se vuelven contra la izquierda revolucionaria. Y este « es mejor » no es a su vez un juicio moral, sino más bien una hipótesis fundada en la experiencia sobre qué política agraria debe adoptar la izquierda revolucionaria si quiere conseguir sus objetivos a corto y a largo plazo.

Este análisis vale todavía para Andalucía, donde las relaciones de producción son, sin duda, capitalistas. No vale para regiones de Argentina, por ejemplo, donde las relaciones de producción son capitalistas, pero donde la tecnología es ya tan avanzada que hay pocos obreros y los que hay es probable que acepten la legitimidad de la estructura agraria en grado mayor; no vale tampoco para las regiones de América latina donde de verdad hay todavía relaciones de producción feudales o semif feudales. Pero vale, en general, para toda América latina si definitivamente se comprueba que las relaciones de producción latifundistas tienen, a pesar de los disfraces, un carácter capitalista.

Capitalismo de puertas afuera y capitalismo de puertas adentro

Si el latifundismo es capitalista, si no hay, como yo digo, una contradicción importante entre relaciones de producción capitalistas en el latifundio y el desarrollo de las fuerzas productivas, ¿por qué hay subdesarrollo y por qué no mejora el subdesarrollo? Es, en realidad, la pobreza del campesinado latinoamericano lo que ha hecho decir a tanta gente que los latifundistas deben ser despreocupados absentistas: en otro caso, no se entiende, pues, el capitalismo, durante largo tiempo, crea riqueza. Un intento de explicación lo ha dado André Günther Frank —la más reciente elaboración de su tesis se incluye en este mismo número de **Cuadernos de Ruedo ibérico**. Para él, el carácter capitalista del latifundismo no ofrece duda, y su investigación y la literatura que utiliza en varios de sus trabajos constituye un apoyo considerable para mi argumentación. El subdesarrollo puede explicarse porque el capitalismo latinoamericano ha sido siempre comercial y ligado al capitalismo mundial que se apropia los capitales existentes. « [...] el subdesarrollo contemporáneo puede ser concebido como producto o reflejo de sus propias características o estructuras económicas, políticas, sociales y culturales. Pero [por el contrario], la investigación histórica demuestra que el subdesarrollo contemporáneo es, en gran parte, el producto histórico de la economía pasada y actual y de otras relaciones entre los satélites subdesarrollados y los actuales países metropolitanos desarrollados. Lo que es más, estas relaciones son parte esencial de la estructura y el desarrollo del sistema capitalista a escala mundial [...] »¹⁹. La tesis de Frank proporciona un esquema que permite explicar el subdesarrollo aceptando a la vez el carácter capitalista de las relaciones de producción en el latifundismo. A partir de ese esquema sería posible, tal vez, explicar las excepciones a la regla; por ejemplo, no creo que en el caso de España y de Argentina, haya ya subdesarrollo que explicar a la vuelta de muy pocos años. Pero este es otro tema.

La tesis de Frank viene además a cuento al nivel de la metodología, porque es un ejemplo fructífero de aplicación del enfoque marxista que lleva su atención preferente a la interacción entre relaciones económicas de producción y desarrollo de las fuerzas productivas; las primeras, dentro del país subdesarrollado y con la metrópoli, impiden el desarrollo de las fuerzas productivas en el país subdesarrollado y lo facilitan en el país desarrollado. Viene también a cuento la tesis de Frank, y a esto alude el título de este apartado, porque un elemento de ella es el considerar que « el latifundismo nació típicamente como una empresa comercial », lo que es innegable para las Antillas y Argentina y se va demostrando en el caso de otros países. Por ejemplo, en Chile « el aumento del latifundismo y la creación de las instituciones de servidumbre, que más tarde fueron llamadas feudales, ocurrieron en el siglo XXVIII y [...] fueron [...] la respuesta a la apertura de un mercado de trigo chileno en Lima ».

Hay dos vías abiertas para criticar el que esas instituciones de servidumbre

en Chile —y en otros países— sean llamadas feudales. Una la toma Frank al decir: «[...] el crecimiento del latifundio y sus condiciones de servidumbre, al aparecer feudales, en América latina ha sido siempre y es aún la respuesta a la creciente demanda y no representa la transferencia o supervivencia de instituciones ajenas que se han mantenido más allá del alcance del desarrollo capitalista»²⁰. Otra vía es la que yo utilizo, y que Frank no discute en detalle siendo, pues, también aquí complementarios nuestros trabajos. Esas formas de empleo y de tenencia de la tierra, al parecer feudales, son muchas veces formas de abaratar los costes de trabajo —la respuesta adecuada del latifundismo comercial al problema de cómo remunerar el trabajo. Así, mi tesis sobre la función de remuneración con incentivo que tienen muchas formas de colonato y aparcería de apariencia semifeudal, refuerza considerablemente la tesis de Frank. No me atrevería, sin embargo, por ahora, a afirmar que ése sea el caso en lo que respecta concretamente al inquilinaje chileno y a la servidumbre en los países andinos; no lo parece, ya que son formas de remuneración que ni dan incentivos a quien trabaja ni permiten dejar de mantener a los siervos cuando se acaba el trabajo. Parece que el trabajo de asalariados o de aparceros o colonos del tipo moderno debería ser más barato —véase la cita de Rafael Baraona sobre los huasipungueros ecuatorianos en el apartado «Las aparcerías». Pero la duda queda, por razones que ahora siguen.

Por ejemplo, los hacendados cubanos en el siglo XIX, como tan brillantemente ha demostrado Moreno Fraginals, trabajaban para el mercado mundial y tenían una mentalidad capitalista que conciliaban, sin embargo, sin gran dificultad con «los horrores del mundo moral» de la esclavitud²¹. Moreno Fraginals ha dejado claro que el argumento de los reformistas cubanos de la época, que querían demostrar que los costes de trabajo unitarios descenderían al abolir la esclavitud, pues los asalariados y colonos trabajarían más con menor coste, no convencía y con razón a los empresariales hacendados, que conocían bien cómo podían ellos hacer trabajar a los esclavos muchas horas y con notable intensidad y con costes reducidos a pesar de tener que mantenerlos todo el año. El argumento de la supuesta baratura relativa del trabajo asalariado o de colonos lo adoptaron los hacendados, junto con los argumentos morales contra la esclavitud y los raciales sobre la conveniencia de «blanquear la isla», cuando se percataron de la necesidad de sustituir esclavos por obreros, debido a la creciente complejidad técnica del sector industrial azucarero, entonces aún unido al agrícola. Tal vez pueda demostrarse igualmente, y eso es importante para la tesis de Frank sobre el carácter comercial que el latifundismo latinoamericano tuvo desde un principio, que formas de servidumbre como el inquilinaje eran, en realidad, relaciones de trabajo que reportaban mayores ganancias que formas alternativas de apariencia más capitalista. Hay que estudiar cómo se extraía el trabajo de esos siervos, y cómo se les remuneraba y cuáles eran las alternativas posibles; por ejemplo, ¿había escasez de población y oportunidades de empleo en otros

sectores de la economía o tierra disponible no apropiada ni apropiable por falta de policía para imponer respeto a los derechos de propiedad? Si era así, es claro que sustituir los inquilinos —que aquí tomamos como ejemplo— por obreros o colonos no sujetos a la gleba no hubiera en la práctica representado un ahorro de trabajo. Los fracasados experimentos de importar colonos catalanes a Cuba, en lugar de esclavos, son un ejemplo de lo que podría ocurrir: los esclavos sólo podían escapar al monte; los catalanes se fueron, sin que fuera posible castigarlos, a trabajar por su cuenta. Es decir, que haya existido servidumbre verdadera en el latifundismo latinoamericano —sin libertad de movimientos, con remuneración al trabajo consistente en el usufructo de una parcela de tierra, con las funciones de policía (como en el caso de los **capangas** del nordeste del Brasil), y aun judiciales a cargo de los dueños de la tierra, sin desempleo, sin utilización de pago a destajo—, puede ser perfectamente compatible con el carácter capitalista de las relaciones entre los latifundios y el mundo exterior. Para explicar ciertos cambios, que pueden ser decisivos en la historia de un país, esto puede ser lo que más importe. Así, en Cuba, debido a ese carácter comercial del latifundio azucarero se hizo preciso introducir nuevas técnicas en los ingenios y por ahí se introdujo el elemento que deshizo las preexistentes relaciones sociales de producción esclavistas. Podría suponerse, que el carácter comercial del latifundismo latinoamericano llevara, por un proceso análogo, a la desaparición de la servidumbre; para poner un ejemplo un tanto hipotético: la introducción de tractores para alzar los rastrojos puede hacerse necesaria para competir en el mercado mundial de cereales, pues los tractores abarantan ciertamente los costes al ahorrar capital en la forma de bueyes o mulos —aparte del ahorro en trabajo— y es concebible que esto trajera consigo la obsolescencia de un sistema de servidumbre. La servidumbre puede también desaparecer por razones internas, siendo sustituida por un sistema más rentable a los propietarios, una vez se dan las condiciones externas: éste parece ser el camino en Ecuador, en Chile y en Perú. El que haya subsistido durante mucho tiempo no es una prueba de que fuera el sistema más barato de utilización de trabajo; pero tampoco prueba que si los latifundistas fueran de verdad capitalistas lo hubieran hecho desaparecer antes: tal vez faltaban condiciones necesarias de mercados, etc. Es incluso posible argumentar que la tesis de Frank sobre el carácter comercial de los latifundios no sería destruida, aunque sí debilitada, si quedara demostrado que la servidumbre no era el modo más barato de emplear mano de obra en las circunstancias del momento. Podría decirse que los latifundistas eran capitalistas de puertas afuera, pero, de puertas adentro, atemperaban sus deseos de maximizar beneficios con preocupaciones sobre la estabilidad de las relaciones sociales. Podían temer que los cambios trajeran más cambios, al despertar la imaginación de los campesinos. Pero esta explicación de la persistencia de la servidumbre en un latifundismo que se trata de demostrar es comercial no sería muy satisfactoria.

No puede destruirse la tesis de Frank señalando que en el latifundismo

latinoamericano existía servidumbre, análogamente a cómo no puede ser discutida la tesis de Moreno Fragnals sobre el carácter capitalista del latifundismo azucarero cubano en el siglo pasado señalando que había esclavitud. La servidumbre y la esclavitud pueden ser tipos de relaciones sociales de producción compatibles con un latifundismo que nace y vive para el mercado. Para demostrar lo contrario es preciso poder afirmar que en las circunstancias existentes la servidumbre y la esclavitud eran formas de empleo más caras que otras disponibles —y aun entonces haría falta estudiar cuál era exactamente la motivación de los propietarios al mantener esas formas de empleo. Los latifundistas andaluces actuales, aunque ganarían más, como ellos mismos reconocen, sustituyendo a los obreros por aparceros y pequeños arrendatarios, se resisten a hacerlo: esto no quita que el carácter del latifundismo andaluz sea, sin duda, capitalista.

Sin embargo, la cuestión de cuál forma concreta de empleo es utilizada puede tener gran importancia para un análisis de las actitudes políticas de los campesinos que trabajan en latifundios. He dicho, y éste es el punto más importante de este artículo, que no hay gran diferencia entre obreros y aparceros o colonos del tipo moderno con respecto a sus actitudes políticas. Lo mismo **no** puede afirmarse, por supuesto, de los esclavos y de los auténticos siervos —aunque hay que vigilar con no confundirlos con obreros que parecen siervos a primera vista. Lo que pasa dentro de los latifundios puede tener también una importancia decisiva en las transformaciones de la sociedad. Los esclavos no podían formar sindicatos, y a nadie se le ocurría la idea. Los esclavos no pensaban, es de esperar, en la reforma agraria colectivista. Los semifeudatarios andinos podían tener muchos problemas, pero no estaban estacionalmente desempleados, como lo están los obreros y los colonos y aparceros temporales, y como lo están en Chile los «afuerinos» —es decir, los no «inquilinos». La movilidad de los obreros y de los aparceros y colonos modernos es mayor que la de los inquilinos, pegujaleros, etc.; sus relaciones con los propietarios son seguramente más profesionales y menos personales. Estos son factores importantes y pueden hacer posible que en vez de **jacqueries** haya una revolución socialista.

El inquilinaje en Chile y los sistemas análogos en los países andinos están pasando a la historia. Para mi propósito, no importa demasiado si esos sistemas nacieron como formas de uso del trabajo y de tenencia de la tierra que redujeran los costes de trabajo al máximo, tal como hacía falta a un latifundismo que nació para el mercado. Están, de todos modos, desapareciendo; en parte, tal vez, por no ser rentables debido a que hay ahora una oferta de trabajo más barata en la forma de obreros y aparceros, colonos y pequeños arrendatarios que son remunerados de manera distinta a los antiguos semisiervos y que son libres de vender su trabajo donde les plazca. En parte, tal vez, porque los sistemas antiguos han perdido legitimidad: ahora, para conservar los latifundios, los latifundistas han de ser, y **parecer**, empresariales. Así los ataques al feudalismo, a los absentistas que usaban esos sistemas antiguos y a quienes se les suponía poco

deseosos de ganar dinero con sus tierras, han tenido un importante papel para hacer desaparecer esas formas de explotación indirecta y pueden tenerlo en hacer desaparecer cualquier forma de explotación indirecta o para, por lo menos, disimularlas. Pero los ataques se han saldado más bien como una derrota para la izquierda porque han permitido el repliegue ordenado de la clase latifundista a una firme trinchera: la del « empresario agrícola » y la « función social de la propiedad », donde cuentan con el apoyo moral de los capitalistas industriales nacionales y extranjeros que en la misma línea están. ¿Dónde estarían ya los latifundistas si no se hubiera perdido el tiempo rompiendo lanzas contra el feudalismo y se hubiera empezado por atacar el capitalismo agrario? Ni derecho natural de la propiedad, ni función social de la propiedad; ni feudales absentistas, ni capitalistas empresariales: ésta ha de ser la consigna de la izquierda revolucionaria.

Bolivia, un caso atípico

Y quede claro que yo no estoy atacando fantasmas sino a sólidos pensadores. Por ejemplo, un librito publicado hace unos días nada menos que por la Casa de las Américas, aparte de ser una muestra de cómo la vanguardia artística y literaria marcha firmemente a retaguardia en su actividad difusora de estudios sobre la cuestión agraria en América latina, es también una buena muestra de exageración de la importancia del feudalismo. Es una versión abreviada del libro de Amado Canelas citado en la nota 10. Su interpretación de la reforma agraria boliviana es, a mi entender, satisfactoria (p. 48): « En lo que respecta a las masas campesinas, el resultado objetivo trascendente de la reforma agraria ha sido la liquidación de la servidumbre personal que se concretiza en el sistema de colonato. Pese a todas las insuficiencias del decreto del 2 de agosto de 1953, este solo hecho representa un gran cambio histórico, el paso de una época a otra, la superación del feudalismo y el ingreso en el capitalismo. Es así como, declarados los excolonos propietarios de sus parcelas, « pegujales » o « sayanas », quedó definitivamente roto el vínculo que antes los ataba, a través del usufructo de esas parcelas, al patrón y su hacienda. En el futuro serían libres de hacer con su trabajo lo que les viniera en gana, lo cual representaba uno de los elementos esenciales para el desarrollo del capitalismo en la agricultura ». Hasta aquí, más o menos de acuerdo. Pero la generalización para América latina es totalmente inaceptable. Canelas continua: « Con excepción de México y Cuba, aunque en planos distintos, este paso no ha sido dado aún por ningún otro país de América latina. En el resto del continente, el campesinado vive todavía sometido a la coyunda del latifundio, privado de tierra, **bajo el yugo de diversas formas de servidumbre personal** ». (Subrayo yo. JMA.) Canelas no quiere admitir que la servidumbre existía sólo en los países andinos, y que desaparece, sin reforma agraria gubernamental, en Ecuador, en Perú y en Chile. Esto le

lleva a decir, increíblemente, que en el latifundismo latinoamericano, excepto en México y Cuba, hay que hacer una reforma agraria con el apoyo de todos los sectores progresistas para desembarazarse de tan terrible mal. Uno se imagina a amigos argentinos, por ejemplo, ya bastante moscas por lo de Indoamérica, leyendo que el latifundismo argentino funciona a base de siervos que no pueden hacer con su trabajo lo que les viene en gana, y declarándose de una vez por todas tan europeos como Borges, dejando a América para los feudales. Y si en Cuba antes de 1959 había servidumbre personal, éstos han sido los únicos siervos en la historia que han vivido durante décadas con seguros de accidentes de trabajo y de maternidad obrera. Chistes aparte, el carácter progresista que la reforma agraria tuvo seguramente en Bolivia se debe a las condiciones atípicas del latifundismo boliviano, donde de verdad había relaciones de producción feudales. La conclusión de Canelas es, sin embargo, que como primera etapa hay que hacer una reforma agraria análoga, para pasar del feudalismo al capitalismo, en toda América latina, excepto México y Cuba, es decir una reforma agraria que dé la propiedad de la tierra a los siervos « realizada en los marcos de una revolución nacional burguesa ». Claro está que va a ser imposible encontrar ni un solo siervo. Pero el peligro real está en que al creerse la propia propaganda sobre el feudalismo —en parte por afición infantil al sensacionalismo, en parte porque no corre prisa llegar a una revolución socialista— se descubren feudales donde hay burgueses rurales, y se descubren siervos donde hay aparceros que sienten como obreros, y aun donde hay obreros pagados a destajo. A Canelas la obsesión por el feudalismo le lleva seguidamente a suponer que la aparcería, el colonato capitalista que aparece en Bolivia después de la reforma agraria, en algunos casos, es sin más discusión un resabio, una supervivencia feudal. De ahí es fácil inferir que hay que esperar todavía a que la evolución histórica hacia el pleno capitalismo haga desaparecer esos resabios, y habrá que esperar sentados, o hay que propugnar una segunda reforma agraria que dé la propiedad de la tierra a esos colonos.

La revolución nacional burguesa y su reforma agraria es ahora en Bolivia irreversible, de modo que hasta el general Barrientos ha debido aceptar como irrevocable la liberación de los siervos: no están ya sujetos a la gleba, gozan ahora de la típica libertad capitalista de morir de hambre por carecer de empleo y por recibir salarios bajos una vez agotadas las posibilidades de empleo que sus pequeñísimas parcelas les ofrecen a ellos y a sus familiares. De acuerdo, en lo que respecta a Bolivia, con el carácter progresista que tuvo esa revolución y esa reforma agraria. Y en desacuerdo total, en lo que respecta a todos los demás países latinoamericanos, con la política agraria que Canelas implícitamente recomienda que la izquierda adopte. Por ejemplo, en Guatemala, que Canelas menciona expresamente en la introducción al folleto diciendo que la revolución nacional burguesa y su reforma agraria, coetánea a la boliviana, no tuvo allí tiempo de consolidarse debido al ataque feudal-imperialista. ¿No sería más cierto decir que en Guatemala la reforma agraria antimperialista, que tuvo

ciertamente lugar, llegó a un **impasse** porque no continuó inmediatamente, como la cubana, o simultáneamente, expropiando a los burgueses rurales? Cuando llegó la reacción feudal-imperialista, ¿cómo le iba a hacer frente la burguesía nacional y la izquierda urbana sin el apoyo de la clase obrera rural? ¿Y cómo podía conseguir la burguesía nacional el apoyo de la clase obrera rural: tal vez expropiándose a sí misma? Dónde la importancia del feudalismo y del imperialismo es secundaria, en términos de la población agraria empleada en sus propiedades, la contradicción principal está entre burgueses rurales y clase obrera rural. No admitir esta interpretación, lleva a la izquierda, como lleva a Canelas, a predicar otra revolución nacional burguesa y una segunda liberación de los siervos en Guatemala, y la misma política, a excepción de México y Cuba, para el resto de países de América latina. Es posible que yo infraestime la importancia del imperialismo y del feudalismo nacional en Guatemala; pero, cómo pueden verse a sí mismos como siervos, obreros rurales que venden libremente su esfuerzo y a los que los latifundistas nacionales deciden pagar a jornal o a destajo con base en consideraciones tales como la siguiente: « En cuanto a los salarios a destajo, éstos, por lo general, se determinaban en tal forma que equivalían, del punto de vista del empleador, a pagar por día: es decir, que si un trabajador ganaba el doble, era porque había trabajado o cumplido el doble »²². « ¿ No serán el colonato y la aparcería, que es tan fácil a primera vista confundir con residuos semif feudales, introducidos precisamente por los latifundistas a causa de que el trabajo a destajo resulta tan caro como el trabajo a jornal, y ambos más caros que el trabajo de colonos y aparceros? »

En resumen

Los criterios que permiten calificar de capitalista el carácter de las relaciones de producción en el latifundismo son la existencia del desempleo —que puede, sin embargo, ser compatible con un tipo de mentalidad despreocupada, absentista de los propietarios, pero que puede también deberse, dejando aparte el ritmo estacional de la agricultura, a consideraciones privadas o colectivas de los propietarios sobre costes y beneficios—, y la utilización preponderante de obreros eventuales, especialmente si son remunerados a destajo, o por tarea, o por sistemas análogos. La existencia de aparcerías y colonato no impide calificar de capitalista la estructura agraria; por el contrario, cuando las condiciones de estos contratos que son formas de remuneración al trabajo, cambian con frecuencia y los motivos de los propietarios al introducirlos son de economía en los costes de trabajo, y cuando los aparceros y colonos se consideran a sí mismos como obreros, entonces son más bien un síntoma de que las relaciones de producción son realmente capitalistas. Las motivaciones son económicas, fundamentalmente. La coacción necesaria para conseguir que los campesinos, sean obreros o colonos, aporten trabajo, tiene su carácter

exclusivamente económico : si no trabajan no consiguen medios de subsistencia, como sucede a los obreros industriales. No son esclavos o siervos. El miedo y la violencia característicos del latifundismo, no suelen provenir de las acciones de los servidores de los amos, o de sus policías privados, sino, más frecuentemente, de parte de la policía, guardias civiles y rurales y del ejército estatales. Y esa violencia no es para conseguir que los campesinos trabajen, o se mantengan sujetos a la gleba, o no se vuelvan cimarrones, sino para evitar que se organicen para apoderarse de los medios de producción. Si los hechos responden a estos criterios, no cabe duda sobre el carácter de las relaciones de producción.

Si la izquierda dice que las relaciones de producción latifundistas son feudales, y de verdad lo son, todo va bien. Los enemigos son entonces los feudales —y en algunos casos, los propietarios imperialistas que se les asimilan; los aliados, la burguesía. Pero si no lo son, si son más bien capitalistas por atrasado que sea el nivel tecnológico y por abundante que sea el colonato, y si la izquierda sigue diciendo que son feudales, varios males pueden sobrevenir desde el punto de vista de los objetivos de la izquierda. La izquierda puede entonces confiar, ingenuamente, en que los liberales van a hacer una reforma agraria no sólo contra los pocos absentistas que aún queden, sino contra los burgueses y puede perderse entre tanto las oportunidades de organizar sindicatos rurales; o la izquierda puede apoyar, o incluso hacer por su cuenta, una reforma agraria que sea al gusto de los liberales y aun de los propietarios agrícolas : ampliando la clase campesina conservadora de pequeños propietarios al convertir a los colonos y aparceros en propietarios, incluso haciéndoles pagar la tierra a precios de mercado. Si la situación política es tan reaccionaria que ni la posibilidad de una reforma agraria de este tipo se plantea, la izquierda al hablar erróneamente de relaciones de producción feudales, también ayuda, sin querer, a los latifundistas capitalistas, a quienes viene bien que se ataque a los muertos más que a los vivos, y la izquierda está infraestimando las posibilidades revolucionarias de la clase rural obrera.

Si la izquierda acepta que las relaciones de producción son capitalistas ha de abandonar su insistencia en el argumento de la contradicción entre relaciones de producción y desarrollo de las fuerzas productivas, al nivel de la estructura agraria y sustituirlo por el mismo argumento para toda la economía nacional e internacional. Cabe utilizar, sin embargo, el desempleo como un tema principal de propaganda para la reforma agraria : ahí se manifiesta, a través de la diferencia entre coste monetario privado y coste « de oportunidad » del trabajo, una incompatibilidad entre relaciones de producción capitalistas y pleno empleo de las fuerzas productivas —trabajo en este caso. Si la estructura agraria es capitalista, ningún otro argumento convincente hay específicamente a favor de la reforma agraria desde el punto de vista del « interés general », es decir del crecimiento económico aceptado en principio como objetivo por todos los sectores hoy en día.

Los sectores de centro, y aun de derecha, que apoyarían algún tipo de reforma agraria que menoscabara los objetivos ulteriores de la izquierda, o que fuera realmente antifeudal, antiabsentista, no van a apoyar una reforma agraria anticapitalista, antiempresarial de tipo colectivista. Desde el punto de vista del incremento de la producción, sin considerar su estructura y su distribución, que es lo que ellos entienden por desarrollo económico y de lo que están en principio a favor, tienen buenos argumentos contra una reforma agraria izquierdista. Precisamente las fincas grandes, a diferencia de los minifundios, pueden acomodar cualquier tecnología nueva; claro está que eso no dice nada sobre si los latifundios van a pertenecer a capitalistas o a la sociedad, pero los capitalistas, por supuesto, tienen sus prejuicios —y tienen además argumentos respetables para apoyarlos si se les ataca por el lado del crecimiento económico. Por tanto, la política de la izquierda a favor de la reforma agraria se ha de basar, desde el casi irrelevante punto de vista del «interés general», en el aprovechamiento parcial del desempleo, y desde el punto de vista de movilizar a la clase obrera rural, otra vez en el argumento del desempleo, y también si se quiere, no muy honradamente, en la poco probable afirmación de que la producción aumentará por la reforma agraria, y además, o sobre todo, en consideraciones morales: es justo repartir los ingresos; es bueno dar responsabilidades en el sencillo proceso productivo a quienes en él participan, pues son capaces de desempeñarlas; hay que eliminar, violentamente, la violencia y el miedo que oprime a los obreros rurales —ya que por su negación de la legitimidad de la estructura agraria capitalista, que se debe a su deseo de obtener la tierra, en parte, para tener empleo seguro y mayores ingresos y, en parte, porque se creen capaces de organizar la producción por sí solos, sólo con el miedo y la violencia reaccionaria puede esta estructura mantenerse. Esos argumentos no van a convencer al centro y a la derecha, por supuesto; no se basan en el «interés general», en el sentido de que atacan directamente los intereses de la burguesía, que se declara naturalmente en contra de redistribuir la riqueza, de renunciar a su papel de directora de la producción, y que va a negar la existencia de miedo y violencia y sobre todo que haga falta medios revolucionarios para hacerlos desaparecer. Esos argumentos pueden, sin embargo, lo que es más importante desde el punto de vista de la izquierda revolucionaria, ayudar a la clase obrera rural a dar objetivos finales a sus sindicatos en los pocos frecuentes casos en que se le permite organizarlos, y a hacer, dentro de revolución en toda la economía que la movilización de la clase obrera rural puede hacer a su vez mucho más factible, una reforma agraria que sea en realidad una revolución agraria colectivista —construyendo así una estructura agraria que facilitará, en vez de dificultar, la creación de una sociedad que sea en cuanto a la calidad de las relaciones sociales en ella tal como se propone la izquierda revolucionaria, aunque esa transformación en la estructura agraria no haga necesariamente aumentar la producción a un ritmo mayor que la vieja estructura. La nueva sociedad puede, sin embargo, orientar en distinta

dirección la producción : esa consecuencia se ha de ver como implícita en la redistribución de la riqueza y del ingreso, no puede utilizarse como un argumento separado. La nueva sociedad puede también romper sus vínculos con la metrópoli que, según la tesis de Frank, explican el subdesarrollo.

Enero de 1968

Notas

1. J. Díaz del Moral : *Historia de las agitaciones campesinas andaluzas*. Córdoba, Madrid, 1929, Prólogo, XIII.
2. Acta de la sesión ordinaria del 21 de agosto de 1942 de la Asamblea Nacional de Representantes de la Asociación de Colonos de Cuba, p. 50-51. En Cuba, « colonos » eran los cultivadores de caña, grandes y pequeños ; la Asociación estaba en manos de los grandes, que en esta Acta protestan de las peticiones de los aparceros. « Colonos » quiere, en general, decir pequeño agricultor en tierra ajena ése era también el significado original en Cuba. En este sentido uso el término en el texto.
3. *La estabilidad del latifundismo*, Ruedo ibérico, 1968, p. 112.
4. Instituto de Reformas Sociales : *Información sobre el problema agrario en la provincia de Córdoba*, Madrid, 1919, p. 172.
5. L. Petri : *Le lotte agrarie nella valle padana*, Einaudi Editore, 1955, p. 240, 391.
6. Caio Prado Jr. : « Análisis del problema agrario en el Brasil », en *Evolución política del Brasil*, Buenos Aires-Montevideo, 1964, p. 191.
7. Citado por Ramiro Guerra : *Azúcar y población en las Antillas*, La Habana, 1927, p. 55.
8. K. Marx : *El Capital*, III, cap. 47 (p. 919, vol. 2, tomo III de la edición del Fondo de Cultura Económica, México, 1947).
9. Rafael Baraona : « Una tipología de haciendas en la sierra ecuatoriana », en O. Delgado (ed.), *Reformas agrarias en América latina*, México, 1965, p. 695.
10. A. Canelas : *Mito y realidad de la reforma agraria*, La Paz-Cochabamba, 1966, p. 208.
11. Comité Interamericano de Desarrollo Agrícola : *Chile. Tenencia de la tierra y desarrollo socioeconómico del sector agrícola*, Santiago, 1966, p. 53.
12. Para Perú y Ecuador, *Leyes de Reforma Agraria* respectivas, de 1964 ambas, artículos 13 y 17 y Exposición de Motivos, respectivamente. Para Colombia, A. Aguilera Camacho : *Derecho agrario colombiano*. Bogotá, 1962, p. 235.
13. En un documento de la Sociedad Nacional de Agricultura, de 1962, citado en O. Delgado : *Reformas agrarias en América latina*, México, 1965, p. 292.
14. Ver nota 4.

15. Estimado a partir de la tabla nº 18, p. 466, *Censo agrícola nacional*, 1946, tomando 500 ha como límite inferior, pues aunque se expropiaron latifundios por encima de 30 caballerías (aproximadamente 400 ha), la ley exceptuaba algunos hasta una extensión de 100 caballerías. El censo no tiene subdivisión entre 100 y 500 ha.
16. Michel Gutelman, usando distintas fuentes, dice que el número de propietarios de hasta cinco caballerías se triplicó (de 50 000 a 150 000). No altera esto mi razonamiento. Señala también Gutelman que las distribuciones a título oneroso no fueron muy numerosas (*L'agriculture socialiste à Cuba*, 1967, capítulo incluido en *Cuba : una revolución en marcha*, París, 1967, p. 261-262).
17. *Granma*, 8 de enero de 1968.
18. G. Jackson : *The Spanish Republic and the Civil War, 1931-1939*, Princeton, 1965. Como problema de investigación histórica, el número y la distribución por causas y clases sociales de los muertos de 1936-1943 no está todavía resuelto.
19. A. G. Frank : « El desarrollo del subdesarrollo », *Pensamiento crítico*, 7, p. 160 (artículo traducido de *Monthly Review*, septiembre de 1966).
20. Véase nota 19. Esta y las dos citas precedentes, p. 170-171.
21. M. Moreno Fragnals : *El Ingenio*, La Habana, 1964.
22. CIDA : *Guatemala : Tenencia de la tierra y desarrollo socioeconómico del sector agrícola*, 1965, p. 87.

Bibliografía

Sobre Andalucía son esenciales la *Información sobre el problema agrario en la provincia de Córdoba*, publicada por el Instituto de Reformas Sociales en 1919, y el libro de Díaz del Moral. Son útiles el libro de Pascual Carrión : *Los latifundios en España*, 1932 ; los estudios publicados en 1904 por el Instituto de Reformas Sociales con motivo de un concurso de trabajos sobre el problema agrario en el mediodía de España ; la documentación del Instituto de Reforma Agraria, especialmente su *Boletín* ; el estudio del Ministerio de Trabajo : *La crisis agraria andaluza de 1930-1931*, que completa las publicaciones del Instituto de Reformas Sociales. Los artículos y libros de Bernaldo de Quirós, Gómez Ayau y Julio Caro Baroja

contienen algunas descripciones aprovechables. El ensayo de Eric Hobsbawm sobre Andalucía en *Primitive Rebels* exagera el absentismo y la condición «cuasi-servil» de los obreros; también cae en esta trampa Edward Malefakis en su tesis sobre la reforma agraria de la república que contiene mucha información nueva (*Land Tenure, Agrarian Reform and Peasant Revolution in Twentieth Century Spain*,

Ph. D. Thesis, Columbia Univ., 1965); mi interpretación de la reforma agraria de la república es la opuesta a la suya. El libro de Pitt-Rivers: *The people of the Sierra*, 1954, es un análisis estructuralista-funcionalista a cuya coherencia se sacrifican muchos hechos, por ejemplo, el desempleo: un auténtico fraude.

Sobre el latifundismo latinoamericano, hay mucha

información en los estudios del CIDA —el de Ecuador, a cargo de Rafael Baraona, es el mejor— y en la recopilación de artículos y documentos realizada por Oscar Delgado, que se llama *Reformas agrarias en América latina*, México, 1965. Un ataque a quienes defienden la existencia de feudalismo, complementario del mío, se desarrolla en varios artículos de André Günther Frank, algunos de ellos especialmente uno sobre el latifundismo brasileño, donde se cita bastante literatura— contenidos en *Capitalism and underdevelopment in Latin America*, New York, 1967, y en otros citados en su artículo que se incluye en este mismo número. Un ensayo de Eric Hobsbawm sobre el potencial revolucionario en el campo de América latina, recientemente aparecido (en Claudio Véliz (ed.): *The Politics of Conformity in Latin America*, Oxford), debe ser importante.

Algunos libros distribuidos por Editions Ruedo ibérico

Problemas agrarios

René Dumont	Tierras vivas	(Era)	21,— F
Josué de Castro	Ensayos sobre el subdesarrollo	(DEA)	18,— F
Emilio Romero	La reforma agraria en México	(Cuadernos Americanos)	9,— F
Moisés T. de la Peña	El pueblo y su tierra	—	
Oscar Lewis	Los hijos de Sánchez	(Joaquín Mortiz SA)	24,— F
Oscar Lewis	Pedro Martínez	—	24,— F
Huberman y Sweezy	Cuba, anatomía de una revolución	(Palestra)	18,— F
Ernesto « Che » Guevara	Condiciones para el desarrollo económico de América latina	—	12,— F
Juan Anlló	Problemas del campo español	(Cuadernos para el diálogo)	10,50 F
Z. Alvarez Ahumada	Desarrollo social y reforma agraria	(Palestra)	

España contemporánea

HUGH THOMAS

La guerra civil española

Nueva edición corregida y aumentada

800 páginas 30 mapas

48 F

GERALD BRENAN

El laberinto español.

Antecedentes políticos y sociales de la guerra civil

330 páginas 9 mapas en colores

24 F

MIJAIL KOLTSOV

Diario de la guerra de España

500 páginas 141 documentos fotográficos

33 F

STANLEY G. PAYNE

Falange. Historia del fascismo español

276 páginas

24 F

IGNACIO FERNANDEZ DE CASTRO

De las Cortes de Cádiz al Plan de Desarrollo

412 páginas

36 F

JUAN MARTINEZ ALIER

La estabilidad del latifundismo

440 páginas 7 mapas 17 documentos fotográficos

42 F

STANLEY G. PAYNE

Los militares y la política en la España moderna

498 páginas

39 F

DANIEL ARTIGUES

El Opus Dei. 1

176 páginas

21 F

ROBERT G. COLODNY

El asedio de Madrid

en prensa

5 rue Aubriot Paris 4

Ayuntamiento de Madrid

¿Quién es el enemigo inmediato ?

Latinoamérica : subdesarrollo capitalista o revolución socialista

Este ensayo se sustenta en las siguientes tesis :

1. El enemigo inmediato de la liberación nacional en Latinoamérica es, tácticamente, la burguesía propia en Brasil, Bolivia, México, etc. y la burguesía local en las zonas rurales. Así, es —incluso en Asia y África— no obstante que estratégicamente el enemigo principal es, innegablemente, el imperialismo.
2. La estructura de clases latinoamericana fue formada y transformada por el desarrollo de la estructura colonial del capitalismo mundial, desde el mercantilismo hasta el imperialismo. A través de esta estructura colonial las sucesivas metrópolis ibérica, británica y norteamericana han sometido a Latinoamérica a una explotación económica y dominación política que determinaron su actual estructura clasista y sociocultural. La misma estructura colonial se extiende dentro de Latinoamérica, donde las metrópolis nacionales someten a sus centros provinciales, y éstos a los locales, a un semejante colonialismo interno. Puesto que las estructuras se interpenetran totalmente, la determinación de la estructura de clases latinoamericana por la estructura colonial no quita que las contradicciones fundamentales en Latinoamérica sean « internas ». Lo mismo vale para Asia y África.
3. Hoy la lucha antimperialista en América latina tiene que hacerse a través de la lucha de clases. La movilización popular contra el enemigo inmediato de clase a nivel local y nacional genera una confrontación con el enemigo principal imperialista, más fuerte que la movilización antimperialista directa ; y la movilización nacionalista por medio de la alianza política de las « más amplias fuerzas antimperialistas » no desafía adecuadamente al enemigo inmediato clasista y en general todavía ni siquiera resulta en la verdadera y precisa confrontación con el enemigo imperialista. Esto vale también para los países neocoloniales de Asia y África y quizás para algunos países coloniales a menos que sean ya militarmente ocupados por el imperialismo.

* El trabajo que a continuación presentamos es la versión ampliada de nuestra ponencia presen-

tada al Congreso Cultural de La Habana en enero de 1968.

4. La coincidencia estratégica de la lucha de clases y la lucha antimperialista y la precedencia táctica de la lucha de clases en Latinoamérica sobre la lucha antimperialista contra la burguesía metropolitana vale evidentemente para la lucha guerrillera, que debe empezar contra la burguesía del país ; y vale también para la lucha política e ideológica que hay que dirigir, no solamente contra el enemigo colonialista e imperialista, sino contra el enemigo de clase criollo.

Problemática política

¿Quién debe hacer en América latina la revolución, y contra quién? Dando la respuesta, Che y su ejemplo nos guían en la lucha revolucionaria contra todos los obstáculos, cualesquiera que sean y donde quiera que estén: en el imperialismo, en la sociedad latinoamericana misma, hasta en la ideología y la práctica contrarrevolucionarias, incluso de alguna gente en países socialistas o partidos marxistas. El mensaje permanente de Che es comenzar ahora mismo a combatir el enemigo en el campo de batalla inmediato del país propio y, desde ahí, extender la revolución a todo el mundo. Desde ese campo de batalla llegó su mensaje a la Tricontinental: « En cualquier lugar que nos sorprenda la muerte, bienvenida sea, siempre que ése, nuestro grito de guerra, llegue hasta un oído receptivo y otra mano se tienda para empuñar el fusil... » El arma de Che es su ejemplo, el de un revolucionario que es también un intelectual, y no un intelectual que aspira a ser revolucionario. En respuesta a alguien que una vez le preguntó qué podía él, como escritor, hacer por la revolución, Che dijo: « Yo era médico ». Fidel dedicó su discurso ante la OLAS a esta cuestión y dijo en parte: « Cuanta palabrería vana se ha malgastado en espera de una burguesía liberal, progresista, antimperialista. Y podemos preguntarnos si alguien, en este momento, cree que alguna burguesía de este continente está haciendo un papel revolucionario ». Fidel

continuó: « El mundo, sobre todo nuestro mundo latinoamericano, necesita ideas guías [...] ¡ Son ideas guías las que se necesitan! Y las ideas revolucionarias serán las únicas y verdaderas guías de nuestros pueblos. » No obstante, « esto no quiere decir que la acción debe aguardar por el triunfo de las ideas, y éste es uno de los puntos esenciales de la cuestión [...] La acción es uno de los instrumentos más eficaces para hacer que las ideas triunfen entre las masas. Quien aguarde por el triunfo de las ideas entre las masas para iniciar la acción revolucionaria, no será jamás revolucionario [...] Y lo que distingue al verdadero revolucionario del pseudo-revolucionario es precisamente esto: uno actúa para mover a las masas y el otro espera que la conciencia se desarrolle en las masas para empezar a actuar. » La OLAS reflejó una lucha ideológica latente y fue un triunfo de las ideas revolucionarias. Las ideas más importantes, simbolizadas por las efigies de Simón Bolívar y Che Guevara, que dominaban las sesiones plenarias y la de clausura, son: « Para nosotros la patria es América » y « El deber de todo revolucionario es hacer la revolución », confiando fundamentalmente en la lucha armada en el campo, en el que un foco guerrillero puede ser la semilla y el núcleo de un ejército de liberación masiva que tome el poder político y establezca el socialismo. La OLAS convino en que todas las formas de lucha, tanto las

políticas como las ideológicas, deberían servir para promover y no para inhibir la fundamental: la lucha armada, y que, como sugiere Fidel, este movimiento popular es, en América latina, mucho más amplio que el que sólo se compone de partidos comunistas.

Regis Debray adopta posiciones políticas adicionales: en las circunstancias contemporáneas de América latina, un foco guerrillero que una y simultáneamente ejerza la dirigencia política y militar en un escenario rural, debe proceder a la formación de una vanguardia o partido de masas en un ambiente urbano.

Estas ideas revolucionarias deben ser reafirmadas hoy y la lucha revolucionaria extendida, porque no sólo el imperialismo tratará de explotar su asesinato del Che, sino que también, en la incesante lucha ideológica a la que Fidel se refiere, algunos, inevitablemente, sugerirán que estas ideas revolucionarias carecen de realismo. Mas no sólo el compromiso revolucionario, sino también la experiencia política y el estudio científico de la historia y la realidad de América latina sustentan el realismo y la vida de estas ideas revolucionarias. Ideas que, al mismo tiempo, deben ser extendidas y ampliadas con nuevas actividades revolucionarias, tanto a través de la práctica políticomilitar como de la investigación científica y del desarrollo de teoría e ideología revolucionarias. He ahí, pues, lo que reta a un revolucionario, al revolucionario intelectual, y hasta al intelectual aún no revolucionario de América latina, especialmente el consagrado a las ciencias sociales, porque si él ha de ser responsable, esto es, si ha de ser un verdadero intelectual, debe decidirse a tomar posición —no importa cuál sea ésta— ante los fundamentales problemas políticos de su sociedad.

La cuestión política fundamental de quién

debe hacer la revolución contra quién puede ser reformulada así: ¿Quién es el enemigo principal y quién es el enemigo inmediato? Todos los revolucionarios concuerdan y muchos reformistas también, en que estratégicamente el enemigo principal es el imperialismo. ¿Pero quién es tácticamente el enemigo **inmediato**, el primer enemigo al que se ha de enfrentar en la lucha revolucionaria? ¿Es el enemigo inmediato el imperialismo y la burguesía metropolitana? ¿O es tácticamente la burguesía latinoamericana (brasileña, peruana, guatemalteca, mexicana), y también la burguesía local en los distritos rurales latinoamericanos, el enemigo inmediato? ¿Puede ser movilizada la fuerza popular contra los puntos más débiles del sistema capitalista imperialista, como enemigo principal, por una coalición política lo más amplia posible, o en cambio, debe ser movilizado el pueblo contra la burguesía latinoamericana, como enemigo inmediato?

Para responder, vale hacer una distinción entre la estructura colonial (o neocolonial) y la estructura de clases en América latina. La estructura de clases puede identificarse mediante la relación del pueblo con los medios de producción y su participación en el proceso productivo en este o aquel lugar. La estructura colonial relaciona entre sí los lugares, sectores, grupos raciales o étnicos identificables. El sistema capitalista posee una estructura colonial que sirve a la metrópoli imperialista para explotar a sus colonias latinoamericanas, a otras (y a sus colonias afroamericanas internas en el ámbito nacional), y sirve a las metrópolis nacionales de América latina para explotar, por la vía del «colonialismo interior», a sus centros provinciales, los que a su vez explotan a sus respectivas **hinterlands** locales, formándose así una cadena expoliadora que se extiende ininterrumpidamente desde el centro imperialista hasta la más aislada región rural de

los países subdesarrollados de América latina y otros continentes.

No hacemos esta distinción para sugerir que la estructura colonial y la de clases están separadas, sino, al contrario, para inquirir cómo se determinan o relacionan mutuamente y averiguar dónde y cómo se puede combatir a las dos. La investigación histórico-social científica a lo largo de las líneas que más adelante se proponen, mostrará, probablemente, que en la historia de América latina, las relaciones de producción y distribución coloniales y neo-coloniales entre la metrópoli capitalista mercantil e imperialista y la América latina —y también entre las metrópolis nacionales latinoamericanas y las colonias internas de sus respectivos *hinterlands*— han determinado la estructura de clases de América latina en los niveles nacional y local, y no al revés. En consecuencia, sugerimos aquí, aunque puede parecer paradójico, que hoy la lucha ant imperialista en Latinoamérica tiene que hacerse a través de la lucha de clases. La movilización popular contra el enemigo inmediato de clase, en los niveles local y nacional, genera una confrontación con el enemigo principal imperialista más fuerte que la movilización ant imperialista directa; y la movilización nacionalista por medio de la alianza política de las « más amplias fuerzas ant imperialistas » no desafía adecuadamente al enemigo inmediato clasista y en general todavía ni siquiera resulta la verdadera y precisa confrontación con el enemigo imperialista.

La coincidencia estratégica de la lucha de clases y la lucha ant imperialista y la precedencia táctica de la lucha de clases en Latinoamérica sobre la lucha ant imperialista contra la burguesía metropolitana vale evidentemente para la lucha guerrillera, que debe empezar contra la burguesía del país; y vale también para la lucha política e ideológica que hay que dirigir no sola-

mente contra el enemigo colonialista o imperialista sino contra el enemigo de clase criollo.

Esta sugerencia, que parece contradecir los principios generalmente aceptados por la política revolucionaria en América latina, no es en modo alguno, como alguien podría sugerir, una tentativa de desalentar o desviar la necesaria lucha ant imperialista en América latina. Por lo contrario, insistimos en esta lucha, pero buscamos la vía más adecuada, e invitamos a la investigación científica de las circunstancias latinoamericanas correspondientes. Además, la experiencia revolucionaria apoya esta sugerencia: la confrontación entre el pueblo de Cuba y el imperialismo fue el producto de la movilización popular contra el enemigo de clase cubano, tanto en la Sierra Maestra como en La Habana, y no a la inversa. La Revolución de Octubre, que produjo la contradicción y confrontación entre el socialismo y el imperialismo, fue resultado de la lucha contra el enemigo de clase interno, con incluso la neutralización parcial del imperialismo después de Brest-Litovsk. Varios fracasos de la revolución socialista y ant imperialista deben ser atribuidos al excesivo énfasis en un enemigo extranjero con exclusión del doméstico y local. Incluso la confrontación de las fuerzas constitucionales de Santo Domingo con el imperialismo no ocurrió hasta después de haber retado aquéllas al enemigo de clase local. Pero a causa de la estructura colonial del sistema capitalista imperialista y nacional y gracias al mutuo refuerzo de las estructuras colonial y de clases, el derrocamiento popular de la clase burguesa y hasta el reto del pueblo a su hegemonía hace que las fuerzas imperialistas intervengan en la lucha. Pero a menos que éstas se encuentren ya en el país como fuerza militar de ocupación —tal y como estaban en China, Yugo eslavía y Viet Nam, o como están en los países

coloniales a diferencia de los neocoloniales—, las fuerzas imperialistas parecen ser, en el caso de países interpenetrados con el imperialismo, más vigorosamente desafiados mediante la lucha contra el enemigo de clase inmediato que a través de los esfuerzos de una coalición de las clases nacionalistas por movilizar al pueblo contra un enemigo que a menudo es dicho extranjero, lo que hace parecer al imperialismo abstracto y no concreto. En las áreas rurales particularmente, el pueblo querrá luchar —y debería animársele a ello— contra el enemigo de clase inmediato que le oprime allí, mejor que contra un enemigo extrajero al que no ve ni conoce. La estrategia de foco guerrillero debe dirigirse ciertamente —y debe movilizar al pueblo— contra el enemigo de clase inmediato, no sólo en la zona local de la guerrilla misma, sino en la capital de la nación. Eso producirá cuanto antes la verdadera confrontación con el imperialismo.

Examen histórico

¿Cuál es, entonces, la estructura clasista y colonial de la América latina; cuáles son sus características en diferentes partes del continente; cuál su relación con el sistema imperialista en conjunto, y cómo puede o debe ser convertida en revolución la explotación clasista y colonial de la América latina?

Latinoamérica y otras partes del mundo que se han subdesarrollado fueron incorporadas hace tiempo al expansivo sistema capitalista mundial, mercantil primero e imperialista después, como colonias políticas o económicas, o ambas cosas. Toda comprensión adecuada de las características económicas, sociales, políticas y culturales de América latina y otras áreas subdesarrolladas, requiere, por tanto, un examen científico no sólo de las caracte-

ísticas mismas y de las sociedades en que se producen, sino también de la estructura colonial y de clases de este sistema capitalista mundial en su conjunto. Este estudio, en sus aspectos históricos y contemporáneos, debe ser emprendido, sobre todo por los historiadores, economistas y sociólogos de estos países subdesarrollados si desean comprender a sus propias sociedades. Esto es tanto más necesario cuanto que el análisis de la capacidad productiva y las relaciones del capitalismo y el imperialismo, ha sido realizado hasta ahora, incluso por la mayoría de los marxistas, desde una perspectiva metropolitana que contempla a los países coloniales más como anexos complementarios que como partes integrantes de la estructura y desarrollo del sistema capitalista. La consiguiente distorsión de la imagen y el análisis del capitalismo deben ser corregidos, especialmente por los sociólogos de la parte subdesarrollada del sistema capitalista, a través del examen científico desde una perspectiva mundial que corresponde a la realidad mundial del capitalismo.

La estructura de clases latinoamericanas, a través del desarrollo del capitalismo mundial, ha sido básicamente el producto de la estructura colonial que la metrópoli ibérica, más tarde inglesa y norteamericana, impuso e inculcó a la América latina durante su triunfante campaña por convertir al pueblo de ésta en productor y abastecedor de materia prima y capital para el proceso productivo mundial que condujo al desarrollo económico metropolitano. Por ende, y así es no sólo en el nivel nacional, sino también en el local, América latina vino a tener, y todavía tiene, la estructura de clases de una economía exportadora colonial o neocolonial.

Como nota Ferrer: «La minería, la agricultura tropical, la pesca, la caza y la explotación de bosques (todas en función

directa de la exportación) fueron las industrias que se desarrollaron en las economías coloniales y, por tanto, las que atrajeron los recursos financieros y laborales disponibles [...] Los grupos con intereses en actividades exportadoras eran comerciantes y propietarios de altos ingresos y altos funcionarios de la corona y de la Iglesia. Estos sectores de población [...] constituyeron el mercado colonial interno y la fuente de acumulación de capital [...] En la medida en que la concentración de riqueza crecía en manos de un pequeño grupo de propietarios, comerciantes y políticos influyentes, aumentaba la propensión a obtener artículos manufacturados de consumo en el exterior [...] De este modo, el sector de exportación, por su naturaleza misma, no permitiría la transformación del sistema como un todo siendo el principal obstáculo para la diversificación de la estructura interna de producción y, por consiguiente, para la consecuente elevación de los niveles técnicos y culturales de la población, el desarrollo de los grupos sociales en relación con la evolución de los mercados internos y la búsqueda de nuevos renglones de exportación libres de la autoridad metropolitana.¹

Del capital restante potencialmente invertible, la estructura de subdesarrollo encauzó la mayor parte a la minería, la agricultura, el transporte y empresas comerciales de exportación a la metrópoli, casi la totalidad del sobrante a importaciones de lujo de las metrópolis, y sólo muy poco a las manufacturas y el consumo relacionados con el mercado interno. Debido al comercio y al capital extranjeros, los intereses económicos y políticos de la burguesía minera, agrícola y comercial nunca estuvieron dirigidos al desarrollo económico interno². Las relaciones de producción y la estructura clasista del latifundio, de la mina y sus **hinterlands** económicos y sociales se desarrollaron en

respuesta a las expoliadoras necesidades colonialistas de las metrópolis ultramarina y latinoamericana. No fueron, como con tanta frecuencia se pretende erróneamente, el resultado del traspaso en el siglo XVI de las instituciones feudales ibéricas. El desarrollo de esta estructura de clases y sus consecuencias económicas y políticas contemporáneas, requiere aún más investigación.

No obstante, incluso sobre la base de los hechos ya universalmente conocidos hoy, es posible afirmar con seguridad que la estructura de clases y las relaciones de producción que se vinculan al latifundio de los siglos XIX y XX en Cuba, Argentina, el litoral peruano, el Sao Paulo caficultor y el norte de México contemporáneo, posterior a la reforma agraria, no tiene absolutamente nada que ver con la supuesta importación de instituciones feudales de la península ibérica durante los tiempos coloniales (como tampoco, por supuesto, las muy similares instituciones de las Antillas británicas). Como he sostenido en el n° 7 de **Pensamiento Crítico**, exactamente lo mismo resulta de la evidencia histórica de Chile en el siglo XVIII, de México en el XVII y otras regiones. En realidad, aunque esto requiere más estudio, han sido las necesidades de producción y comercio del sistema colonial mercantil capitalista e imperialista las que han dado firma a la estructura esencialmente capitalista de las clases de las regiones de exportación agrícola y minera. Más adelante nos referiremos a las consecuencias de la introducción de la industria moderna en esta estructura colonial y de clases.

La sola excepción de este esquema había sido el debilitamiento de los lazos del comercio y el capital extranjeros durante las guerras o depresiones metropolitanas, como la del siglo XVII, y la inicial relativa falta de tales lazos entre la metrópoli

y regiones aisladas de exportación no orientadas hacia ultramar, que permitió una temporal e incipiente acumulación autónoma de capital y el desarrollo industrial para el mercado interno, tales como los de Sao Paulo en el Brasil, Tucumán y otros en la Argentina, Asunción en el Paraguay, Querétaro y Puebla en México en el siglo XVIII, y otros.

En la era colonial del desarrollo capitalista, el capital extranjero, el pillaje de recursos, la explotación del trabajo y el comercio colonial, iniciaron el desarrollo de la metrópoli europea y simultáneamente el subdesarrollo latinoamericano.

Después de la independencia política de América latina, la primacía económica y política de la Gran Bretaña dejó a tres grandes grupos de intereses la decisión del futuro de Latinoamérica en su lucha tripartita: 1) Los intereses agrícolas, mineros y comerciales de Latinoamérica, que aspiraban a mantener el subdesarrollo conservando la vieja estructura de exportación —y sólo deseaban sustituir a sus rivales ibéricos en sus privilegiadas posiciones; 2) Los industriales y otros grupos de intereses de las regiones arriba mencionadas y otras del interior, que intentaban defender sus nacientes y aún débiles economías de desarrollo contra el comercio libre y el financiamiento externo, que amenazaban aniquilarlos; y 3) La victoriosa Inglaterra, en expansión industrial, cuyo canciller Lord Canning, anunció en 1822: «Hispanoamérica es libre; y si no manejamos mal nuestros asuntos, es inglesa.» Las líneas de batalla estaban tendidas, con la tradicional burguesía latinoamericana en natural alianza con la burguesía industrial mercantil de la metrópoli, contra los débiles industriales nacionalistas de la América latina. El resultado estaba prácticamente predeterminado por el anterior proceso del desarrollo capita-

lista, que había dispuesto las cartas de esta manera.

En el periodo que va de los años veinte, hasta mediados de los años cincuenta, los intereses nacionalistas del interior eran a veces todavía capaces de obligar a sus gobiernos a implantar tarifas proteccionistas en muchos países. Industria, sobre todo la textil, marina de bandera nacional, y otras actividades generadoras de desarrollo evidenciaban señales de vida. Al mismo tiempo, los propios latinoamericanos rehabilitaban las minas abandonadas y abrían nuevas, y comenzaron a incrementar sus sectores de exportación agrícola y de otras materias primas. Para favorecer e impulsar el desarrollo económico interno, tanto como para responder a la creciente demanda externa de materias primas, los liberales lucharon por diversas reformas, principalmente la agraria, tanto como por la inmigración, que incrementaría la fuerza nacional de trabajo y expandiría el mercado interno.

Las burguesías de América latina, orientadas comercialmente hacia la metrópoli, y sus aliados nacionales de la minería y la agricultura, se opusieron a este desarrollo capitalista autónomo, ya que las tarifas proteccionistas interferían sus intereses comerciales, y lucharon contra los industriales nacionalistas y los derrotaron en las guerras civiles de los años treinta y cuarenta entre federalistas y centralistas. Las potencias metropolitanas ayudaron a sus socios menores de Latinoamérica con armas, bloqueos navales, e intervención militar directa e instigación de nuevas guerras, dondequiera que fue necesario, como la de la Triple Alianza contra Paraguay, que perdió 6/7 de su población

1. Ferrer, Aldo: *La economía argentina*. México, Buenos Aires, 1963, p. 31-32.

2. Para un análisis más detallado, véase Frank, André G.: *Capitalismo y subdesarrollo en América latina*, 1968.

masculina en defensa de su ferrocarril, financiado nacionalmente, y de su esfuerzo de desarrollo autónomo genuinamente independiente.

El comercio y la espada estaban preparando a Latinoamérica para el libre comercio con la metrópoli, y para que así fuese había primero que eliminar la competencia del desarrollo industrial latinoamericano; y, con la victoria de los grupos de intereses económicos orientados hacia el exterior sobre los grupos nacionalistas, la economía y los Estados latinoamericanos tenían que subordinarse aún más a la metrópoli. Sólo entonces se llegaría al libre comercio y regresaría el capital extranjero a sus dominios. Un nacionalista argentino de la época señalaba: «Después de 1810 [...] la balanza comercial del país ha sido permanentemente desfavorable, en tanto que los comerciantes del país han sufrido pérdidas irreparables. Tanto el comercio de exportación como el de importación y la venta al detalle han pasado a manos extranjeras. La conclusión no puede ser otra, sino que la apertura del país a los extranjeros ha demostrado ser perjudicial a la balanza. Los extranjeros desplazaron a los nacionales no sólo del comercio, sino también de la industria y la agricultura»; y otro añadía: «No es posible que Buenos Aires haya sacrificado sangre y riqueza con el sólo propósito de convertirse en consumidor de los productos y manufacturas de los países extranjeros, pues tal situación es degradante y no corresponde a las grandes potencialidades que la naturaleza ha otorgado al país [...] Es erróneo suponer que la protección genera el monopolio. El hecho es que la Argentina que ha sido colocada bajo un régimen de libre comercio por espacio de veinte años, está ahora controlada por un puñado de extranjeros. Si la protección desalojara a los comerciantes extranjeros de sus posiciones de preeminencia económica, el país

tendrá ocasión de felicitarse por haber dado el primer paso hacia la reconquista de su independencia económica [...] La nación no puede seguir sin restringir el comercio exterior, ya que sólo la restricción hace posible la expansión industrial; no debe soportar por más tiempo el peso de los monopolios extranjeros, que estrangula toda tentativa de industrialización.»³ Pero lo soportó.

Según el correcto análisis de Burgin en su estudio sobre el federalismo argentino, «el desarrollo económico de la Argentina posrevolucionaria se caracterizó por un desplazamiento del centro de gravedad económica del interior hacia la costa, provocado por la rápida expansión de la última y el simultáneo retroceso del primero. El carácter desigual del desarrollo económico condujo a lo que fue en cierta medida una desigualdad que se perpetúa a sí misma. El país resultó dividido en provincias pobres y ricas. Las del interior tenían que despojarse de grandes proporciones del ingreso nacional en favor de Buenos Aires y otras provincias del este.»⁴ En Brasil, Chile, México, en toda Latinoamérica, industriales, patriotas y economistas esclarecidos denunciaron este mismo inevitable proceso del subdesarrollo capitalista. Pero en vano: el desarrollo capitalista mundial, y la espada, habían puesto el libre cambio a la orden del día. Y con él llegó el capital extranjero. El libre cambio, como advirtió Friedrich List⁵, se convirtió en el principal producto de exportación de la Gran Bretaña. No fue por casualidad que el liberalismo manchesteriano nació en Algodonópolis. Pero fue abrazado con entusiasmo por la mayor parte de los sectores agrícolas y mineros de exportación, de comerciantes importantes de la América latina, que habían sobrevivido a los tiempos coloniales, derrotando a sus rivales nacionales, representantes del desarrollo nacionalista, y capturando

el Estado en sus países y ahora se colocaban como aliados y sirvientes de los intereses extranjeros —a través del libre comercio exterior para asegurar el cerrado monopolio nacional para ellos y sus socios extranjeros.

No es extraño, pero en términos de la realidad histórica y de las necesidades políticas e ideológicas del presente es lamentable, que debamos la mayoría de las interpretaciones conocidas de estos y otros acontecimientos latinoamericanos a escritores contemporáneos e historiadores liberales interesados, quienes nos han dado de tales sucesos una imagen acorde con sus intereses. Para sus análisis, los marxistas han importado la teoría de Europa y han aceptado los hechos expuestos por los investigadores liberales latinoamericanos. En consecuencia, se ha embotellado con demasiada frecuencia una mezcla liberal de vino y agua bajo un rótulo marxista. La línea política revolucionaria de hoy podría beneficiarse mucho de una reinterpretación científica marxista de figuras históricas tales como Rosas y otros en la Argentina; el doctor Francia y los López, padre e hijo, en Paraguay; Rengifo y Balmaceda en Chile; Mauá y Nabuco en Brasil; Mora o Lucas Alamán y Juárez en México, y sus respectivos programas económicos y políticos o sus épocas. Sugiero que, si hay que buscar la revolución democrática burguesa en América latina, se debe buscar allí, aunque en su contexto colonial. Algunos de ellos parecen haber intentado, ya en los comienzos del siglo XIX, la revolución democrática burguesa y el programa de industrialización nacionalista para los que ciertos intereses políticos están tratando de ganar hoy el respaldo del pueblo en las postrimerías del siglo XX.

Este periodo preparó la irrupción del imperialismo y sus nuevas formas de manejo del capital, tanto en la metrópoli

como en Latinoamérica, donde el libre comercio y las reformas liberales habían concentrado la tierra en pocas manos, creando así una mayor fuerza ociosa de trabajo agrícola y fomentando gobiernos dependientes de la metrópoli, que abrían ahora las puertas no sólo al comercio sino a las nuevas formas de inversión del capital imperialista, que rápidamente tomaba ventaja de esta situación.

La demanda metropolitana de materias primas y su lucrativa producción y exportación para Latinoamérica, atrajeron el capital privado y público de esta última hacia la expansión de la infraestructura necesaria para esta producción. En Brasil, Argentina, Paraguay, Chile, Guatemala y México (en cuanto sepa el autor, pero probablemente también en otros países), el capital nacional construyó el primer ferrocarril. En Chile, dio acceso a las minas de nitrato y cobre, que iban a convertirse en las principales abastecedoras de fertilizantes y metal rojo del mundo; en Brasil, a los cafetales cuyo grano abasteció casi todo el consumo del globo, y así en todas partes. Sólo después que demostraron ser negocios brillantes —como una y otra vez ha acontecido en la historia de Latinoamérica—, y cuando Inglaterra tuvo que encontrar salida para su acero, entró el capital extranjero a estos sectores para hacerse cargo de la propiedad y administración de empresas inicialmente latinoamericanas, mediante la compra —a menudo con propio capital latinoamericano— de las concesiones de los nativos.

En América latina, este mismo comercio y capital imperialista hizo mucho más que incrementar el valor de la producción,

3. Burgin, Miron: *The Economic Aspects of Argentine Federalism 1820-1852*, p. 234.

4. Burgin, Miron: *Op. cit.*, p. 81.

5. Friedrich List, gran nacionalista alemán del siglo XIX, padre de la Unión Aduanera Alemana.

comercio y beneficios por la acumulación de cerca de 10 000 millones de \$ US de inversiones en esa zona. La metrópoli imperialista utilizó su comercio y su capital para penetrar en la economía de Latinoamérica y utilizar su potencial productivo en forma mucho más completa, eficiente y exhaustiva a favor del desarrollo de la misma metrópoli, que de lo que fueron capaces las metrópolis colonialistas. Como anotaba Rosa Luxemburgo sobre un proceso similar, «despojadas de todos sus eslabones oscurecedores, estas relaciones consisten en el hecho simple de que el capital europeo ha absorbido totalmente la economía agrícola egipcia. Enormes extensiones de tierra, trabajo y productos sin número, afluyendo como tributos al Estado, han sido convertidos por último en capital europeo, y acumulados.»⁶

En realidad, en América latina el imperalismo fue más lejos y transformó —pero en sentido reaccionario— toda la estructura productiva, de clases. No sólo se sirvió del Estado para invadir la agricultura, sino que tomó posesión de casi todas las instituciones económicas y políticas para incorporar la economía entera al sistema imperialista. Los latifundios crecieron a un ritmo y en proporciones desconocidas en la historia, especialmente en Argentina, Brasil, Uruguay, Cuba, México y Centroamérica. Con la ayuda de los gobiernos latinoamericanos, los extranjeros se adueñaron —casi por nada— de inmensas extensiones de tierra. Y donde no se apropiaron de la tierra, fueron dueños de sus productos, porque la metrópoli también tomó el control y monopolizó el intercambio de los productos agrícolas y la mayoría de los demás. Tomó posesión de las minas de Latinoamérica y aumentó su rendimiento, agotando a veces recursos económicos, como los nitratos de Chile, en pocos años. Para exportar esas materias primas de Latinoamérica y importar sus equipos y mer-

cancías, la metrópoli estimuló la construcción de puertos, ferrocarriles y otros servicios con recursos públicos. Las redes ferroviarias y eléctricas, lejos de ser verdaderas redes, irradiaban y conectaban el interior de cada país, y a veces de varios países, con el puerto de entrada y salida, que a su vez estaba conectado con la metrópoli. Hoy, ochenta años después, mucho de este esquema exportación-importación permanece aún, en parte porque el ferrocarril todavía está orientado en esa forma, pero principalmente porque el desarrollo urbano, económico y político orientado hacia la metrópoli —que el imperalismo del siglo XIX generó en la América latina—, dio origen a intereses de clase creados que, con el apoyo de la metrópoli, mantuvieron y expandieron este desarrollo del subdesarrollo latinoamericano durante el siglo veinte.

Es así que, implantada en la era colonial y ahondada en la del libre cambio, la estructura colonial y clasista del subdesarrollo se consolidó en América latina con el comercio y el capital imperialista del siglo XIX. Se convirtió en una economía monoexportadora primaria con un lumpenproletariado explotado por una burguesía satelizada actuando a través del Estado corrompido de un antipais: «México bárbaro» (Turner); las «Repúblicas del Banano» de Centroamérica que no son sino «países-compañía»; «La inexorable evolución del latifundio; sobreproducción, dependencia económica y crecimiento de la pobreza en Cuba» (Guerra y Sánchez); «Argentina británica»; y «Chile patológico», del que el historiador Francisco Encina escribió, en 1912, bajo el título **Nuestra inferioridad económica: causa y consecuencias**: «Nuestro desarrollo económico de los últimos años presenta síntesis que evidencian una situación realmente patológica. Hasta mediados del siglo XIX, el comercio exterior de Chile

estaba casi exclusivamente en manos de chilenos. En menos de cincuenta años, el comercio exterior ha asfixiado nuestra incipiente iniciativa comercial; y en nuestro propio suelo nos eliminó del comercio internacional y nos desalojó, en gran parte, del comercio al detalle [...] La marina mercante [...] ha caído en tristes dificultades y sigue cediendo campo a la navegación extranjera aún en el comercio de cabotaje. La mayoría de las compañías de seguros que operan entre nosotros tienen su casa matriz en el exterior. Los bancos nacionales han cedido y siguen cediendo terreno a las sucursales de los bancos extranjeros. Una porción cada vez mayor de bonos de las instituciones de ahorro está pasando a manos de extranjeros que viven en el exterior.»

Con el desarrollo de la nueva estructura colonial del imperialismo del siglo XIX, el capital extranjero vino a jugar un papel casi equivalente al del comercio exterior en la tarea de transformar la estructura económica, social y política de Latinoamérica hasta que la estructura de su subdesarrollo estuvo firmemente consolidada.

Nacionalismo burgués

La primera guerra mundial dio a las economías satélites de América latina una tregua respecto del capital y el comercio exterior, tanto como de otros lazos con la metrópoli. Como había ocurrido en otras oportunidades, los latinoamericanos impulsaron su propio desarrollo industrial, principalmente por el mercado interno de bienes de consumo. No bien terminó la guerra, cuando la industria metropolitana, ahora principalmente norteamericana, penetró precisamente en aquellas regiones y sectores como los manufactureros de bienes de consumo de Buenos Aires y Sao Paulo, que los latinoamericanos acababan de encaminar hacia la industrialización.

Después, apoyados en su poder financiero, tecnológico y político, las gigantescas corporaciones americanas y británicas desplazaron y aún reemplazaron —esto es, desnacionalizaron— la industria latinoamericana. Las crisis de la balanza de pagos que naturalmente siguieron, fueron remediadas con empréstitos externos, que cubrían los déficits, pero también servían para obtener del gobierno concesiones para intensificar la penetración de la metrópoli en las economías de Latinoamérica.

La crisis de 1929, en contra de la teoría del comercio internacional, pero de acuerdo con los precedentes históricos, redujo fuertemente el capital extranjero, así como el comercio, y por consiguiente la transferencia de recursos de inversión desde los satélites hacia la metrópoli. Este debilitamiento de los lazos económicos con la reducción de la intromisión metropolitana en América latina, se inició con la depresión de 1930, se mantuvo con la recesión de 1937, y continuó con la segunda guerra mundial y la consiguiente reconstrucción hasta principios de la década de 1950. Creó condiciones económicas y permitió cambios políticos en América latina que redundaron en el comienzo de una fuerte política e ideología nacionalista y su más grande industrialización independiente desde las décadas del siglo anterior.

Es esencial comprender que los relacionados cambios de la estructura de clases en Brasil, Argentina, Chile, Venezuela, México y otras partes de América latina, han ocurrido dentro de su estructura colonial externa e interna y en respuesta, sustancialmente, a cambios de sus relaciones coloniales generados por la metrópoli. Es importante interpretar estos cambios de la estructura clasista en función de la estructura colonial que los sustenta.

6. Luxemburgo, Rosa : *The Accumulation of Capital*, New York, p. 438.

La conmoción económica resultante de la drástica reducción de la capacidad de América latina para importar, del descenso de las exportaciones de manufacturas metropolitanas y de las inversiones y empréstitos extranjeros, causados por la gran depresión en la metrópoli, tuvo consecuencias económicas y políticas de largo alcance en muchas partes de Latinoamérica. Es esencial comprender tanto el alcance como las **limitaciones** de estas consecuencias para poder apreciar cabalmente los problemas económicos y políticos de hoy. El inicio de la depresión modificó a tal punto el ingreso nacional y su distribución, que la estructura institucional existente no pudo hacer frente a los necesarios reajustes: en 1930 o poco después ocurrieron revoluciones en Brasil, Argentina, Chile, Cuba y la revolución mexicana de 1910, que casi se había detenido, recibió un nuevo impulso. La actividad revolucionaria agitó a otras partes del continente. Los intereses exportadores aliados con la metrópoli, se vieron obligados en entrar en coalición con los todavía débiles intereses industriales y (al menos en Brasil) con los nuevos intereses regionales, que se hicieron incluir en el gobierno. A los dos o tres años se intentaron contrarrevoluciones que representaban a algunos de los intereses tradicionales y tuvieron éxito parcial en Cuba y Chile, aunque no en los tres mayores países latinoamericanos. En este sentido, el aflojamiento de los lazos económicos coloniales con la metrópoli y, en general (aunque no en Cuba), la relativa paralización de la intervención política imperialista, que la depresión metropolitana produjo en Latinoamérica, sentaron también las bases económicas y políticas para nuevas alienaciones de las clases y nuevos programas de industrialización. Mientras los gobiernos nacionales continuaron protegiendo a los intereses exportadores (como hizo el

gobierno brasileño mediante el sostenimiento de los precios del café), estos intereses estuvieron dispuestos, y en algunos casos se mostraron hasta ansiosos de permitir la promoción de la manufactura nacional, en momentos en que la depresión arruinaba el comercio de exportación de todos modos.

Ciertos países latinoamericanos comenzaron a producir los bienes de consumo que antes importaban. Pero este proceso de sustitución de las importaciones conllevaba dos importantes limitaciones, ambas derivadas de la estructura de clases existente. Primero, tenían que partir de la distribución del ingreso y la estructura de la demanda tal como era. Es decir que tenían que concentrarse en la producción de bienes de consumo, particularmente para el mercado de altos ingresos. Sin un cambio grande en la estructura de las clases y la distribución del ingreso, el mercado interno no podía crecer con bastante rapidez para sustentar indefinidamente el proceso de sustitución de las importaciones. Por la misma razón no produjeron suficiente equipo industrial o bienes de producción (el sector I en términos marxistas), a consecuencia de lo cual se vieron obligados a importarlos del exterior, a fin de mantener y continuar el proceso de sustitución de las importaciones. Esto es, terminaron sustituyendo únicamente un tipo de importaciones por otro, lo cual renovó su dependencia de la metrópoli y condujo a la renovación de las inversiones extranjeras. Para evitar estas dos limitaciones, estos países latinoamericanos tenían que haber seguido el modelo de industrialización soviético, en el cual el Estado y no la demanda de los consumidores es el que determina qué bienes —bienes esenciales— se producen primero. Pero para eso habrían debido tener un Estado soviético, o sea una estructura de clases. Las avenencias políticas nacio-

nales de los años treinta pudieron sobrevivir a la depresión por algún tiempo, porque la segunda guerra mundial, si bien mejoró el cuadro de las exportaciones, no permitía aún la renovación de las importaciones de la metrópoli. El cese de las hostilidades en Corea puso fin, por último, a esta luna de miel latinoamericana, en la que los intereses exportadores coloniales mantuvieron un quebradizo matrimonio con los intereses industriales de la burguesía nacional y los del creciente proletariado, cuyo vástago fue una mal formada industria nacional. Todo con las renuentes bendiciones del imperialismo.

Importa mucho comprender no sólo los éxitos, sino también las limitaciones de este periodo, porque dos problemas políticos principales del presente derivan de la supervivencia del vástago deforme y de los esfuerzos de cierta gente por reanilarlo a producir otro hijo semejante. Este periodo presencié el florecimiento de los movimientos políticos e ideológicos de Vargas, Perón, Cárdenas, Haya de la Torre, Aguirre Cerda, Gallegos y Betancourt, Figueres, Arévalo-Arbenz (y, pudiérase añadir de Ghandi y Nehru, en otra región colonial del mismo sistema capitalista mundial). Fue ésta también la época del nacionalismo económico, del desarrollo nacional y en algunos casos industrial, del crecimiento de los sectores obreros urbanos y las capas medias, del reformismo democrático, el beneficentismo y el populismo, todos ligados a los antedichos nombres (excepto Haya de la Torre, que nunca llegó a ser gobierno, y Betancourt, de quien, notablemente, esto sólo vale para el primer periodo presidencial de Acción Democrática). Estos movimientos requieren mayor estudio, particularmente para explicar sus diferencias en cuanto a alcance y oportunidad. ¿Por qué, por ejemplo, el peronismo y el arevalo-arbenzismo apare-

cen tan tarde, en comparación con lo que ocurre en Brasil, Chile y México?

Algunos podrían sentirse tentados de decir que ello fue la obra de la burguesía nacional latinoamericana, que quizás intentó una versión colonial de la « revolución democrático-burguesa » o de un « matrimonio del centeno y el hierro » al estilo Bismarck en Alemania o de la restauración de Meiji en Japón, mientras los lazos coloniales eran temporalmente debilitados por la depresión y la guerra en la metrópoli imperialista.

No obstante, sostengo que si hemos de buscarla, es históricamente más exacto buscar esta revolución democrático-burguesa cien años atrás, cuando las generaciones del doctor Francia, López, Rosas (antes de cambiar de bandera, como Betancourt después), Juárez y más tarde, Nabuco y Balmaceda, simbolizaron esfuerzos en esencia similares, de desarrollo nacionalista y nacional.

Cualquiera que sea nuestra respuesta a esta cuestión, es imperativo comprender que este desarrollo industrial, este nacionalismo burgués, esta alianza de la clase obrera con elementos burgueses nacionales en contra del imperialismo y de los intereses exportadores latinoamericanos y toda la superestructura ideológica que les acompaña, fueron el producto de circunstancias históricas particulares que llegaron definitivamente a su fin con la recuperación de la metrópoli después de la segunda guerra mundial y con los importantes cambios por que han pasado la metrópoli y el resto del mundo desde entonces. particularmente la revolución tecnológica y la militarización de Estados Unidos y la revolución y desarrollo socialistas en algunas excolonias de la metrópoli. Estos acontecimientos, estos cambios de la estructura colonial capitalista mundial, imposibilitan la continuación de tal desarrollo nacionalista burgués en Latinoamérica y convierten en utópico todo sueño

de recomenzarlo en el futuro; es decir, utópico para la burguesía, pero políticamente suicida para el pueblo. Y esto es así no sólo en América latina, sino también, como enseña la experiencia de las nuevas neocolonias de África, Asia y particularmente Indonesia, en toda la parte colonial del sistema imperialista en general.

Neoimperialismo

El imperialismo, sin duda, es el principal enemigo de la humanidad hoy en día. ¿Pero cómo se manifiesta esta enemistad en el seno de la sociedad latinoamericana contemporánea? ¿Qué expresión asume este enemigo allí y cómo debemos combatirlo? Para encontrar respuestas a estas preguntas, conviene informarse más acerca de las complejas y todavía cambiantes relaciones entre las estructuras colonial y de clases de América latina. Podemos empezar por algunas cuestiones planteadas por cambios recientes de la estructura colonial.

Las relaciones coloniales clásicas entre la metrópoli y Latinoamérica, en las que la explotación de la segunda por la primera se organizó principalmente a través de la división del trabajo productivo y el intercambio monopolista de manufacturas y materias primas, están siendo remplazadas o, al menos, completadas mediante una nueva forma de explotación: las inversiones extranjeras y la titulada ayuda. A medida que la metrópoli logra formas de producción más necesitadas de capital y, sobre todo, más tecnológicamente complejas, dentro de sí misma, remplaza cada vez más el simple comercio exterior por las inversiones en fábricas subsidiarias fuera de ella, instalaciones que hoy producen localmente los bienes de consumo y algunos bienes de producción que antes se importaban, pero con equipo y tecnología traídos de la casa matriz, situada en la

metrópoli imperialista. Las pérdidas de capital en Latinoamérica a causa de los términos de intercambio (no sólo su deterioro del que se quejan la CEPAL y la UNCTAD, sino también la explotación monopolista que estas condiciones del intercambio representan en su nivel más favorable, como durante el periodo de la guerra de Corea), son crecientemente aumentadas por un adicional flujo de capitales de las colonias a la metrópoli, en forma de remesas de utilidades, amortización de deudas, **royalties**, etc. Por ejemplo, en 1961-1963, los pagos latinoamericanos por estos « servicios » financieros « invisibles » ascendieron al 40 % del ingreso de divisas del continente, y los pagos por el transporte en buques extranjeros y otros servicios representaron otro 21,5 %, para hacer un total de 61,5 % de las ganancias de divisas que Latinoamérica tuvo que pagar por servicios, sin recibir un solo centavo de mercancías. Esto significó un desembolso anual de más de 6 000 millones de dólares USA, o sea el 7 % del producto nacional bruto (PNB) de Latinoamérica en estos años. En comparación, el deterioro de los términos de intercambio desde principios de la década del 50, queja principal de la CEPAL, representó una pérdida (adicional) de 3 % del PNB de América latina. Este drenaje de capital podría compararse con el total de gastos latinoamericanos dedicados a la educación, desde los **kindergartens** hasta la universidad, pública y privada, que sólo fue el 2,6 % de su PNB. Más recientemente, la partida de « servicio de deudas » de esta pérdida de capital ha aumentado del 15 % al 19 % (en 1966) de las ganancias en divisas, lo que probablemente eleva el total de pagos por servicios a más del 65 % del ingreso de divisas, o alrededor del 8 % del PNB, sin contar el 3 % o más que representa el deterioro de los términos de intercambio ni el incalculable monto de

lo que se pierde por la explotación monopolista en este comercio*. Sin embargo, hasta la fuga calculable de capitales de América latina es tres o cuatro veces mayor que la suma mencionada por la **Segunda Declaración de La Habana** y por recientes estimados de Fidel. No en balde estas relaciones coloniales convierten el superávit de la balanza comercial de Latinoamérica en un crónico y creciente déficit de la balanza de pagos, lo que, en viciosa espiral, hace a la burguesía latinoamericana aun más dependiente del imperialismo. Este creciente problema merece más estudio del que hasta ahora ha recibido.

No obstante, más nefasto aún que el saqueo de capital, es la estructura del subdesarrollo y su freno y desvío del desarrollo nacional, que el imperialismo profundiza en Latinoamérica por medio de la creciente inversión extranjera. Los mecanismos institucionales a través de los cuales se efectúa este flujo de capitales del pobre al rico plantean también varias cuestiones. ¿Cuál es la fuente de este capital en Latinoamérica y, más concretamente, cómo se financian las inversiones extranjeras, principalmente de Estados Unidos, en el continente latinoamericano? Una parte cada vez más pequeña de las inversiones de capital «norteamericano» llega al continente desde Estados Unidos y la mayor parte se origina en la propia América latina.

Así, de acuerdo con el Departamento de Comercio de los Estados Unidos, el total del capital obtenido y empleado, teniendo en cuenta todas las fuentes de las operaciones de Estados Unidos en Brasil, en 1957, un 26 % salió de Estados Unidos y el resto se fomentó en Brasil incluyendo 36 % de fuentes brasileñas fuera de las firmas norteamericanas⁸. Ese mismo año, del capital norteamericano de inversión directa en Canadá, 26 % procedía de los

Estados Unidos mientras que el resto fue también obtenido en Canadá⁹. Ya en 1964, sin embargo, la parte de inversión norteamericana procedente de los Estados Unidos había descendido a un 5 %, haciendo que el promedio de contribución norteamericana al capital total manipulado por las firmas norteamericanas fuese sólo de un 15 %, durante el periodo de 1957 a 1964. Todo el remanente de «inversión extranjera» fue obtenido en Canadá a través de ganancias retenidas (42 %), reservas para depreciación (31 %) y de fondos obtenidos por las firmas norteamericanas en el mercado de capital canadiense (12 %). Según un **survey** realizado sobre las firmas norteamericanas de inversión directa que operaban en Canadá durante el periodo 1950-1959, el 79 % de las firmas consiguió alrededor de un 25 % del capital destinado a sus operaciones en Canadá, el 65 % de las firmas consiguió un 50 % aproximadamente en Canadá, y un 47 % de las firmas norteamericanas con inversiones en Canadá obtuvo todo su capital operativo canadiense en este propio país y no en los Estados Unidos. Hay razones para creer que este aprovechamiento norteamericano del capital extranjero para financiar la «inversión extranjera» norteamericana, es mucho mayor aún

* André G. Frank : « Servicios Extranjeros o Desarrollo Nacional », **Comercio Exterior**, México, febrero de 1966.

7. André G. Frank : « Servicios Extranjeros o Desarrollo Nacional », **Comercio Exterior**, México, febrero de 1966.

8. Claude Mc Millan, Jr., Richard F. González y Leo G. Erickson : **International Enterprise in a Developing Economy. A study of U.S. Business in Brazil**, M.S.U. Business Studies. East Lansing : Michigan State University Press, 1964, p. 205.

9. Este y los siguientes datos sobre Canada son tomados y calculados de A.E. Safarian : **Foreign Ownership of Canadian Industry**, Toronto, Mc Graw-Hill Company of Canada, 1966, p. 235-241.

en los países subdesarrollados, mucho más débiles o indefensos que Canadá. No es extraño, entonces, que entre 1950 y 1965, el movimiento de capitales por inversiones privadas que registra el Departamento de Comercio de Estados Unidos, fuera de 9 000 millones de dólares USA hacia el mundo excluyendo Europa y Canadá, mientras que 25 600 millones de dólares fueran de estos países en Asia, Africa y América latina y 11 300 hacia los Estados Unidos —de los cuales 3 800 millones desde Estados Unidos hacia Latinoamérica y 11 300 millones de dólares desde Latinoamérica a Estados Unidos³⁰. Es, por ende, necesario investigar con mayor cuidado el sistema bancario latinoamericano (bancos gubernamentales, bancos de propiedad privada nacional y bancos extranjeros), las bolsas de acciones y otras instituciones financieras y las empresas industriales y comerciales extranjeras y nacionales, especialmente las de propiedad mixta, que hacen posible esta fuga de capitales.

Especialmente importante, por razones económicas y políticas, es la creciente asociación de capitales extranjeros y nacionales en estas empresas mixtas. Y aun más importante —y menos estudiado— es el creciente brote de empresas mixtas que asocian capital privado extranjero de gobiernos nacionales latinoamericanos, como en la «chilenización» del cobre. ¿Quién proporciona la mayor parte del capital? (los latinoamericanos, presumiblemente); ¿quién cosecha el grueso de las utilidades? (los yanquis presumiblemente); ¿quién tiene o consigue el control real de las empresas y por tanto decide qué bienes producir, qué equipos industriales y procesos usar, cuándo expandir y contraer, etc.? (los yanquis, presumiblemente); y ¿quién carga con las pérdidas cuando el negocio es desfavorable? (los latinoamericanos, presumiblemente). ¿Cómo se

beneficia, o más bien se perjudica Latinoamérica, por este uso del capital latinoamericano? ¿Cuáles son las consecuencias **políticas** de esta asociación —mejor dicho, incorporación— no sólo de los intereses exportadores latinoamericanos, sino hoy también de la burguesía industrial latinoamericana, la en otro tiempo burguesía «nacional», con o en el monopolio imperialista? Algunos países latinoamericanos dictaron leyes que requerían un 49 o un 51 % de participación «nacional» en ciertas empresas, supuestamente para proteger los intereses nacionales. Hoy es evidente que estas medidas sólo sirvieron para sumergir a los elementos sobrevivientes de la burguesía «nacional» en la imperialista. Después algunos gobiernos burgueses latinoamericanos se propusieron «proteger» o incluso «fomentar» los intereses nacionales entrando ellos mismos en tales asociaciones mixtas. El resultado sólo puede ser que estos gobiernos coloniales perderán hasta el poco poder de regateo político que les haya quedado en su ya demasiado subalterna asociación con el imperialismo. Este asunto también requiere mayor esclarecimiento científico y político.

El otro brazo de la ofensiva económica y política contemporánea del imperialismo norteamericano en América latina es la «ayuda exterior» y, particularmente, su expresión institucional en la «Alianza para el Progreso» y la «integración económica». Estas expresiones han sido denunciadas por las izquierdas latinoamericanas, aunque la última apenas; pero no han sido en modo alguno adecuadamente analizadas. ¿Exactamente quién está aliado a quién y quién es ayudado por quién? Se tiene testimonio, que justifica más investigación, de que buena parte de la ayuda no llega siquiera a la burguesía latinoamericana, y mucho menos, claro está, al pueblo latinoamericano, sino más bien a las

firmas norteamericanas que operan en América latina. Si la burguesía latinoamericana ha de beneficiarse de esta parte de la « ayuda », debe hacerlo a través de su asociación con dichos monopolios imperialistas. Entonces, ¿ cuál es, precisamente, la relación de esta ayuda con las inversiones extranjeras? Mucho se censuran las trabas monetarias, fiscales, cambiarias y de política salarial que se agregan a los empréstitos de Estados Unidos y las agencias de la ONU, especialmente el Fondo Monetario Internacional. Pero estas políticas no sólo benefician a la burguesía imperialista, sino también a casi todos los sectores de la gran burguesía latinoamericana, que las acepta y ejecuta — como la devaluación — con avidez. ¿ Por qué? ¿ Con qué implicaciones políticas?

La Alianza para el Progreso comenzó con mucha propaganda acerca de la reforma agraria, la reforma fiscal y otras, que antes habían sido promovidas por los sectores más progresistas y nacionalistas de la burguesía latinoamericana y que recientemente habían sido recomendadas por su personero ideológico, la Comisión Económica para América Latina de las Naciones Unidas (CEPAL). Pero estas proposiciones de reformas no tardaron en ser archivadas junto con sus consiguientes « planes » económicos y su lugar de honor ha sido ocupado desde entonces — como se confirmó en la última reunión « interamericana » de presidentes en Punta del Este, en 1967 — por proposiciones para acelerar la formación de un mercado común « latinoamericano ». Esta última propuesta goza de mucho más realismo económico y respaldo político desde el punto de vista de Estados Unidos, de la gran burguesía de los mayores países latinoamericanos y de los gobiernos, incluyendo el del « chilista » Frei, que los sirven. Evidentemente, es mucho más realista tratar de expandir la industria, realineando la estructura colo-

nial que reformando la estructura de las clases en estos países latinoamericanos, especialmente si en el curso del proceso se puede aumentar el grado de monopolización y el volumen de ganancias monopolistas a expensas de la débil burguesía media y las clases populares, mediante lo que equivaldría a una contrarreforma en la estructura de clases.

Vale la pena observar que estas proposiciones de « integración económica » gozan también de la aprobación de esa defensora de los intereses burgueses supuestamente nacionales, la CEPAL. Sin embargo, apenas se dispone de media docena de artículos y de ni un solo estudio serio de las bases o consecuencias económicas y las implicaciones políticas de este movimiento de la burguesía imperialista y latinoamericana hacia la integración económica, y, con ella, la integración política y la militar. ¿ Quién hará la patria América y sobre qué bases, el imperialismo o la revolución?

Estructura de clases

¿Cuál es, pues, la estructura de clases en América latina y cómo hay que proseguir la lucha anticolonial y de clases hacia el socialismo? Examinamos sucesivamente la estructura de clases en niveles nacional, urbano y rural. Los gobiernos « nacionales » son, casi todos, más coloniales aún que las burguesías que representan. Parece legítimo preguntarse — y en el caso del Africa contemporánea apenas puede haber duda de ello — hasta qué punto han existido en Latinoamérica los Estados nacionales en el sentido clásico, y hasta qué punto la maquinaria del Estado ha funcionado la mayoría de las veces como instrumento de una coalición entre la

10. Magdoff, Harry: « Aspectos económicos del imperialismo norteamericano », *Pensamiento Crítico*, N° 8, La Habana.

burguesía metropolitana y los sectores principales de las burguesías latinoamericanas, que siempre han sido el socio menor o a veces sólo los ejecutores del imperialismo. Se han instalado gobiernos militares para manejar los asuntos del Estado en beneficio de estos intereses cuando los gobiernos civiles no podían hacerlo adecuadamente. (De los nuevos gobiernos militares de Brasil y Argentina, que representan una nueva importante desviación, trataremos más adelante.)

La burguesía exportadora, agrícola y minera, debe su existencia y supervivencia a la estructura colonial, y es leal a su patrón metropolitano. Así puede decirse tanto de su sector productivo como del comercial y en el campo como en la ciudad. La «oligarquía latifundista» no tiene vida independiente y debemos cuestionar hasta dónde podemos identificarla separadamente de la burguesía comercial, y de la industrial. Este último sector de la burguesía, como se infiere del examen de las inversiones extranjeras, ha sido hoy sólidamente integrado también en la coalición del imperialismo y sus socios y ejecutores burgueses latinoamericanos, compradores y burocráticos. La penetración imperialista, combinada con el descenso de los términos de intercambio, la devaluación, la consiguiente reducción de la capacidad para importar por cuenta propia equipos industriales, la disminución de los porcentajes de crecimiento y ganancia, y en algunos casos la inflación, han forzado casi, desde mediados de la década de 1950, al fabricante «nacional» mediano y a su distribuidor a abandonar el negocio o a entrar en el imperio comercial de un «inversionista» extranjero que le compra sus instalaciones. La empresa extranjera lo convierte entonces, literalmente, en un empleado burocrático de la firma imperialista, en la que se le permite continuar como «gerente» o «consultor» de su

antigua casa, percibiendo por ello un salario o algunas acciones de la empresa imperialista. ¿Qué parte de la burguesía nacional, desarrollada en condiciones particulares durante las décadas del 30 y el 40, ha podido sobrevivir a este proceso del 50 y 60? ¿Con qué poder político, si alguno retienen, pueden los que sobreviven tomar parte en una lucha antimperialista, cuando el estrujamiento imperialista los obliga a reaccionar oprimiendo a sus obreros y abandonando la pequeña burguesía a su suerte, rompiendo o debilitando la alianza que solía proporcionar a la burguesía nacional sus principales fuentes de poder político?

El desarrollo industrial produjo un proletariado de cierta importancia en algunos países latinoamericanos. Así ocurrió también en las industrias minera y petrolera. Este proletariado industrial, especialmente el de las industrias grandes, ha sido sindicalizado en parte bajo la égida de la burguesía nacional, que quiso asegurarse tanto el apoyo político como el control del movimiento obrero, y en parte por los partidos comunistas, que de manera general se han aliado a esta burguesía nacional. Los obreros industriales sindicalizados, aunque explotados, han sido recompensados a menudo con ingresos salariales que son altos cuando se les compara con los que recibe la mayor parte de la población, y con beneficios de seguridad social, de los cuales no disfrutaban mayormente el resto de los trabajadores.

Como la metrópoli se apodera de una porción creciente de los más lucrativos negocios de Latinoamérica y somete el resto a tremendas dificultades económicas, la burguesía, que vive de estos negocios menos lucrativos, no le queda otra alternativa que luchar —aun en vano— por su supervivencia, agravando en precios y salarios el grado de explotación de la pequeña burguesía, obreros y campesinos,

con el fin de exprimir alguna sangre adicional; y a veces, tiene que recurrir a la coacción militar directa para lograrlo. Por esta razón —sin duda más aún que por motivos idealistas o ideológicos— casi toda la burguesía latinoamericana se ve obligada a contraer alianzas políticas con la burguesía metropolitana —esto es, someterse: tienen algo más que un interés común a largo plazo que defender. Aún a corto plazo la burguesía latinoamericana no puede defender intereses nacionalistas y oponerse a la usurpación extranjera —en un Frente Popular— con obreros y campesinos de Latinoamérica porque la misma usurpación neoimperialista está forzando a la burguesía latinoamericana a explotar aún más a sus supuestos aliados obreros y campesinos, obligándola así a privarse de este apoyo político. En tanto que la burguesía de Latinoamérica persista en esa política de precios y salarios aumenta la explotación de los trabajadores y en reprimir sus legítimas demandas para alivio de esta creciente explotación, no podrá recobrar su apoyo para enfrentarse a la burguesía de la metrópoli; así como la ineficiencia económica de esta explotación impide el ahorro doméstico para inversión, obliga a la burguesía a mirar hacia el exterior en busca de ayuda financiera y tecnológica. La burguesía de Brasil además, ha estado tratando de encontrar una salida adicional, primero a través de la política exterior « independiente » de los presidentes Quadros y Goulart (que buscaron nuevos mercados en África, Latinoamérica y los países socialistas) y, luego que esto resultó imposible en un mundo imperializado, a través de la política exterior subimperialista « interdependiente » iniciada por el actual gobierno militar como socio menor de los Estados Unidos. El subimperialismo brasileño requiere también bajos salarios en el país para que su burguesía pueda entrar al mercado latino-

americano, sobre una base de bajos costos, ya que es, además del equipo norteamericano obsoleto, aunque aún moderno, la única ventaja que posee. En los países subimperializados de Latinoamérica, la invasión brasileña también lleva a la baja de salarios, ya que es la única reacción defensiva posible de la burguesía local. De este modo, el subimperialismo también ahonda las contradicciones existentes entre la burguesía y los sectores trabajadores de cada uno de estos países.

En resumen, el neoimperialismo y el desarrollo del monopolio capitalista están obligando a todos los sectores de la clase burguesa de América latina a una alianza económica y a una dependencia aún más estrecha respecto a la metrópoli imperialista. La vía del capitalismo nacional o estatal hacia el desarrollo económico les está cerrada por el neoimperialismo actual. La misión política de acabar con el desarrollo del subdesarrollo económico corresponde, por tanto, a los pueblos mismos. En este cuadro, ¿cuál es el futuro económico y político del proletariado industrial y sus organizaciones políticas? El reciente estancamiento económico de buena parte de Latinoamérica se ha traducido, entre otras cosas, en un decreciente salario real para estos trabajadores. Esta realidad y la menguante suerte de la burguesía nacional parecen haber socavado seriamente la alianza obrero-burguesa. Los golpes militares de 1964 y 1966 en Brasil y la Argentina, que no fueron simples rebeliones palaciegas al modo « tradicional » latinoamericano, han destruido sustancialmente lo que quedaba del frágil matrimonio entre los intereses burgueses coloniales y nacionales de las épocas de Vargas y Perón y han cimentado eficazmente el matrimonio burgués de la industria y el comercio asociados a los intereses exportadores imperialistas. (En la esfera internacional, estos golpes se corresponden con la

contraofensiva imperialista mundial que también incluye los golpes en Africa y en Indonesia.) ¿Continuará reprimiendo este nuevo régimen burgués las demandas económicas y de democracia política de los obreros industriales, como ha ocurrido en Brasil, o intentará y conseguirá cooptar al movimiento obrero, como hizo la burguesía nacional, siguiendo, quizás, el modelo mexicano? ¿Y cómo les irá a los obreros y su movimiento en los otros países latinoamericanos? ¿Hasta qué punto los partidos comunistas, gran parte de cuyo poder político descansa en esta base de obreros sindicalizados, han sido sustancial y burocráticamente integrados en la institución burguesa? ¿Qué papel desempeñarán los obreros industriales y los partidos comunistas en la presente etapa del proceso revolucionario?

Quedan otros dos «sectores» urbanos: las «clases» medias pequeño burguesas y la población «marginal» o «flotante», parte de la cual, pero no toda en modo alguno, está formada por recientes emigrantes de las áreas rurales y que viven en las favelas, las villas miserias, las callampas, barriadas, ranchos, etc., y en los conventillos del centro de las ciudades (aunque parte de estos residentes son también obreros o ex-obreros industriales)¹¹. Estas gentes constituyen la grande y creciente masa de la población urbana. No es casual que a estos grupos de población se los defina generalmente por su ubicación en el medio de las otras clases y/o por su residencia. Esto se debe al hecho de que su relación con los medios de producción, o incluso el proceso productivo, es incierta en el mejor de los casos, y al de que su comportamiento político es en extremo volátil en el peor. Ambos grupos se caracterizan por pautas en extremo complejas y cambiantes de relaciones económico sociales y de conducta política, que requieren considerable

esclarecimiento científico. ¿Son políticamente progresivos los sectores medios, o partes determinadas de ellos, exceptuando a la alta clase media, porque sus ingresos están comprimidos y su horizonte económico social restringido por la polarización de la economía y el estancamiento de muchos de sus sectores? ¿O es que la reducción de sus ingresos y la amenaza de proletarianización les hace seguir cursos políticos reaccionarios, en alianza con la gran burguesía y su régimen militar? Grandes sectores de la clase media apoyaron con entusiasmo los golpes militares de Brasil y otros países, para desilusionarse más tarde con los programas económicos del nuevo régimen. ¿Por qué esta «clase» media engendra a la pequeña burguesía progresista y, especialmente, a los movimientos estudiantiles (aunque hasta ahora, estos no representan a la mayoría de su base social)? ¿Es, en realidad, correcto desanimar la lucha de clases para retener a estos grupos sociales o atraerlos a una lucha electoral «antimperialista»? O hay que llevar los sectores más amplios de la pequeña burguesía a la oposición política contra la gran burguesía latinoamericana y, por ende, contra el imperialismo?

¿Es la población «flotante» o «marginal», que bien puede representar la mitad de la población urbana latinoamericana (que a su vez se aproxima a la mitad de la población total), un «lumpenproletariado»? ¿Son estas gentes, en realidad, ideológicamente intocables y políticamente no responsables e inorganizables? El imperialismo y la burguesía no lo creen así y hasta ahora han tenido sumo éxito en utilizarlas para sus propósitos políticos, que sólo en parte se manifiesta en el apoyo electoral de grupos a Odría, Frei, Adhemar de Barros, etc. Sin embargo, en Caracas, la izquierda pudo movilizar a una parte de esta población, y en Santo Domingo ellos terminaron movilizándolo al coronel Caamaño.

Quizás la primera y más importante pregunta que se ha de hacer al respecto de la estructura rural de las clases es hasta qué punto se separa y diferencia en Latinoamérica de la estructura nacional y urbana. La importancia de esta pregunta deriva de la casi universal respuesta que le dan los eruditos y los dirigentes políticos, tanto los burgueses como los marxistas: que buena parte de la América latina rural es un mundo « semifeudal », separado del sistema capitalista urbano, nacional e internacional; y deriva también de la línea política que a este criterio se asocia. ¿ Tiene la América latina en realidad una economía y sociedad « dual », en una de cuyas partes « sobrevive » un patrón de relaciones productivas feudales o semifeudales y hasta una estructura no capitalista de las clases? ¿ Reclama esta « supervivencia » en realidad una revolución democrática burguesa o siquiera una revolución democrática nacional, que extienda el capitalismo hacia el campo? ¿ O es éste — como pensamos nosotros — uno de los modelos « marxistas » supuestamente científicos y revolucionarios, números 12, 13 y 14, los que Fidel calificó de catecismo absurdo y reaccionario en su discurso ante la OLAS?

El testimonio histórico y la realidad contemporánea, cuyo examen científico debe ser emprendido cuanto antes, sugieren que durante más de cuatro centurias ha sido la estructura colonial del capitalismo mundial y nacional la que ha formado las relaciones de producción y la estructura rural de las clases en América latina. Esta parte de la sociedad, por ende, no ha estado nunca separada de las metrópolis capitalistas mundial y nacional, y si ha sido diferente, es porque los intereses de la burguesía de la última han requerido que la América latina rural devenga y permanezca así. La América latina rural ha sido colonialmente explotada por la

metrópoli capitalista mundial, tanto directa como indirectamente, a través de las metrópolis nacionales latinoamericanas, las cuales someten a su **hinterland** rural (y urbano) al mismo género de explotación colonial « interna » y drenaje de capitales que ellas sufren a manos del imperialismo. La burguesía de la metrópoli nacional colabora con el imperialismo en la explotación colonial y de clases de su propio pueblo. La parte de la burguesía que es dueña de los latifundios y ejerce el control monopolista del comercio interior es, por supuesto, un componente de esta organización capitalista de las colonias y las clases. Lejos de preguntar cuán aislada y cuán « feudal » es esta « oligarquía » rural, debemos inquirir cómo la burguesía latifundista (si acaso es rural) está comercialmente ligada a los principales monopolios comerciales e industriales urbanos; hasta qué punto, en realidad, el monopolio de la tierra está en manos de las mismas personas, familias o corporaciones con carácter de monopolio comercial e industrial; hasta qué punto los latifundistas derivan sus ingresos de la producción agrícola de sus tierras y hasta qué punto su posesión monopolista de la tierra les facilita, sencillamente, la explotación comercial, financiera y política de los trabajadores del latifundio y tierras vecinas. Pero esto nos hace preguntar también cómo la explotación capitalista colonial crea y mantiene las relaciones de producción del latifundio y la estructura de clases de la América latina rural, que superficialmente pueden parecer feudales, pero que realmente posibilitan esta explotación capitalista. Por último, debemos preguntar quiénes quieren cambiar estas relaciones de producción y cómo se cambiarán; no ciertamente, por

11. André G. Frank: « La inestabilidad urbana en Latinoamérica », **Cuadernos Americanos**, México, enero de 1966.

medio de una revolución democrático burguesa « antifeudal » o « antimperialista », sino por una revolución socialista.

¿Cuál es, entonces, la relación esencial entre los grandes comerciantes-terratenientes y los que en América latina trabajan la tierra? ¿Constituyen estos últimos un campesinado, sea siervo o libre? Se sugiere aquí que un estudio más cuidadoso revelará que, no obstante la multitud de **formas** de remuneración que existan entre los que poseen la tierra y los que la trabajan, la relación esencial entre ambos —no menos que en la industria— es la explotación de los últimos, carentes de medios de producción para sustentarse, por los primeros, que sí los poseen. Demasiado poco se sabe acerca de la diversidad de formas y, particularmente, acerca de las vastas áreas del Brasil (como en el nordeste), la Argentina, el Caribe y también los países de población indígena, como Perú y Guatemala, en que grandes partes de la población rural son, en esencia, trabajadores agrícolas —un proletariado rural— que trabajan por lo que en esencia es un salario, aunque insuficiente y variable, a la vez que emigran de una finca a otra, de una región a otra y hasta otros países (como los braceros mexicanos) cuando así lo requieren las condiciones económicas y climatológicas. Ni trabajan únicamente para los grandes terratenientes, sino donde pueden y cuando pueden, en la agricultura o fuera de ella. Los contratan también los propietarios medianos, los pequeños y hasta los arrendatarios o aparceros, quienes a veces se sirven de ellos para cumplir sus obligaciones laborales con sus propios terratenientes. ¿Cómo interpretar este padrón tan complejo de explotación? ¿Hasta qué punto está interesado este proletariado rural en la tierra y hasta qué punto en jornales más altos o en mayor seguridad de empleo? ¿Y hasta qué punto se inte-

resan los pequeños propietarios y los arrendatarios, víctimas de la explotación también, pero que a su vez toman jornales, en evitar que los salarios suban o que se aprueben y apliquen en las áreas rurales leyes de jornales mínimos, para que no se empeore su propia posición competitiva frente a los grandes monopolios de la tierra? ¿Hasta qué punto son estos mismos pequeños propietarios y aparceros trabajadores a jornal —interesados en salarios más altos— o comerciantes —interesados en precios más altos— porque la tierra que poseen o arriendan o trabajan a la parte no les alcanza para mantener a sus familias? ¿Hasta qué punto los propietarios de fincas medianas no son agricultores en absoluto, sino comerciantes pequeño burgueses rurales y urbanos, empleados o profesionales, interesados en exprimir al máximo a los que trabajan sus tierras? Unos alegan que los pequeños y medianos propietarios pueden movilizarse antes que los proletarios rurales, y la experiencia revolucionaria parece darles la razón. Pero otros mantienen lo contrario. ¿Dónde pues hay que empezar el trabajo político, bajo qué consignas, y con qué aliados?

Se dice que los indígenas latinoamericanos viven en un mundo aparte. Es cierto que, siempre que pueden, tratan de preservar sus culturas y, si es posible, una comunidad social como frente común al intruso. Esta ha sido su mejor protección —aunque casi siempre inadecuada— contra la explotación de que son víctimas por haber sido empujados hasta el mismo fondo de la estructura colonial interna y de la estructura nacional de las clases. Lejos de estar fuera de ambas estructuras, son, en realidad, sus miembros más íntegramente explotados. Como resultado, tienden a ver con suspicacia —basados en 400 años de explotación —toda proposición de eliminar ésta mediante reformas desde arriba.

¿Significa esto que no han de incorporarse a la lucha revolucionaria desde abajo, una vez que la perciban como tal y una vez que la lucha sea lo bastante revolucionaria para permitir y justificar tal percepción? La historia enseña que el indígena puede ser políticamente movilizado como en Guatemala; en realidad, que su gran movimiento multitudinario en la base puede excitar a la dirigencia revolucionaria a una mayor combatividad como en Bolivia en 1952. No se trata tanto de si el indígena participará en la lucha como de si la dirigencia revolucionaria será capaz de canalizar esta participación hacia la revolución o hacia la reforma y la reacción. Plantéanse a este respecto varias cuestiones acerca de la organización revolucionaria y reformista en el campo en general y de su relación con la organización política de la revolución en la ciudad, en la nación, en el continente y en el mundo.

Los eslabones más débiles de la cadena capitalista mundial no están, como hasta ahora se ha argumentado, en la estructura metropolitana. Precisamente lo demuestra la revolución soviética, la china y la cubana y otras. ¿Dónde están, entonces, en la estructura colonial del mundo y de Latinoamérica los eslabones más débiles? ¿Qué hace la burguesía imperialista y latinoamericana con sus esfuerzos por fortificar estos eslabones mediante programas de desarrollo social, sanitarios, educativos, de «reforma agraria» y otros, que en la conferencia de la Alianza para el Progreso, en Punta del Este, el Che llamó «letrinción» de América latina? ¿Hasta dónde pueden ser llevados estos programas —el último esfuerzo, por ejemplo, es hacer que las fuerzas de ocupación militar latinoamericanas mejoren su «reputación» en el campo emprendiendo versiones latinoamericanas del programa de «pacificación» imperialista en Viet Nam— y qué efecto tendrán, si no sobre la aceleración

del desarrollo económico, si en la deceleración del desarrollo político de los campesinos?

Si acertamos a encontrar los eslabones más débiles de la estructura colonial y de clases, ¿cómo romperlos? No, por cierto, con exhortaciones a combatir a un enemigo imperialista invisible mediante la nacionalización en beneficio de «todo el pueblo», ni con explicaciones abstrusas para hacer visible a Wall Street, o quizás al palacio presidencial, en la casucha del campesino o el trabajador agrícola. Uno y otro se harán por demás visibles si las masas rurales latinoamericanas, o siquiera parte de ellas, se lanzan a la lucha contra sus tradicionales opresores inmediatamente visibles: los agentes económicos y políticos locales de la estructura capitalista, interior y exterior, colonial y clasista. ¿Qué aliados tendrán estas fuerzas populares, qué alianzas previas pueden formar y sobre qué base, con las de otras partes del país, de Latinoamérica y del mundo que están dispuestas a apoyarlas cuando la burguesía latinoamericana y luego la imperialista intervengan para salvar a sus agentes locales y con ellos a toda la expoliadora estructura colonial y de clases del capitalismo?

La organización y movilización política revolucionaria podría obtener provecho del análisis marxista de la estructura colonial y de clases de determinadas regiones o áreas locales. Este estudio, por supuesto, no puede hacerse desde el extranjero o en términos de un esquema general preconcebido. Debe ser llevado a cabo allí mismo por marxistas revolucionarios que participen en el movimiento al que el estudio se propone servir. Pero el mismo principio es aplicable también al trabajo teórico sobre problemas políticos más amplios. La verdadera teoría marxista sólo puede surgir de la práctica política revolucionaria. Y para el intelectual de Latinoamérica y otros

países subdesarrollados, ésta comprende también la lucha ideológica.

Ideología y marxismo

La estructura colonial y la de clases producen contrapartes ideológicas para justificarse, y éstas se reflejan también en la « ciencia » social que se utilice para « estudiarlas ». Para los revolucionarios, por ende, el campo de batalla incluye también la ideología, como sugiere Fidel. Para los sociólogos revolucionarios, la contienda ideológica se extiende al campo de la ciencia social. La ideología preponderante, incluyendo su componente « científico » social, fue desarrollada por la burguesía metropolitana para uso nacional y para la exportación a las colonias. Estas últimas, al menos en América latina, siempre se dieron cuenta de algunos de los aspectos colonialistas de esta ideología y ciencia, particularmente durante las épocas de ascenso nacionalista. Los mismos sectores nacionalistas de América latina han tratado de hacerle resistencia y de reemplazarlos por factores nacionalistas. Las alternativas nacionalistas que se presentan como un reto directo al orden colonial, y pueden parecer sustancialmente distintas de la ideología y ciencia imperialistas. Pero como estas alternativas nacionalistas proceden de la burguesía latinoamericana, lejos de retar, consolidan el orden clasista en el plano nacional. Toca a los revolucionarios investigar hasta qué punto es diferente realmente esta ideología y ciencia latinoamericana. En el sector ideológico del campo de batalla, así como en el político y el militar, se debe combatir la ideología de la clase enemiga a fin de combatir, por ende, al enemigo principal: el imperialismo.

Durante el siglo pasado, las principales exportaciones ideológicas de la burguesía imperialista fueron el liberalismo, el posi-

tivismo, y ahora una especie de pragmatismo tecnológico o tecnologismo pragmático. Parte de la burguesía latinoamericana ha aceptado ávidamente cada uno de esos « ismos », haciéndose a veces más papista que el papa, como ocurrió con los intereses exportadores latinoamericanos al respecto de la doctrina del librecambio. Algunos sectores burgueses y pequeños burgueses hicieron resistencia a los aspectos más flagrantemente colonialistas de estas doctrinas, pero las aceptaron, no obstante, en esencia, cuando favorecieron los intereses de su clase frente a los de las clases populares.

La última invasión ideológica propone que la « pericia » y la tecnología norteamericanas pueden resolver todos los problemas de los pueblos del mundo, con sólo dejar que los yanquis las apliquen sin intromisión. En la industria, esto significa inversiones extranjeras y un grado más alto de monopolización... y desempleo. En la agricultura, significa métodos de cultivo, semillas, fertilizantes, maquinaria agrícola, etc.... de Estados Unidos y producción de abonos y máquinas por la Standard Oil y la Ford. Para la población, significa control de la natalidad mediante píldoras contraceptivas y medicamentos... y compañías farmacéuticas. Para la cultura significa el **american way of life** en todo, a través de medios de expresión « masivos », de la educación « popular », de la « ciencia » de la estadística electrónica, etc. La gran burguesía latinoamericana acepta todo esto sobre una base de socio menor. Los elementos « nacionalistas » de la burguesía y parte de la pequeña burguesía rechazan la participación « norteamericana », pero aceptan la tecnología, diciendo que la aplicarán ellos mismos... y mejor. En las ciencias sociales, la ofensiva ideológica imperialista de tiempos recientes ha tomado dos formas principales: el estructuralismo y su degeneración en institucio-

nalismo, culturalismo o behaviorismo. El estructuralismo dominó durante largo tiempo la ciencia económica y la sociología, pretendiendo analizar la estructura del mercado y de la sociedad. Pero esto era —y es— o bien el estudio abstracto de los modos idealizados de un mercado competitivo o de una sociedad consensual, término que puede referirse a cualquier sistema social imaginario, desde la familia a todo el mundo, pero que no explica ningún sistema social real.

O bien los estructuralistas se ocupan en algunos sistemas sociales determinados, que son siempre unidades locales, regionales o nacionales, pero nunca el sistema social predominante. Este «estructuralismo» abstracto o concreto, pero limitado, desvía la atención del investigador del verdadero sistema capitalista mundial, su estructuración de las colonias y las clases y la historia de su desarrollo, que han determinado la realidad social tanto en la parte metropolitana como en la colonial del sistema imperialista.

Recientes ampliaciones de la sociología metropolitana y su exportación a los países subdesarrollados, apartan aún más la atención del investigador de los problemas sociopolíticos fundamentales y sus soluciones. El institucionalismo describe las supuestas instituciones sociales y políticas de la sociedad y la «democracia» burguesa, tal como aparecen en la superficie. El culturalismo enfoca las manifestaciones culturales de la estructura económico social subyacente y, más recientemente, hasta las características sicoculturales (esto es, individuales). El behaviorismo, hoy común en la «ciencia» política y creciente en otras asignaturas sociales, expone técnicas aún más maquinizadas de rigurosos análisis estadísticos de todo tipo de variables sociales, sin entrar nunca en la estructura ni en el desarrollo del sistema no vaya a ocurrirnos la idea de que es necesario

cambiarlo. Aparte las limitaciones (ventajas, desde el punto de vista de la burguesía) del estructuralismo, estas degeneraciones permiten diferenciar la misma cosa y comparar cosas diferentes, o sea, se enmascara el hecho de que la metrópoli y sus colonias son parte del mismo sistema capitalista mediante el descubrimiento de la existencia supuestamente independiente en ellas de las diferencias culturales e institucionales creadas por esta relación colonialista. A la vez, el descubrimiento de similitudes institucionales y behavioristas superficiales entre los países capitalistas y socialistas, permite a la burguesía «demostrar» estadísticamente (esto es, con «neutralidad» ideológica aparente) a la clase a la cual explota, que la estructura de las clases en realidad carece de importancia, alegando por ende, que no es necesario cambiarla.

Esta ideología a guisa de ciencia se divulga hoy por todo el mundo capitalista —y llega incluso al campo socialista— a través de incontrolables canales. Los elementos informados de la burguesía colonial latinoamericana colaboran en este proceso, tan ávidamente hoy como en otro tiempo, a la vez que ciertos elementos burgueses nacionales intentan lanzar una ofensiva científico social e ideológica propia. Después del ascenso nacionalista burgués del 30 y el 40, pero, al parecer, con un retraso cultural de una década o más, estos intereses burgueses latinoamericanos establecieron varias instituciones con el expreso propósito de desarrollar una ideología científica nacionalista. La primera y principal de estas instituciones es la Comisión Económica para América Latina de las Naciones Unidas (CEPAL) y su más reciente vástago, el Instituto Latinoamericano de Planificación Económica y Social (ILPES), ambos en Santiago de Chile. En Brasil fue el Instituto Superior de Estudios Brasileiros (ISEB); en Argentina, el Insti-

tuto Torcuato di Tella; en México, la Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional (UNAM). Los nombres de sus fundadores, directores y principales colaboradores se han hecho ampliamente conocidos en la ciencia social latinoamericana y hasta en círculos intelectuales más amplios: Raúl Prebisch, Aníbal Pinto, Oswaldo Sunkel, Celso Furtado, Helio Jaguaribe, Gino Germani, Pablo González Casanova, etc. Sus tesis principales son bien conocidas: la metrópoli explota a América latina, a través de términos de intercambio que se deterioran. Se duelen, por ende, de una relación colonial, pero no llegan a analizar la estructura colonial monopolista ni el creciente papel que dentro de ella desempeñan las inversiones extranjeras y la ayuda exterior, que generalmente acogen bien, sujetas a ciertas «salvaguardias» solamente. Atribuyen el subdesarrollo latinoamericano a su errónea selección del «desarrollo hacia afuera» cuando, a mediados del siglo XIX, el continente despertó al fin de su «modorra feudal». De haber preferido el «desarrollo hacia adentro», no habría padecido de los menguantes términos del intercambio y habría podido industrializarse. Por consiguiente, arguyen, Latinoamérica debería escoger ahora el desarrollo capitalista nacional hacia adentro.

El obstáculo a vencer, dicen, es el reducido mercado interior. Exponen, de esta forma, en cuanto a lo nacional, la misma interpretación implícita en la Alianza para el Progreso y el estructuralismo ilustrado; América latina constituye una economía y sociedad «dual», que es en parte capitalista y progresiva y en parte feudal y retrógrada. La reforma agraria, la reforma tributaria, etc., y la «planeación» económica iniciada por los industriales y las clases medias progresistas, eliminarían los obstáculos «feudales» e integrarían la

vasta población rural, especialmente los indígenas, en el mercado y la sociedad nacional. Estos ideólogos «científicos» sostienen que los pobres del campo son pobres porque no están dentro de la economía mercantil o monetaria, razón por la cual —alegan— no avanza el desarrollo industrial y económico. Se llaman a sí mismos «estructuralistas» y emplean lo que encuentran útil en el análisis y la terminología marxistas para proponer la **reforma** de la estructura.

Pero estos «estructuralistas» que se lamentan de la explotación metropolitana no observan o no analizan la estructura colonial interior de América latina, que le sirve a la metrópoli nacional para extraer del campo «feudal» la mayor parte del capital que invierte en su limitado desarrollo industrial. Tampoco estos ideólogos de la burguesía nacional analizan la estructura de clases en América latina. En vez de ello, importan las últimas técnicas norteamericanas para el estudio de las «élites» y la «estratificación social», y sus estudiantes caen cada vez más en la trampa de la nueva oferta metropolitana de sustituir el análisis científico y la solución política de los problemas latinoamericanos por el análisis estadístico «objetivo». Dicho de otro modo, la versión «nacionalista progresiva» latinoamericana de esta ciencia social burguesa sólo se diferencia superficialmente, no fundamentalmente, del patrón imperialista. En segundo lugar, la ofensiva ideológica nacionalista no comenzó en las ciencias sociales en realidad, hasta que el movimiento económico, social y político de donde procedía había llegado a su cúspide ya y empezado a convertirse en historia. Por último, el imperialismo en la década de 1960, ha iniciado una contraofensiva en este campo también, con el resultado de que su ciencia «behaviorista» está neutralizando crecientemente a aquellos elementos de la pequeña

burguesía latinoamericana que hace pocos años eran políticamente progresistas. A respecto es digno de notar el hecho de que el imperialismo se sirve ahora de invitaciones a conferencias, becas, programas de « investigación conjunta », tanto en Estados Unidos como en sus afiliados latinoamericanos, para cortejar precisamente a los intelectuales izquierdistas latinoamericanos (y otros) a quienes antes desdeñaba y perseguía.

¿Cuál será la respuesta de la izquierda revolucionaria latinoamericana a esta ofensiva ideológica en el campo de las ciencias sociales?

Millares de estudiantes y obreros latinoamericanos —entre ellos, quizás, otros Fidel, Che, Camilo...— están en busca de otra orientación científica y política que la que les ofrece la burguesía metropolitana, y sus partidarios o revisores latinoamericanos. ¿Qué podemos ofrecerles? ¿Esperamos que se guíen por los modelos « marxistas » de inspiración metropolitana números 14, 13 ó 12 (como los ridiculizó Fidel en la OLAS), según los cuales toda la humanidad pasa necesariamente por las sucesivas y al parecer preestablecidas etapas del comunismo primitivo, la esclavitud, el feudalismo, el capitalismo, el socialismo y el comunismo? ¿Serán los estudiantes unidos y movilizados para la revolución, así como también los obreros industriales y agrícolas, por los teóricos y « teorías » que les dicen —no menos que los ideólogos burgueses nacionales— que América latina está hoy dividida en dos partes, una en la etapa feudal todavía y otra ya en la capitalista? ¿Que una oligarquía feudal y el imperialismo extranjero, pero no la propia burguesía capitalista, son los obstáculos en el camino del desarrollo nacional? Jamás los latinoamericanos irán a la revolución si siguen la principal tesis política derivada de esta pseudociencia « marxista », que es —como

dijo Fidel en la OLAS— « la famosa tesis acerca del papel de las burguesías nacionales, [...] ¿Cuánto papel, cuántas frases, cuánta palabrería vana se ha malgastado en espera de una burguesía liberal, progresista, antimperialista? [...] Y a muchos se les dice que esto es marxismo [...] ¿y en qué se diferencia esto del catecismo, en qué se diferencia de una letanía, de un rosario? »

En fin, la necesidad política nos plantea una tarea ideológica a ser cumplida, tanto para asegurar la firmeza de los militantes revolucionarios, como para reclutar cada vez más latinoamericanos, sobre todo jóvenes, a sus filas. También enfrentamos un trabajo teórico importante para poder complementar la práctica revolucionaria con la teoría revolucionaria precisa. Y requerimos del análisis de la sociedad latinoamericana, sobre todo en sus regiones rurales, para asesorar las fuerzas populares en su lucha revolucionaria. Para esto los marxistas tendrán que crear las ideas guías y revolucionarias que, como dice Fidel, reclama la revolución latinoamericana. La claridad ideológica con respecto a estos problemas se vuelve esencial en el momento en que el movimiento revolucionario encuentra trabas temporales, porque entonces se necesita la firmeza ideológica para resistir a las tentaciones —siempre ofrecidas por la burguesía— de retroceder hacia una política reformista, postulando, por ejemplo, la supuesta posibilidad y necesidad de una « paz democrática » como en estos momentos predica el Partido Comunista de Venezuela. Para alcanzar esta claridad ideológica y teórica los marxistas tendrán que obrar en lo intelectual, pero no sólo en lo intelectual, sino inspirados en el ejemplo del Che, que es primero revolucionario y después intelectual.

Seguir esta meta intelectual y revolucionaria, que es la responsabilidad del verda-

dero intelectual latinoamericano, y especialmente del marxista, implicará —como también lo encontró preciso el Che— salirse del marco institucional de la burguesía latinoamericana e imperialista. El intelectual latinoamericano —y esto vale para el escritor y artista tanto como para el científico social— tendrá que tomar conciencia del hecho de que trabaja al servicio de la burguesía. Tendrá que darse cuenta también que, mientras más agudas se tornan las contradicciones y más avanza el proceso revolucionario, menos permitirá

la burguesía que el intelectual latinoamericano se aproveche de sus instituciones burguesas —universidades, editoriales, prensa, etc.— para la elaboración de una teoría y una práctica marxista verdaderamente revolucionaria. En algunas partes del continente, ya llegó la hora en que se cierran las puertas de las instituciones burguesas para el marxista; en las demás llegará luego. El intelectual marxista latinoamericano tendrá que decidirse si se queda dentro, siguiendo el reformismo o del otro lado con el pueblo, haciendo la revolución.

Algunos libros distribuidos por Editions Ruedo ibérico

Cuba

Antología	España canta a Cuba	(Ruedo ibérico)	7,50 F
Carlos Franqui	Cuba. El libro de los 12	(Era)	15,— F
E. Lieuwen	Armas y política en América latina	(Sur)	12,— F
Huberman y Sweezy	Cuba. Anatomía de una revolución	(Palestra)	18,— F
Ernesto « Che » Guevara	Condiciones para el desarrollo económico de América latina	(Palestra)	12,— F
—	Obra revolucionaria	(Era)	42,— F
E. Martínez Estrada	Mi experiencia cubana	(Siglo ilustrado)	7,50 F
Leland H. Jenks	Nuestra colonia de Cuba	(Palestra)	18,— F
R. Freeman Smith	Estados Unidos y Cuba	(Palestra)	12,— F
E. Martínez Estrada	Martí : el heroe y su acción revolucionaria	(Siglo XXI)	12,— F

El poema « Vientres sentados », publicado en 1934 en la revista Octubre, fundada y dirigida por Rafael Alberti, ilustra una faceta poco conocida del gran poeta español muerto en el exilio en 1963: su resuelta actitud antiburguesa y prorroevolucionaria durante este periodo decisivo para el destino futuro de España que va de la proclamación de la II República el 14 de abril de 1931 al alzamiento militar de la reacción el 18 de julio de 1936. Actitud que Cernuda mantiene igualmente durante la lucha fratricida de 1936-1939, como testimonio el bello « Homenaje » incluido en la Crónica general de la guerra civil, publicada en 1937, y que, a pesar de la derrota y las decepciones (a las que alude Octavio Paz en su admirable ensayo de Cuadrivio), asoma, todavía, en el emotivo poema « 1936 », escrito en 1961 y publicado en La desolación de la Quimera :

Por eso otra vez la causa te aparece
como en aquellos días :
Noble y tan digna de luchar por ella.

En el momento en que la obra de Cernuda empieza a ocupar el puesto privilegiado que le corresponde en nuestra poesía contemporánea como señala con pertinencia el artículo de Florentino Martino, hemos considerado oportuna la divulgación de estos dos textos, prácticamente ignorados por el público español.

JUAN GOYTISOLO

Luis Cernuda

Vientres sentados *

Con satisfacción
como quienes saben,
como quienes tienen en su puño la verdad
bien apresada para que no se escape
y con orgullo,
como vigilantes de vosotros mismos,
domináis a lo largo y a lo ancho de la tierra
vosotros, vientres sentados.

No hay gas
no hay plomo
que tanto levante
que tanto lastre proporcione
como vuestra seguridad deletérea,
esa seguridad de sentir vuestro saco
bien resguardado por vuestro trasero.

* (Octubre, nº 6, abril de 1934, p. 9. Revista fundada y dirigida por Rafael Alberti.)

Miráis a un lado y a otro,
sonreís rasgando maliciosamente la hedionda boca,
y desde allí emitís como el antiguo oráculo
hinchidas necedades,
dictámenes que se escurren entre las rendijas como ratas.

Alabo el pie vigoroso,
el pie juvenil y vigoroso
que derrumbará pronto
ese saco hinchido de fango, de maldad, de injusticia
arrastrando consigo vuestro trasero y vientre,
vuestra triste persona que mancha el aire,
el aire limpio y justo
donde hoy nos levantamos
contra vosotros todos,
contra vuestra moral, contra vuestras leyes,
contra vuestra sociedad, contra vuestro dios,
contra vosotros mismos, vientres sentados.

Con una firme espiga
a quien su propia fuerza empuja desde la tierra
para que se abra al sol,
para que dé su fruto,
fruto de odio y de alegría,
fruto de lucha y de reposo.

La verdad está en lucha y en ella os aguardamos,
vientres sentados,
vientres tendidos,
vientres muertos.

Homenaje *

Hasta ahora todas o casi todas las palabras que se han dicho sobre esta guerra civil española han sido palabras lanzadas hacia el futuro, actitud bien natural, porque todos luchamos por la paz de mañana, sean nuestros ojos mismos quienes vean esa paz o sean los de nuestros camaradas. Pero hoy, al doblar este jalón del tiempo que se llama año, antes de transponer

* (Crónica general de la guerra civil, tomo I [y único]. Madrid, Ediciones de la Alianza de Intelectuales Antifascistas, 1937. [Recopilado por M. Teresa León con la ayuda de J. Miñana], p. 301, final del libro.)

su linde, tanto por fervor como por melancolía... ¡Cómo no dirigir una mirada hacia esos días cuyo curso dramático y tumultuoso tantas hondas cosas nos ha dicho a todos nosotros, opuestos a la reacción y a la guerra, al oído [sic, ¿por odio?] y a la destrucción! Allí, en ese nebuloso campo de lo ya pasado, quedan tantos y tantos camaradas nuestros, muertos por nuestra libertad, nuestra vida y nuestra paz. A ellos van estas palabras no como recuerdo aislado, innecesario, porque su memoria vivirá ya tanto como vive el pueblo español, sino como ese abrazo que damos a aquellos con quienes entrañablemente juntos hicimos una etapa y de los cuales tenemos luego que separarnos. ¡Cuánto generoso caudal han derrochado esos cuerpos caídos, muertos unos en la lucha frente a frente o muertos otros sin medios de defensa por los enemigos de la inteligencia y de la libertad! Su sangre, su carne, sus huesos, piadosamente recogidos por los anchos brazos de la tierra, se fundirán con ella misma, y algo del libre aliento que en vida les sostenía pasará a fundirse también con la naturaleza. Así, en los años futuros, en la savia, en las nuevas hojas, en la pluma de nuevos pájaros, en los dorados átomos del aire, vibrará un eco de aquel antiguo aliento humano. Y por su muerte el espíritu de libertad que movía a nuestros camaradas alentará difusamente por la tierra toda, uniéndose con el que anima o los innumerables camaradas vivos. ¡Qué nuestra será esta tierra entonces, por ellos y por nosotros, por la vida y por la muerte, en un gran abrazo de sombra y de luz! Con una ideal corona de olivo y laurel mezclada en el dintel mismo de esas puertas del tiempo que se cierran, dejemos a nuestros camaradas, yertos, sin esa fiebre de la vida, reposar en la eternidad.

Algunos libros publicados por Editions Ruedo ibérico

Poesía

Carlos Álvarez	Noticias del más acá. Otras noticias	7,50 F
Antología	España canta a Cuba	7,50 F
Antología	Versos para Antonio Machado	
Gabriel Celaya	Episodios nacionales	2,70 F
Salvador Espriu	La pell de brau	16,50 F
	Texto bilingüe. (Traducción de J. A. Goytisolo. Notas de María Aurelia Capmany)	
Angel González	Grado elemental	
Blas de Otero	Que trata de España (edición completa)	21,— F

Distribución exclusiva en Europa
Editions Ruedo ibérico

Dario Puccini

**Romancero
de la resistencia
española**

(1936-1965)

516 páginas

84 F

Traducción del prólogo: **Jesús López Pacheco**. Versión española de los poemas: **José Agustín Goytisolo** (y colaboradores).
Numerosas ilustraciones en color y en negro y blanco. Autógrafos en facsimile

Tal vez ningún acontecimiento histórico moderno ha inspirado una literatura semejante por su extensión y calidad a la surgida de la guerra de España. En 1936 el país contaba con un grupo de poetas como no había vuelto a tener desde los siglos de oro; y en un momento que lo era todo a la vez —revolución, realidad, moral y poesía— acudieron los mejores poetas de todo el mundo en defensa de un pueblo agredido por los ejércitos del fascismo.

Dario Puccini, el crítico italiano que mejor conoce las letras hispánicas, ha compilado en este **Romancero de la resistencia española** una antología de los poemas escritos entre 1936 y 1965 en España, en el exilio, y en los países americanos y europeos. Obra de un carácter muy particular y absolutamente fuera de lo común, la antología de Puccini se divide en tres partes: **El Romancero de la guerra civil** es una expresión popular que reverdeció la característica primordial del primer Romancero: el elemento épico-lírico, y que representa una **Iliada** escrita por innumerables voces. Las dos partes restantes: **El exilio, la cárcel y la resistencia** y **El homenaje del mundo** se explican por sí mismas. A todo ello Dario Puccini suma la documentación necesaria para el entendimiento del fenómeno político-literario, y un estudio preliminar que constituye una historia de los intelectuales a través de la poesía, desde 1920 a la actualidad. Así, el **Romancero de la resistencia española** es un libro que tiene una triple importancia, una significación estética, emotiva y testimonial.

Poemas de: Rafael Alberti, Vicente Aleixandre, Dámaso Alonso, Manuel Altolaguirre, Carlos Alvarez, Marcos Ana, Antonio Aparicio, Louis Aragon, Max Aub, Wystan Hugh Auden, Carlos Barral, José Bergamín, Bertolt Brecht, José Manuel Caballero Bonald, Carl-Martin Borgen, Giuliano Carta, Gabriel Celaya, Luis Cernuda, John Cornford, Victoriano Crémer, Rafael Dieste, Evgueni Dolmatovsky, Paul Eluard, Ilya Ehrenburg, León Felipe, Angela Figuera Aymerich, Louis Fürnberg, José Luis Gallego, Ramón de Garciasol, Pedro Garfias, Otto Gelsted, Jaime Gil de Biedma, Angel González, Raúl González Tuñón, José Agustín Goytisolo, Jorge Guillén, Nicolás Guillén, Eugène Guillevic, Frantisek Halas, Miguel Hernández, José Herrera Petere, José Hierro, Vladimir Holan, Josef Hora, Langston Hughes, Juan Ramón Jiménez, Semen Kirsanov, Jesús López Pacheco, Leopoldo de Luis, Antonio Machado, Ben Maddow, Archibald MacLeish, Louis MacNeice, Mario de Micheli, José Moreno Villa, Pablo Neruda, Stanislav Kostka Neumann, Eugenio de Nora, Blas de Otero, Octavio Paz, Emilio Prados, José María Quiroga Pla, Juan Rejano, Alfonso Reyes, Edwin Rolfe, Juan Manuel Romá, Pedro Salinas, Arturo Serrano Plaja, Stephen Spender, Jules Supervielle, Geneviève Taggard, Nikolai Tijonov, Tristan Tzara, José Angel Valente, César Vallejo, Nicola Vapzarov, Lorenzo Varela, Erich Weinert.

Ediciones Era México

Ayuntamiento de Madrid

Luis Cernuda y la joven poesía española

Hasta 1957, año en que las Ediciones Guadarrama publican *Estudios sobre poesía española contemporánea*, el nombre de Luis Cernuda apenas es mencionado en las publicaciones literarias españolas posteriores a nuestra guerra civil¹. Sus libros, como los de casi todos los escritores desterrados, están editados en el extranjero. De las cuatro ediciones de *La realidad y el deseo* tres son mexicanas; de las tres de *Ocnos*, sólo una es española (esta edición, publicada por *Insula* en 1949, es el único libro de Cernuda que por esos años se edita en España). Y lo mismo ocurre con *Las nubes* (1943), *Como quien espera el alba* (1947), *Tres narraciones* (1948), *Variaciones sobre tema mexicano* (1952), *Pensamiento poético en la lírica inglesa* (1958) y *Desolación de la Quimera* (1962), los cuales fueron publicados en México o en Argentina. Este hecho, y las dificultades especiales que por entonces existían en España para adquirir los libros de los escritores desterrados, impidieron, prácticamente, el contacto de las nuevas generaciones españolas con la obra de Luis Cernuda. Pero no fueron estas circunstancias el único obstáculo que encontró —y aún sigue encontrando— la obra de Cernuda en el ambiente literario peninsular. Su actitud crítica y desapasionada al enjuiciar a los escritores consagrados, su frialdad despectiva frente a las costumbres y maneras típicamente españolas, su concepto profundo de la poesía —tan distinto de la opinión dominante, donde se aplaude la gracia y el juego retóricos empleando calificativos taurinos— y, en fin, su desprecio hacia el conformismo de una sociedad hipócrita y convencional², le valieron el intencionado silencio y menosprecio de sus paisanos para con su obra. De esto tuvo conciencia clara el propio Cernuda, y aunque a lo largo de su obra existen bastantes testimonios, quizás sea en el último poema de *Desolación de la Quimera*, dirigido precisamente a sus paisanos, donde dejó mejor constancia de ello. Este poema —el último que escribió Cernuda—, cargado de resentimiento y amargura, comienza con estos versos:

No me queréis, lo sé, y que os molesta
Cuanto escribo...

...

Contra vosotros y esa vuestra ignorancia
voluntaria,
Vivo aún, sé y puedo, si así quiero,
defenderme.

Pero aguardáis al día cuando ya no me
encuentre

Aquí. Y entonces la ignorancia,
La indiferencia y el olvido, vuestras armas
De siempre, sobre mí caerán, como la piedra,
Cubriéndome por fin, lo mismo que
cubristeis

A otros que, superiores a mí, esa ignorancia
vuestra

Precipitó en la nada, como al gran Aldana³.

Asimismo, en varias oportunidades repitió que «parecen existir, con respecto a la acogida que los lectores les dispensan, dos tipos de obras literarias: aquellas que encuentran a su público hecho y aquellas que necesitan que su público nazca; el gusto hacia las primeras existe ya, el de las segundas debe formarse. Creo que mi trabajo corresponde al segundo tipo.»⁴ Afirmación esta que el tiempo ha demostrado plenamente, según trataremos de ver más adelante. También se le ha echado en cara a Cernuda, por las mismas razones señaladas, su actitud displicente hacia España, olvidando que tal desprecio no va dirigido contra su patria sino contra los valores de una sociedad hipócrita y convencional. Pues a lo largo de su obra, y no pocas veces bajo una apariencia despectiva, se percibe un amor hacia su tierra nada frecuente entre nosotros, por estar limpio de la sentimentalidad y cursilería acostumbradas. Y creo que esta actitud está bien clara en su «Díptico español», incluido en *Desolación de la Quimera*.

1. Ese mismo año también se publica en Málaga *Poemas para un cuerpo*, en edición fuera de comercio.

2. «Mi antipatía al conformismo —escribe— me hacía difícil a veces el trato con aquellos pocos escritores a quienes conocía, repugnándome el fondo burgués que adivinaba en ellos.» *Poesía y literatura*, Barcelona, 1960, p. 248.

3. «A sus paisanos», *Desolación de la Quimera*, México, 1962.

4. *Poesía y literatura*, p. 255.

Y si imposible era para las jóvenes generaciones encontrar en España los libros de Cernuda, no lo era menos conseguir alguna antología que presentara una selección considerable de sus poesías; pues la antología *Poesía española contemporánea* (1934) de Gerardo Diego, quizás la única que podía ofrecer estas mínimas cualidades, no se reedita hasta 1959. Y no habremos de los manuales de literatura. Ahí está el *Panorama de la literatura española contemporánea* (Ediciones Guadarrama) en su edición de 1956, donde se demuestra claramente que su autor desconocía completamente para ese tiempo la obra de Luis Cernuda, pues aparte de lo despectivo de su información, los títulos de los libros atribuidos a éste no se corresponden con la verdad. Por eso el lector poco avisado, que se deja guiar por los textos y manuales al uso, cae fácilmente en el tópico y en lo convencional. Así, por ejemplo, en la antología que publican las Ediciones Taurus en 1959: *Siete poetas españoles*, se incluyen junto a Machado y Jiménez a los poetas de la generación de Cernuda sin que éste aparezca en dicha selección.

Sin embargo, desde la aparición de *Estudios sobre poesía española contemporánea*, comienza a romperse en España el silencio que rodeara durante tantos años al autor de *La realidad y el deseo* y su obra empieza a ser discutida y estudiada. Y resulta curioso comprobar como en tanto que la crítica de edad madura, es decir, los hombres de generaciones anteriores a la guerra civil, sigue sin aceptar ni reconocer la obra de Cernuda, son precisamente las jóvenes promociones de la postguerra quienes han sabido apreciar la importancia y la necesidad de este escritor dentro del panorama de nuestras letras. Y esto se debe a que en tanto que la crítica tradicional sigue enjuiciando nuestra literatura desde una postura especialmente conservadora, y en algunos aspectos hasta dogmática, los jóvenes escritores han visto en el ejemplo de Luis Cernuda la necesidad histórica de una revisión crítica de nuestras letras contemporáneas. Porque Cernuda ha sabido enjuiciar nuestra poesía con un criterio de estimación totalmente nuevo dentro de nuestro ambiente literario. Sus apreciaciones críticas y valorativas en ningún momento se apoyan en los valores establecidos por la crítica literaria tradicional. Si es que se puede llamar crítica literaria a los ejercicios de erudición filológica, a los desahogos sentimentales, a los comentarios informativos, a los escritos de tipo personal donde la pedantería y el egocentrismo hacen insoportable su lectura (¿cuántas veces no nos han hablado de Lorca o de Hernández, no para descubrirnos algo nuevo en la obra de éstos, sino para decirnos que ellos fueron sus amigos?). Por eso, no es extraño que en un medio donde los ejercicios que acabamos de enumerar ocupan el lugar de la crítica literaria, la obra de Cernuda haya sido

considerada —salvo por unos pocos— como mal intencionada e irrespetuosa para con ciertos valores consagrados. Pero esa pequeña minoría, compuesta en su mayor parte por los poetas y críticos de las últimas promociones, ha hallado en la obra de este escritor precisamente aquellas cualidades que más se echan de menos en nuestras letras contemporáneas: la sinceridad, la penetración crítica, la meditación poética, la honestidad —y hasta el pudor— al hablar de su persona, así como su concepción de la poesía, que no reconoce como cualidades sino como defectos, ciertas características típicamente españolas: el barroquismo, los juegos retóricos, la supremacía del lenguaje sobre el pensamiento poético, etc. Así en *Historial de un libro*, al hablarnos de su evolución poética, nos dice desde el principio fue «sorteando, también por instinto, los dos escollos frecuentes en la poesía española durante la década del 20: lo folklórico y lo pedantesco»⁵. Y más adelante agrega: «Poco a poco fui siguiendo el camino que me llevaba hacia un tipo de poesía en la cual lo que yo quería decir me parecía más urgente que lo que resultara al seguir los laberintos de la rima»⁶. Y añade: «El efecto poético me pareció mucho más hondo si la voz no gritaba ni declamaba, ni se extendía reiterándose, si era menos gruesa y ampulosa [...] no condescendiendo con frases que me gustaran por sí mismas y sacrificándolas a la línea del poema, al dibujo de la composición»⁷. Elaborando así una obra donde contrariamente a lo que ocurre en nuestra poesía, el lenguaje se ciñe y somete al pensamiento dándole al poema ese tono narrativo y coloquial ejemplo de profundidad y sencillez. Por eso la obra de Cernuda, pese a su carácter un tanto arbitrario en algunos momentos, es sin duda una de las más necesarias hoy en nuestro medio literario, pues como afirma muy acertadamente Octavio Paz, «en una tradición que ha usado y abusado de las palabras pero que pocas veces ha reflexionado sobre ellas, Cernuda representa la conciencia del lenguaje»⁸. Lo cierto es que si en las dos décadas pasadas apenas se menciona el nombre de Cernuda en España, en estos últimos años su prestigio se ha venido afirmando hasta alcanzar la importancia de maestro a cuya obra se recurre frecuentemente como a una autoridad necesaria. Este reconocimiento se puede ver claramente en el homenaje que en 1962 le dedica la revista valenciana *La caña gris*, donde junto a ciertos escritores de edad madura como Vicente Aleixandre, Rosa Chacel, Octavio Paz o María Zambrano, colaboran algunos de los poetas y críticos más representativos de las nuevas promo-

5. Op. cit., p. 240.

6. Op. cit., p. 246-247.

7. Op. cit., p. 261.

8. Cuadriño, México, 1965, p. 184.

ciones españolas: Brines, Castellet, Gil de Biedma, Olivio Jiménez, Carlos P. Otero y J. A. Valente. Tiene este homenaje una doble significación, pues además de constituir una valiosa aportación al estudio de la obra de Cernuda, representa una demostración de reconocimiento a admiración hacia este escritor. Ya en 1960 José María Castellet, en su interesante antología *Veinte años de poesía española*, tras reforzar sus juicios frecuentemente con citas de Cernuda, expresa que éste «se nos aparece hoy quizá como el poeta «del 27» que más agudamente ha interpretado el proceso sufrido por sus compañeros de generación y, en parte, por él mismo.»⁹ Y Juan Goytisolo refiriéndose no hace mucho tiempo a la obra crítica de este autor, afirma que «la lectura de Cernuda contribuye eficazmente a despejar la atmósfera espesa y maloliente de la vida intelectual española. Pocas obras más oportunas que la suya y más adecuadas a nuestra imperiosa necesidad de oxígeno y aire fresco.»¹⁰

Pero si grande ha sido el reconocimiento de los jóvenes escritores hacia la obra crítica de Cernuda, no ha sido menor en lo que respecta a su obra poética, cuya influencia se deja sentir hoy, de manera positiva, en la poesía española de los últimos años. Y lo importante de esta influencia es que, aunque asimilada de muy diversas maneras, no actúa de un modo brillante y superficial: se trata más bien de un magisterio callado y profundo que afecta a la poesía en su esencia misma, depurando nuestra tradición de tanta retórica innecesaria y creando una nueva conciencia poética. Dicha influencia creo que está explícitamente reconocida por los poetas mismos a través de su admiración hacia *La realidad y el deseo*. Así, resulta sorprendente por ejemplo la opinión de José Angel Valente —por tratarse de un escritor que une a su penetrante sagacidad una muy acertada prudencia— quien afirma que «Aguila y rosa» es «uno de los grandes poemas de una obra más abundante en ellos que cualquiera de las escritas por sus contemporáneos y en su lengua.»¹¹ Y Jaime Gil de Biedma en un artículo incluido en el citado homenaje de *La caña gris*, escribe lo siguiente: «Cernuda es hoy por hoy, al menos para mí, el más vivo, el más contemporáneo entre todos los grandes poetas del 27...» También puede verse el poema «Después de la noticia de su muerte», publicado en el volumen N° 4 de la colección de poesía «El Bardo», y recogido posteriormente en *Moralidades*. Pero no quisiéramos detenernos más en mostrar la admiración de los jóvenes poetas españoles hacia la obra de Luis Cernuda, sino que a continuación trataremos de señalar brevemente la influencia de este autor sobre la poesía española contemporánea.

Acaso sea Valente, entre los poetas de su promoción, uno de los que mejor han sabido aprovechar aquella parte de nuestra poesía que hoy ofrece un interés

más positivo. Mas no por eso es fácil hallar en su obra una influencia claramente reconocible. Los diversos materiales técnicos y conceptuales tomados por Valente de nuestros poetas inmediatamente anteriores se hallan perfectamente asimilados e incorporados a su propia personalidad. Sin embargo quisiéramos señalar un procedimiento empleado por Cernuda con relativa frecuencia, que ha sido utilizado también por José Angel Valente con idénticas intenciones, y que consiste en hacer una reflexión poética sobre un personaje real, relacionado de algún modo con la propia experiencia del poeta. En este sentido podríamos citar como ejemplo dos poemas de Cernuda incluidos en *Desolación de la Quimera*: «Supervivencias tribales en el medio literario» y «Malentendu», cuya intención crítica y moral puede verse asimismo en algunas composiciones de *La memoria y los signos* como «El visitante» o «Poeta en tiempo de miseria». Otro poeta sobre cuya obra también parece haber actuado la poesía de Cernuda es Jaime Gil de Biedma, especialmente sobre la técnica empleada por Biedma en la manipulación del material expresivo. La palabra trabajada y meditada, la búsqueda de un ritmo sobrio, seco y depurado, la forma de someter el lenguaje a un tono coloquial, evitando deliberadamente las frases «bonitas», así como el corte brusco del verso y su respectivo encabalgamiento, que se puede apreciar en tantos poemas de *Moralidades*, parece tener su antecedente más próximo en la poesía última de Cernuda. Por eso resulta un tanto extraño que Biedma, en las líneas que preceden a unos poemas suyos recogidos en una antología argentina¹², cite a Jorge Guillén como el poeta que más ha influido sobre sus sistemas de composición. En cuanto a Claudio Rodríguez —uno de los poetas más personales de esta promoción—, tanto en el tono discursivo y meditado de su lenguaje, como en el sentido ético de su contenido, más de un crítico ha señalado ya, al hablar del último libro de este autor, el influjo de Luis Cernuda. Pero tal vez donde esta influencia se perciba de manera más clara sea en la poesía de Francisco Brines, pues al leer unos versos como los siguientes, resulta difícil evitar que acuda a nuestra mente el recuerdo de *La realidad y el deseo*:

Dentro de aquella descarnada iglesia
la nave era una sombra, cuyo aliento
era un vaho de siglos, y en la hondura
vimos la luz sesgando el alto muro.

9. *Veinte años de poesía española*, Barcelona, 1960, p. 97.

10. «Cernuda y la crítica literaria española» en *El furgón de cola*, París, 1967.

11. «Luis Cernuda en su mito», *Insula*, N° 207, febrero de 1964.

12. *Ocho poetas españoles*, Buenos Aires, 1965.

Y el sueño humano allí, con los colores
del más ardiente engaño, las cenizas
del deseo de un hombre sepultadas
en árbol, en corcel, séquito o ángel¹³.

Y como alguien ha señalado acertadamente, ¿no habrá influido *La realidad y el deseo* hasta en los títulos de los últimos libros publicados por algunos de nuestros jóvenes poetas más representativos? *Alianza y condena* (Rodríguez), *Figuración y fuga* (Barral), *La memoria y los signos* (Valente)...

Pero según hemos tratado de señalar, la admiración y simpatía de los jóvenes poetas hacia este escritor no se debe tan sólo al valor exclusivamente literario de su obra, sino, en gran medida, a la actitud moral de esa obra frente a la falacia y la hipocresía de nuestro tiempo. Véase si no lo que a este respecto escribe Valente: «Y es precisamente la necesidad de ese odio, esgrimido contra la hipocresía del orden heredado, la que hoy nos acerca a la desolada faz de su Quimera».¹⁴ Odio que Cernuda supo mantener con asombrosa fidelidad hasta la muerte. Pues si hay un poeta de nuestro tiempo cuya obra se identifique plenamente con su vida, ese es Luis Cernuda. Tal vez Machado y Vallejo sean los únicos entre nosotros que en ese aspecto se le puedan equiparar. Y ya sabemos que esa fidelidad insornborable entre conducta y poesía no ha contribuido poco al respeto y admiración que hoy se tiene por la obra de estos últimos. Esta actitud moral es una de las características más constantes de *La realidad y el deseo*, y quizás donde se perciba de manera más clara sea en aquellas composiciones de mayor extensión. Sin embargo, no parece ser esa razón suficiente como para considerar que en ese tipo de composiciones esté lo mejor que alcanzó a escribir Cernuda. Pues aunque en estos poemas se encuentra más explícita y desarrollada dicha actitud, al enjuiciar su poesía no puede hacerse en función de su contenido moral sino de su calidad artística. En muchas de las composiciones extensas de Cernuda se halla demasiado explícita la intención del autor, lo cual da al poema cierto tono como de sermón moral, que, indudablemente, perjudica su calidad poética. Esto ha sido señalado ya por Octavio Paz, aunque para el escritor mexicano, algunos de estos poemas extensos «se cuentan entre lo más perfecto que hizo».¹⁵ Octavio Paz, tras señalar a *La realidad y el deseo* «como una biografía espiritual» y de indicar su «carácter moral», escribe que «los peligros de una biografía poética son dobles: la confesión no pedida y el consejo no solicitado. Cernuda no siempre evita estos extremos y no es raro que incurra en la confidencia y en la moraleja».¹⁶ Y añade: «Cernuda sintió predilección, desde que empezó a escribir, por el poema largo. Para el gusto moderno la poesía es, ante todo,

concentración verbal y por eso el poema largo se enfrenta a una dificultad casi insuperable: reunir extensión y concentración, desarrollo e intensidad, unidad y variedad, sin hacer de la obra una colección de fragmentos y sin incurrir tampoco en el grosero recurso de la amplificación».¹⁷ Y aunque sea refiriéndose a los últimos poemas de Cernuda agrega que «la reflexión, la explicación y aun el impropio ocupan demasiado espacio y desplazan al canto; el lenguaje no tiene la fluidez del habla sino la sequedad escrita del discurso».¹⁸ Y no olvidemos que aunque el propio Cernuda se pronunciara en favor del poema largo, «cansado de los poemitas breves a la manera de Machado y Jiménez»¹⁹, en ciertas reflexiones suyas autocríticas le parecía absurdo que «El joven marino» —una de sus composiciones extensas más admiradas por la crítica— fuera considerado como uno de los mejores poemas de *La realidad y el deseo*, señalando en cambio, «Los espinos» —composición de sólo doce versos—, como uno de sus poemas preferidos. Asimismo el crítico inglés J.M. Cohen, en un artículo publicado como apéndice de su libro *La poesía de nuestro tiempo* —aunque subestimando excesivamente la poesía de Cernuda— afirma que «sus mejores poemas son muy hermosos dentro de la tradición de Bécquer; sus poemas más ambiciosos revisten a la española los convencionalismos siglo XIX de Hölderlin, Browning y otros gigantes extranjeros».²⁰

Resulta difícil, ante una obra tan armoniosamente lograda como *La realidad y el deseo*, pronunciarse en favor de un determinado tipo de composiciones, ya que todos los versos de este libro tienen una hermosura que seduce al lector; pero probablemente sea en ciertos poemas breves como «Sentimiento de otoño», «Violetas», «Jardín», «Primavera vieja», «Los espinos», «Niño tras un cristal», «Dos de noviembre», «Tiempo de vivir, tiempo de dormir»... donde mejor se percibe ese encanto cernudiano, mezcla de indolencia y nostalgia, fruto de una sensibilidad única entre nosotros.

13. «Muros de Arezzo», *Palabras a la oscuridad*, Madrid, 1966.

14. «Luis Cernuda en su mito».

15. *Cuadrivio*, p. 180.

16. *Op. cit.*, p. 170-171.

17. *Op. cit.*, p. 179-180.

18. *Op. cit.*, p. 172.

19. *Poesía y literatura*, p. 252.

20. *La Gaceta*, N° 116, México, 1964.

Lisandro Otero

La manifestación

La plazoleta universitaria estaba en calma y muy pocas personas caminaban por allí. Los que lo hacían marchaban con rapidez tratando de salir de aquella zona en un breve lapso. En la calle San Lázaro una perseguidora estaba estacionada y sus tripulantes tenían un aire tranquilo y nada retador, en contraste con su actitud habitual ante la Universidad.

Los estudiantes estaban agrupados en la escalinata y trataban de desenvolver una enorme bandera cubana. Dascal supo por sus preguntas que la policía había convenido en respetar la manifestación si no salían de la calle San Lázaro, que los conducía directamente al monumento sobre el paredón donde fueron fusilados los estudiantes en 1871.

Era algo seguro y Dascal decidió integrarse sin riesgos. La historia universitaria estaba saturada de incidentes con muertos y heridos, ocurridos durante este tradicional desfile. Sólo que esta vez Batista no quería problemas y había concertado una tregua.

Como siempre, una voz aislada comenzó a cantar el Himno Nacional y todas las voces, lentas, descompasadas, desafinadas, en diferentes registros y claves, se fueron uniendo al himno y los estudiantes comenzaron a descender por la escalinata. La bandera iba desplegada a la cabeza de la manifestación como un frágil escudo y todas las manos se aferraban, en tensión a la tela. Las voces, débiles, carraspeantes en su inicio, se fueron robusteciendo y aclarando y se podía distinguir por la entonación y el vigor cómo crecía por igual el coraje de los muchachos. Aquel centenar de estudiantes cantaba un himno poderoso y aquel himno les daba valor para continuar. Llegaron al pie de la escalinata y entraron resueltamente en la plazoleta con pasos anchos, casi corriendo, precipitándose hacia su suerte, obteniendo en esta marcha obstinada la anulación de todo el temor que pudieron haber sentido antes.

Apenas pisaron los adoquines de la plazoleta, los agentes se asomaron en las calles transversales a San Lázaro. Todos vestían camisas con las faldetas al aire bajo las que se insinuaba el bulto de una pistola, espe-

juelos de cristales teñidos y armadura metálica dorada: llevaban bigotes casi azules de tan negros que hacían presumir en un tinte, cabellos largos y ondulados con algún triste mechón caído sobre la frente, veinte libras de más, y muchos con enormes vientres protuberantes; casi todos usaban manillas de oro en la muñeca derecha, un costoso reloj en la izquierda y voluminosos sortijones les adornaban las falanges; algunos empuñaban una ametralladora Thompson que apuntaban al cielo con la culata encajada en una cadera y observaban a los estudiantes con aire amenazador mientras el viento les batía sus anchos pantalones.

Los estudiantes desfilaron cantando por entre aquella doble fila de agentes. En la esquina de Infanta y San Lázaro los esperaba una docena de perseguidoras y carros celulares y un centenar de policías uniformados. Los dejaron pasar. Avanzaron resueltamente por San Lázaro, pero ahora sólo veían muy espaciadamente a los policías. Al cesar la sensación opresiva cesó el canto también. Iban en silencio, tensos, caminando con rapidez y sólo las piernas permitían desahogar la inquietud.

En los balcones muchas personas los aplaudían, otras cerraban con rapidez puertas y ventanas produciendo un sonido sincopado de maderas. Dascal se sintió reanimado. No había sucedido nada y el acto estaba terminando. En definitiva el temor se disuelve ante la situación concreta, pensó. La imaginación es más terrible que la realidad. Sintió que le oprimían fuertemente un brazo. Ignacio marchaba junto a él sonriente. Le guiñó un ojo y ladeó la cabeza en un gesto de complicidad. En ese instante sonó el disparo.

Llegaban al parque Maceo y allí los esperaba otra concentración policiaca. Al escuchar el disparo comenzaron a cantar de nuevo el Himno Nacional y redoblaron el paso. Dascal vio a algunos estudiantes correr hacia las perseguidoras lanzando piedras. Se oyeron nuevos disparos. Un carro tanque de los bomberos maniobró para cerrarles el paso situándose en Belascoaín y San Lázaro. Los policías empuñaban gruesas mangueras de incendio y los chorros de agua golpearon la primera fila de la manifestación. Los estudiantes vacilaron un instante, la bandera se les pegaba al cuerpo como un sudario húmedo, algunos se protegían el rostro alzando los brazos, otros resbalaron, pero se repusieron de la sorpresa y continuaron avanzando. Los chorros se concentraron de nuevo sobre los estudiantes que abrían el desfile y lograron detenerlos. Trataban de continuar, pero la barrera de agua lo impedía. Fueron deslizándose al suelo como marionetas sin hilos, la bandera se desprendió de sus manos y en breve fue un trapo mojado sobre el pavimento. Algunos corrieron a refugiarse en las casas cercanas, otros retrocedían hacia la Universidad. La mayoría trataba de mantenerse en pie, en una actitud digna, desafiante, hasta que el chorro los golpeaba en los pies y los tumbaba haciendo grotescas piruetas.

Tan súbitamente como había comenzado cesó la cortina de agua. Dascal había retrocedido y se apoyaba, empapado y jadeante, en una de las cercas del parque Colón, cuando, vio la nube azul de policías que cargaba sobre los estudiantes y comenzaba a golpear furiosamente.

Dascal vio pasar a los muchachos hacia el refugio de la colina universitaria, con la ropa húmeda pegada al cuerpo y sangre en los rostros, en los brazos, perseguidos por la policía.

Un estudiante se protegía la cabeza ante un policía que lo golpeaba. Dascal veía subir y bajar sin reposo el corto y grueso palo hundiéndose sobre las costillas, los hombros, la cabeza. El policía alzó una pierna y con su pesada bota empujó por las nalgas al estudiante que cayó sobre la acera frente al colegio La Inmaculada. Oyó voces: « ¡Cabron, hijoeputa, esbirro! » El estudiante trató de alzarse y Dascal le vio el rostro sangriento y azorado. Era Ignacio. El policía golpeó otra vez, Ignacio cayó de nuevo y quedó inmóvil. Comenzó a patearlo: el vientre, el torso, la pelvis, las costillas. Dascal creyó escuchar el crujido de los huesos astillándose. La puerta de La Inmaculada se abrió y una monja se dirigió al policía que interrumpió su arremetida para discutir con la monja agitando los brazos, obviamente enardecido. La monja entró al colegio y el policía ayudado por otro tomó a Ignacio por los brazos y lo arrastró hacia una perseguidora marcando el pavimento con un rastro de sangre aguada.

La manifestación se había dispersado y sólo subsistían gritos, disparos, imprecaciones, el ulular de las sirenas policíacas, la cacería humana. Los estudiantes retrocedían en desorden por la calle San Lázaro. A veces se detenían para cargar a un compañero herido y llevarlo a una casa cercana. En ocasiones un grupo se detenía y hacía frente con fiereza a la policía, gesticulando, gritando, tratando de resistir a la policía. Los disparos o los golpes hacían caer a uno o dos y los restantes reanudaban la carrera. Una anciana lanzó desde un balcón una jaula con pájaros sobre la policía. No dio en el blanco, la jaula se deshizo y los canarios salieron volando. Desde un bar arrojaron botellas de cerveza vacías sobre la policía. Una golpeó en la cabeza a un guardia que dejó caer su pistola y comenzó a llorar como un niño.

Dascal continuaba junto a la cerca del parque Colón viendo cómo se alejaban y sintiendo que las piernas se le doblaban. Miró hacia sus pies y vio sus pantalones ensangrentados. Se deslizó por la verja apoyándose en ella y entró en el parque Colón. Unas manos le tomaron por las axilas.

— ¡Camina que yo te ayudo!

Llegaron junto a la estrella giratoria y se sentaron en un escalón.

— ¿Puedes seguir?

— Creo que sí.

— Aquí nos ven de la calle.

Subieron la escalera y se dejaron caer dentro de una barquilla decorada con imágenes del Pato Donald.

— Con tal de que esto no eche a andar ahora.

Ya no escuchaban más disparos.

—Gracias —dijo Dascal.

—Son unos hijos de puta.

—Esto es inútil.

—No te preocupes, no parece que sea mucho.

Dascal se sentía excitado, nervioso, con deseos de rechazar la violencia, de negar la brutalidad, de terminar con toda rebeldía y someterse mansamente a la voluntad de los fuertes.

—¿Qué coño han sacado con esto?

—Parece que no te sangra ya.

—¿El qué?

—Es en el muslo.

—No me duele.

—No es nada.

—Esto es fanatismo.

—¿Qué cosa?

—Esta manera de hacerse matar.

—Hay que hacerlo, viejo.

—¿Tú estabas en la manifestación? —preguntó Dascal.

—Soy de tercer año de Ingeniería.

—Ahora sí me está doliendo.

—¿Mucho?

—No, un poquito, pero me dan como latidos.

—Aguanta, que después puede ser peor.

—Parece que es un tiro a sedal.

—El pantalón está medio quemado. ¿Tienes a dónde ir?

—Al hospital.

—No, allí te van a arrestar enseguida.

—No conozco ningún médico.

—Yo sí. Vamos a esperar que esto pase y te llevo.

—¿Cuánto tiempo?

—Un ratito nada más, en cuanto se despeje la calle.

—Me está doliendo más.

—Aguanta, aguanta como un hombre.

Desde la barquilla de la estrella giratoria, Dascal vio la estatua de Antonio Maceo con el caballo rampante y el General con su machete desenvainado. Ese sí tenía cojones, pensó Dascal, pero yo no los tengo, no sirvo para nada de esto. Ahora me estoy cagando de miedo y no grito por este tipo. No sirvo para esto.

—Mi nombre es Raúl Figueras —dijo el estudiante.

—Luis Dascal.

—¿Te sigue doliendo?

—Cada vez más.

—Aguanta, aguanta como un hombre que luego va a ser peor.

—Trataré —dijo Dascal mientras sentía una contracción punzante bajo la piel.

Cuadernos de Ruedo ibérico necesitan ayuda urgente de todos sus amigos

La publicación de nuestra revista —que hoy alcanza su número 16— es el resultado de un gran esfuerzo en todos los planos para vencer los obstáculos que se oponen a ella.

Sólo mencionaremos aquí las intervenciones de todo tipo de las autoridades españolas para impedir la difusión de Cuadernos de Ruedo ibérico y sus inevitables secuelas: muchos de los lectores potenciales ignoran todavía su existencia, el número de suscriptores es insuficiente, las pérdidas de envíos grandes, los gastos de expedición muy onerosos, los descuentos considerables y los cobros lentos.

Silenciamos otras dificultades no menos importantes —quizá más descorazonadoras— que hemos logrado vencer en gran parte de un número a otro.

Señalamos que Cuadernos de Ruedo ibérico es hoy la única revista española de formación política, de abierta oposición, independiente de grupos y partidos políticos, y que este carácter original nos obliga a continuar publicando sus fascículos.

Adversarios y disidentes —cada cual a su manera— reconocen aquel carácter y alrededor nuestro surgen, sobre todo a partir de los últimos números, cada vez más numerosas aprobaciones. Hemos conquistado una autoridad en la opinión pública. Y quizá estos hechos hayan contribuido a hacer mayores cada día los obstáculos con que hemos tropezado desde el principio y que provocan hoy una grave crisis financiera.

Tenemos, sin embargo, la voluntad de seguir asumiendo firmemente nuestra función. Pero para que Cuadernos de Ruedo ibérico sigan siendo lo que fueron hasta hoy —y con mayor razón para mejorarlos— es indispensable que doblemos el número de nuestros suscriptores, es imprescindible que obtengamos ayudas de nuestros amigos. A éstos nos dirigimos en primer lugar.

A partir del número 16, Cuadernos de Ruedo ibérico publicarán la lista de las ayudas recibidas.

Lector amigo : si consideras que Cuadernos de Ruedo ibérico deben seguir siendo publicados, si estimas que deben ser mejorados, ayúdanos en la medida de tus posibilidades

Respuestas a nuestro llamamiento de ayuda a Cuadernos de Ruedo ibérico

Número	Franco	Donante	Número	Franco	Donante
9	750,—	Victoria Kent	71	50,—	Leon Bataille
15	130,—	F.L.M.C.	72	50,—	Antonio Remis
16	50,—	Joan Misser	77	35,—	Anónimo
26	230,—	Mariano García-Landa	106	100,—	Anónimo
29	50,—	Anónimo	118	100,—	Jordi Blanc
31	1 000,—	Anónimo	130	30,—	Rafael Uria
34	200,—	G.M.	131	100,—	Paul M. Sweezy
35	100,—	Anónimo	134	120,—	Anónimo
38	112,—	A.S.	136	30,—	Carlos Luis Sánchez
41	150,—	Antonio Capell	138	50,—	J.S.
48	60,—	Anónimo	146	120,—	M. LI. G.
53	240,—	Anónimo	156	20,—	Anónimo
57	50,—	Tana de Gámez	166	100,—	Anónimo
63	100,—	Virgilio Botella	167	50,—	Imprimerie Hermel

Pedidos y suscripciones a Ediciones Ruedo ibérico

5, rue Aubriot, Paris 4

C.C.P. 16.586-34 Paris

Precio de venta: Cuaderno ordinario 7,— F; cuadernos atrasados 14,— F

Condiciones de suscripción:

6 cuadernos ordinarios	6 cuadernos ordinarios y suplemento anual *
30,— F	50,— F
7,— \$ US	12,— \$ US
16,— \$ US	24,— \$ US
7,— \$ US	12,— \$ US

Francia

América latina (correo ordinario)

América latina (correo aéreo)

Otros países (correo ordinario)

* El primer suplemento anual de Cuadernos de Ruedo ibérico es Horizonte español 1966, tomo I: 288 p., 6 planchas fuera de texto; tomo II: 436 p., 10 planchas fuera de texto. Precio de los dos volúmenes: 51 F. Para poder adquirir la obra al precio de 20 F es necesario ser suscriptor de Cuadernos de Ruedo ibérico, al menos a partir del número 4 inclusive. Los suscriptores que han abonado 50 F recibirán automáticamente el suplemento. Aquellos suscriptores que sólo han abonado 30 F deberán enviarnos 20 F. Para los no suscriptores será aplicado el precio de librería. Respecto al suplemento anual 1967, Cuba: una revolución en marcha, la suscripción mínima para tener derecho al suplemento cuenta sólo antes del nº 10. La tercera serie Cuadernos de Ruedo ibérico da derecho automáticamente al 20 % de descuento en la compra de los libros pertenecientes al fondo editorial de Ediciones Ruedo ibérico, o de aquellas editoriales que representamos (Era, Cuadernos americanos, Joaquín Mortiz, Siglo XXI, Sur, Jorge Alvarez, Siglo Ilustrado, Austral, Prensa latinoamericana, Moncloa, etc.). Pídase catálogo.

Problemas de táctica y de estrategia

1. Las comisiones obreras entre la táctica y la estrategia

Nos encontramos con que en España ha surgido, apenas en unos años, una nueva realidad, las Comisiones Obreras. Ellas atraen todas las atenciones: irritan al régimen y encarnan la esperanza sin descanso de tres generaciones de españoles antifascistas. Son una creación original, difícil de enmarcar y potencialmente fecundísima. Partidos y prohombres se rinden ante su acometividad, unos y otros reconocen su primacía y su prioridad. ¡Todo ceda el paso a las Comisiones!

¿Están justificadas estas expectativas? Por su misma novedad las Comisiones no presentan todavía una fisonomía definida y cristalizada. Cada uno las interpreta según sus deseos (no imaginan igual sus efectos el señor Areilza, el Partido Comunista y el señor Alvarez del Vayo). ¿Qué son exactamente? ¿Qué se proponen ser? Como el Tercer Estado, ser pueden serlo todo. ¿En qué se pueden quedar? Como el Tercer Estado, en nada. En un bello recuerdo, como el Partido d'Azione italiano o el Front National francés. A los que están metidos hoz y coz en la acción cotidiana, el estudioso de las cuestiones políticas puede aportar una ayuda intere-

1. Las Comisiones Obreras entre la táctica y la estrategia

2. Curas o sacerdotes

En estos dos artículos, su autor repasa dos temas de sobresaliente actualidad con toda franqueza y sin circunloquios. No se le oculta, empero, que cualquier texto, y en proporción directa a su sinceridad, puede ser « manejado » por un enemigo común. El elenco de adversarios del régimen cuyos escritos han sido utilizados por los servicios gubernamentales de propaganda es exhaustivo. Ahora bien, creyendo beneficiarse, proporciona una mayor difusión a tales textos. Este autor no ha sentido, por ello, ningún escrúpulo en hablar claro y sin rodeos.

sante: su análisis en frío y a distancia. Algo de provecho igual ya sacarán de estas líneas escritas con solidaridad y con esperanza, pero también con sinceridad absoluta, « como en una conversación ».

Paso ahora a lo concreto y no me andaré con rodeos. Abundando en la nota previa a estos dos artículos, y como Pablo, me detendré más en la **correctio fraterna** que en el elogio. La alabanza ya se la saben, porque tanto se la prodigan que hasta les marean. Empecemos de todas maneras recordando sus logros.

ELOGIO SIN RESERVAS

Los aciertos de las Comisiones son evidentes, son impresionantes. Y si se sitúan en relación con la historia española reciente, más. ¡Si se confrontan con los casi treinta años de indigencia creadora de la oposición, es para quitarse el sombrero! De esa calidad política no hay más que otro hecho en España: la prodigiosa ascensión del conde de Motrico. En uno y otro caso se ha desplazado, arrollando, supeditado todo lo anteriormente existente.

Guste o no, hoy en día la situación se resume así: Comisiones y/o Areilza. Vale la pena pormenorizar algunos aspectos de este acierto rotundo.

Desde el punto de vista del postulado previo de toda estrategia

El postulado previo de toda estrategia es aumentar la unidad propia y reducir la del bando contrario. Por el simple hecho de su existencia las Comisiones están forjando —y también **forzando**, en lo que se refiere a los tradicionalmente recalcitrantes a colaborar en nada con cierto sector— la unidad de la oposición, allí donde habían fracasado todos los intentos planteados «por arriba» o recurriendo incluso a proponer auténticos disparates de línea política. En cuanto al efecto sobre el enemigo, las Comisiones son en el corazón del régimen una verdadera cuña que ensancha y acelera su dislocación creciente. (Pero más adelante veremos su aspecto negativo o al menos peligroso.)

Primera cosa que no es «bluff» en la izquierda española

Treinta años de bluffar contra Franco. Treinta años hemos bluffado todos en la oposición. «Tenemos a los coroneles, todos los contratistas de obras leen mis textos, los laboristas nos darán media hora en el BBC, el campo es nuestro, somos más de diez mil, a nosotros se debe lo de Asturias, estamos implantados en veinte provincias, el 18 no saldrán las locomotoras de los depósitos, su médico personal me ha dicho que tiene el Parkinson, un urólogo suizo me asegura...» Llegan las Comisiones y también con esto acaban. La primera cosa sería que se hace en España (**y se hace con modestia**). Por cierto: es la primera cosa desde la gesta, olvidada pero tan grande, de los maquis.

Y peor que olvidados: censurados a veces. ¿De dónde fue un error aquello, como ha llegado a decir el Quinto Congreso del Partido Comunista? ¿Qué deberían haber hecho con su pasión y con sus armas? ¿Fuera mejor utilización la que dieron a las suyas los comunistas franceses o italianos: colgarlas de recuerdo sobre el televisor junto a la **madonnina** o al **calendrier des PTT**?

Una piedra de toque significativa: la buena sociedad

Hasta las Comisiones, la «política de masas» y la «alta política» eran compartimentos rigurosamente estancos. Era normal que, en los grupos (PC, FLP) que enlazaban por un lado con los prohombres y por otro con el común de los españoles, resultara preciso hacer constantemente un esfuerzo simétrico de explicación: aclarar a la base que también «algo ya cuenta» la conspiración de tertulia y salón, y a las personalidades que la acción de los obreros «coadyuva». ¿Qué fuerza tiene detrás Fulano? decían los unos, y los otros «Al régimen no se le perturba con una huelguita». Llegan las Comisiones y salta en pedazos ese verdadero muro de la tosquedad. Desde hace ya unos años, existe un contacto directo entre hombres de las Comisiones y prohombres. Una amistad personal incluso; más diré: una consideración recíproca². ¿Qué prodigio es éste?

CRITICA CONSTRUCTIVA

Los tres pilares de la estrategia

Antes de actuar en cualquier plano procede plantearse, como proponía Foch, el **¿De qué se trata?** Más tarde, mientras se va luchando, hay que formularse constante-

mente la pregunta **¿A quién aprovecha esto?**

La primera es muy importante porque es preciso conocer de antemano, y no olvidar nunca, el fin propuesto. Y cuanto más numerosas y prometedoras y propicias se presenten las posibilidades de acción, tanto más importante.

Pero el interrogante básico es el **cui prodest?** de Lucio Casio. Sobre el se juzga la calidad política, con él se decide la suerte de las batallas. Lo que yo hago, aparte de redundar en mi propio provecho, ¿beneficia a alguien más, beneficia acaso a mis enemigos? Si esto ocurre, mi propio provecho inmediato —al coincidir, siquiera sea parcialmente, con el de mi enemigo (o con el de una parte de mis enemigos)— ¿no invalidará el objetivo que me he fijado a largo plazo? Porque el enemigo no es nunca un bloque único —o, aunque lo sea, mi acción ha de contribuir a cuartearle—. Al atacar al más ostensible de entre ellos, puedo favorecer y hasta robustecer a otro menos «hecho» o más mediato.

Hay que añadir por ello una tercera pregunta, que en mal latín podríamos redactar así: **Etiam inimico?** ¿También a uno de mis enemigos favorecerá esta lucha, esta táctica, esta campaña mía?

La aplicación de estos tres principios a las Comisiones Obreras se hace sola. En la parte central de este artículo se irá, devanando de por sí, al hilo de mi exposición sobre los elementos que las componen.

Dos tests de evaluación: antecedentes y «timing»

Se pueden evaluar las Comisiones cotejándolas con sus antecedentes en el tiempo o en el espacio (cuestión de mimetismo) o apreciando la calidad de su aparición y de su escalonamiento en el tiempo (problema del **timing**).

En lo tocante al primer aspecto, las Comisiones se prestan en efecto a los males del mimetismo. Pero yo creo que es más bien un intento desde fuera de ellas³ y con posterioridad a su éxito, y no algo que les sea intrínseco. El nacimiento de las Comisiones ha seguido el proceso clásico de otros fenómenos similares en otros países o en otras ocasiones aunque desde luego no como una deliberada imitación mecánica de los mismos. De todas maneras, las características compartidas con otras creaciones históricas pueden servir para apercibirse contra unos peligros también comunes: el mencheviquismo consustancial a estas formas de organización, su reabsorción y neutralización por los partidos⁴. (Obsérvese que no todos estos peligros proceden del exterior: los hay que son fruto directo de ellas mismas. ¡Por eso

1. Con verdadero masoquismo autocrítico, porque él fue el principal protagonista y la gloria de aquellos guerrilleros es la gloria del Partido Comunista.

2. Este hecho es menos trivial de lo que parece. ¿Hasta qué punto no han fallado muchos movimientos en España debido en gran parte a ese ignorarse unos a otros? En lo de 1808 la cosa parece clara.

Es curioso observar a qué extremos se está llegando en este trasvase tan inédito entre nosotros. Conocer a los animadores de las Comisiones ha llegado a ser un índice de que «se está in», como se decía antiguamente. Quien, por razones familiares, puede congregar en su hogar dos a tres Rockefellers presume, en cambio, socialmente así: «Ayer, por cierto, estubo cenando en casa Zutano» (dirigente de las Comisiones y obrero por los cuatros costados). Para ser justos, se puede citar un caso simétrico casi, de contagio pudiéramos llamarlo. Zutano o Mengano han adoptado inconscientemente esa costumbre, hasta ayer contraseña privativa de los «upper-upper», consistente en designar a los nobles por el título y no por el apellido. No dicen «Areilza», dicen «Motrico».

3. Un periódico español que se edita en el extranjero ha llegado a titular a cuatro columnas «Todo el Poder a las Comisiones Obreras».

4. Ejemplo característico: los Consejos obreros en Polonia en 1956.

es tan difícil llevar a buen puerto estas embarcaciones: no dejarse sofocar por los partidos pero también ahogar el propio afán interior de crecimiento sin variación, morir voluntariamente para renacer en una realidad más alta !)

En cuanto al **timing**, las Comisiones hasta el momento no merecen sino plácemes. Nos han parecido sin duda lentas, « economistas », pero hay que reconocer que han llevado su **escalation** con tino... Hasta ahora, repito, porque ya ha llegado el momento de pasar a mayores. Se han « pegado » al movimiento ascendente de la ola para alcanzar —junto a ella, gracias a ella— su cresta. Y ahora han de despegarse de ella, dejar de « estar en ella », encauzarla, ayudarla, **provocarla** a seguir subiendo, llevarla, llevarla sin descanso, hacer que nazca o reviva en ella el afán de romper en una ola más grande. Y perder el miedo a arruinar todo el esfuerzo, el miedo a que la ola no se convierta en oleada y de paso se deshaga en pura espuma. Dejar, en una palabra, que de la cuestión « olas », por ellos creada, se ocupen ya en lo sucesivo las viejas cosas: los partidos, los sindicatos.

¿ Quiénes^s son y qué se proponen las Comisiones ?

Podemos diferenciar varias tendencias entre los animadores de las Comisiones y, al hilo de cada una de ellas, enhebrar el análisis de la opción y la que están abocadas estas organizaciones: ¿ táctica o estrategia ?

Para un primer grupo las Comisiones se agotan puramente en lo sindical. Esta tendencia debe de estar representada por un número mínimo de individuos (aunque sea la que más esfuerzos moviliza y concita). Y aquí salta ya un primer aspecto táctico: el apoliticismo de las Comisiones por el que tanto se afanan **todos**. Yo com-

prendo (pero difícilmente) este apoliticismo.

Comprendo, primero, que se le invoque, esgrima, propugne públicamente. Y lo comprendo también porque el razonamiento tácito es claro: nos declaramos apolíticos porque perseguimos la legalidad. Es decir, no somos legalistas como corolario lógico de nuestro apoliticismo, sino que nos presentamos como apolíticos para tener derecho a la legalidad.

Pero sobre el afán legalista el juicio no puede por menos de ser duro^o. Primera cosa que observamos: las Comisiones aspiran a una legalidad cada vez mayor. El legalismo ha llegado a obsesionarles. Las Comisiones son algo que nació clandestino —o, al menos, en « menos-legalidad »— y que la va consquistando y se recrea en ella y la busca como objetivo muy fundamental. Es éste un ejemplo meridiano de medio que se come al fin. ¿ Se le puede buscar encontrar una justificación ? Sí, y muy defendible **prima facie**. La legalidad ha permitido que las Comisiones triunfen masivamente allí donde, en treinta años de planteamiento clandestino, los partidos (sin excluir ninguno) no han pasado de tener un número increíblemente bajo de militantes, esto es, de individuos activamente empeñados. « La legalidad es el huevo de Colón de las Comisiones ». Bien, no se discuta esto. Aceptémoslo así, en frío. Pero, si lo insertamos en la realidad, en la que todo existe, surge una pregunta difícil: ¿ Qué fue antes, el legalismo comisionista y sus consecuencias o la reducción impresionante (de la dureza) de la represión ? Ahora bien, esto nos llevaría demasiado lejos y a cuestiones delicadas.

Comprendo difícilmente el apoliticismo. Quiero decir, me cuesta trabajo entender que haya quiénes, también en su fuero interno y no por táctica, crean en la conveniencia del apoliticismo. La despolitización

de los españoles es uno de los tópicos más contumaces, negativos e irresponsables. (¡Despolitizados no lo están ni los escandinavos y va a estarlo España!) [La despolitización es, como el «crepúsculo de las ideologías» y otras varias, una de las quintas columnas conceptuales más inteligentes de la derecha, introducida hábilmente en el tuétano mismo de «los rojos»]. Aparte de todo, en la práctica no vige gran cosa, ni la despolitización ni el apoliticismo.

1. Porque en cualquier régimen medianamente autoritario, la definición de acto político la da el gobierno y no el ciudadano subjetivísimo. Si para el ministro o el juez protestar contra una urbanizadora es político, político será. Esto no lo saben los dirigentes en el momento de redactar —o de matizar— una consigna, pero los participantes potenciales ¡vaya que sí lo saben! A los que van a una manifestación les consta que «harán política» por el simple hecho de asistir a ella. Los que van a una manifestación son políticos.

2. Porque en todo caso la «despolitización» obrera es en España un recuerdo del pasado. La despolitización obrera termina, en cualquiera de estos regímenes, cuando termina el sistema de fijación de salarios mediante reglamentaciones. El mismo día en el que el gobierno dispuso la nueva modalidad de contratación colectiva, surgió en los trabajadores no el deseo —que es cosa antigua— sino la **necesidad** de hacer política.

3. Porque **ya existen sindicatos**, es decir, cauces para el ejercicio del apoliticismo. Para que esto no parezca una **boutade**, concretemos. Imaginemos un obrero de origen JOC o VOJ militante en las Comisiones. Pues bien su actividad sindical la concibe él en el marco de la FST o de la AST, y a las Comisiones lleva, en cambio, su afán de actuación política. Algo parecido se puede decir —y en esto hay que

extremar el tacto porque me mantengo en un plano descriptivo y no en el polémico y a nadie quisiera molestar y el que no lamente esta circunstancia es un mal nacido y todo ello constituye una gran desgracia para todos y un freno y una rémora— de los militantes de partido. De un modo análogo a cómo el católico ve su AST o FST como sindicato y las Comisiones son para él el cauce político, así también el socialista posible o el comunista, en realidad de verdad, hoy proyecta su actividad política en las Comisiones, y su «vida de partido» se mantiene tan sólo a un nivel que, con un poco de eufemismo para no herir a nadie, podría calificarse de «parapolítico». Esto, si bien se piensa, se medita, se sospesa, se pondera, se calibra, es absolutamente tremento por lo que revela y por los reajustes teóricos y mentales que nos obliga a todos a introducir en nuestra propia concepción de la realidad española.

Una segunda serie de animadores de las Comisiones ve como finalidad de las mismas el derrocamiento del general Franco. ¡Lo que son treinta años! Por un lado, para un régimen el hecho simple de su duración es **self-defeating**. Pero, por otro, esto se compensa con la inercia contrapuesta que hace que los súbditos sigan pensando en esos términos cuando la realidad es otra. Como muy bien ha demostrado el señor Sanjuán, estamos viviendo ya en pleno postfranquismo «si bien con el cadáver en casa»: al general le queda sólo un poder residual y las distintas facciones que ha tenido más o menos

5. Tratándose de un trabajo sobre estrategia y táctica, es evidente que en todo él nos referimos a los animadores y no a la base. Como la mujer del César, las masas son siempre irreprochables.

6. Sobre todo por sus consecuencias indirectas. El legalismo presupone por definición que se acepta la legalidad del régimen. Los efectos psicológicos de esta línea son obvios.

sometidas se han desatado ya y luchan encarnizadamente entre sí por la sucesión y por el poder. Por eso, proponerse tal finalidad —como individuo o corporativamente— es, además de una aberración, un desperdicio de energías y puede constituir un engaño peligrosísimo. Por el mito del antifranquismo y de la unidad antifranquista, las Comisiones —al igual que otros muchos grupos y personas— pueden llegar a no ver que están alternando⁷ con el enemigo y ya, a estas alturas de 1968, no es el enemigo de mañana sino el enemigo inmediato, el enemigo de «dentro de un momento». En estas cosas no cabe pasarse de listos: «Estamos utilizando a Fulano o al grupo tal». ¡Venga ya! ¡Esas facciones, implacables, astutas, curtidas y veteranas en estas lides, se las saben todas! (Pero sobre esta cuestión de las «confluencias» volveremos más adelante.)

Para un tercer sector de las Comisiones el propio antifranquismo no es más que un paso previo a la instalación en España de una estructura política de acuerdo con sus ideas (en este apartado pueden incluirse muchas tendencias y corrientes). Y llegamos ya al núcleo de la cuestión: ¿Son las Comisiones una finalidad «estratégica» que se agota en ella misma o constituyen simplemente un medio táctico, contingente, al servicio de una más alta empresa? Este es también el meollo del problema porque en sí contiene el germen de las futuras discrepancias que no podrán por menos de surgir, en un momento posterior, en el corazón mismo de las Comisiones, provocadas por aquellos dirigentes que no querrán que: a) rebasen su función sindical o b) sigan existiendo una vez liquidado formalmente —es decir, enterrado físicamente en su valle— el general Franco. Llegados a este punto, podemos separarnos ya de la **conversación** con las dos primeras variedades y trabar el **diálogo**

con los que nos quedan, esto es, con los «tácticos».

Pero hay dos clases de tácticos. Para unos, las Comisiones no podrán dejar de ser nunca ese instrumento táctico, subordinado e inspirado por otra organización. Para otros, no hay organización más política ni más organización política que las Comisiones y sólo cabe decir que son un medio táctico en la medida en la que más tarde hayan de «romper en una ola más grande», desaparecer voluntariamente para renacer en una realidad más alta. A los primeros llamaremos horizontalistas, a los segundos metatácticos⁸.

Comisión y Partido

¿Qué entendemos por «horizontalismo»? Cuando mi organización no está —en un punto concreto o por un tiempo— en condiciones propicias para desarrollarse, para dirigir la lucha o para aparecer como tal organización, debo: 1) procurar que no se desarrollen o dirijan o consten otras organizaciones; 2) conservar a pesar de todo la iniciativa y proporcionar las directrices recurriendo a otros cauces y, 3) —y para lograr más fácilmente los dos objetivos anteriores— crear otro tipo de organización, abierta, unitaria, de otro plano, en la que se abogue por «la superación de las diferencias entre organizaciones en aras del fin común». Esta es la técnica del horizontalismo. (Con su corolario pasivo: velar siempre por que no me hagan objeto de su horizontalismo los demás.) El horizontalismo lo llevamos todos dentro, aunque no lo tengamos explicitado. Pero naturalmente, cuanto mayor coherencia, trabazón y «deliberación» tenga una organización, tanto más probable es que se lo proponga definidamente como objetivo y tanto mayores son sus posibilidades de «llevarse al gato al agua» en cualquier colaboración horizontalista. A esto tan

sencillo⁹ se reduce la acusación de maquiavelismo, falta de escrúpulos, « te utilizan y luego te tiran por la borda », etc., **hipócritamente** invocada contra los eficaces por los líricos (En todos los órdenes de la vida, por cierto: contra el Partido Comunista por los russellianos, contra la SJ por los teatinos, contra los masones por los rotarios, contra el Arma de Artillería por los de Infantería, contra el Opus por las terebianas, contra la IBM por la Bull, contra Gandhi, si se terciara, por esos indios que se tapan la boca con una gasa para no correr el peligro de ofender a un mosquito tragándose.) Y los que se más se rasgan las vestituras en nombre del juego limpio muy contentos se sentirán si pueden alguna vez hacerles lo mismo a otros « horizontalísticamente » más débiles que ellos... si es que ya no han procedido así en el pasado y por eso se las rasgan tanto, por el humano impulso de transferir el remordimiento propio a los demás.

¿Cómo se aplica todo esto en las Comisiones? ¿Existe alguna organización que las haya creado o quiera —o pueda— utilizarlas horizontalísticamente? ¡Llame-mos al pan pan y al vino vino, aunque al buen callar llamen Sancho!

Las Comisiones y el Partido Comunista.

¿Es esta organización el Partido Comunista en el caso de las Comisiones? En cuanto a su creación, desde luego no¹⁰. ¿Y ahora, ya existentes y vigorosas? A este respecto, puede ser interesante ver cuál es la actitud del régimen.

El régimen parece haber renunciado a su viejo comodín de calificarlo todo de comunista para mejor combatirlo y desprestigiarlo ante ciertas capas de la población y ante Wáshington. Puede haber para este cambio más de una razón, pero la principal

se basa en el realismo. Se puede deformar la verdad sobre las actividades de un puñado de heroicos opositores pero no cuando se trate de una realidad masiva que a todos consta.

Pero lo importante no es si el Partido Comunista tiene horizontalizadas a las Comisiones. Supongamos que esto fuera cierto hoy. ¿Puede salir adelante en esa labor?

« Si las Comisiones hubieran existido hace diez o quince años... » se dice a veces. Es el clásico juego malabarista con el factor tiempo. Invirtiéndolo ligeramente: si las condiciones « ambientales » —tanto exteriores (relación de fuerzas, situación del campo socialista, etc.) como interiores (tensión y tesitura de los comunistas espa-

7. En la base de todo ello está el hecho de no percibir que el franquismo ya no existe, esto es, que ya no tiene sentido el planteamiento « Resistencia Unida contra el Opressor ». Esa fase pasó, y no se logró la unión porque los (teóricamente) anti-franquistas de la derecha no quisieron o no les interesaba. **Ahora**, para sus luchas entre taifas, les viene bien cobijarse al amparo de ese slogan.

8. « Horizontalistas » y « metatácticos » es casi como decir « militantes de partido » y « sin partido », pero no coincide absolutamente. Por otra parte, es normal que en las filiaciones o no filiaciones se produzcan cambios en el transcurso del tiempo.

9. ¡Pero qué proporción tan enorme de anticomunismos, antiopusismos, etc. tienen este origen pasional: la exasperación ante una eficacia envidiada!

10. Estas cosas no las crea nadie en concreto. Ni Marx hizo la Comuna ni ningún grupo político ruso los Soviets. Precedentes —precisamente por mimetismo histórico— sí había. Y el FLP II con su consigna de los Comités Permanentes puede reivindicar la primacía con el mismo derecho que el Partido Comunista con sus Comisiones Unitarias. Con más fundamento incluso, porque para él no había otra cosa mientras que el PC, en cambio, se afanaba sobre todo en la OSO, es decir, en la creación de una filial sindical.

ñoles, pernicioso «juvenilización»¹¹ del partido sobre todo)— fueran las de hace diez o quince años, la cosa estaba hecha. Existiría entonces ese grupo coherente, trabado y con un plan, que se requiriera para llevar a feliz término una horizontalización. Pero esto ya no le es posible. (Y no sólo en España: el único último ejemplo de horizontalización de un tinglado más general lograda por los comunistas será el Vietcong... y hasta en este caso se puede dudar de que acabe siendo exclusivamente comunista. En la América latina empieza ya a padecer la horizontalización en vez de dirigirla, y Cuba es también en esto una «novedad absoluta» por cuanto han sido los hombres procedentes del «26 de julio» los horizontalizadores de los viejos comunistas y no al contrario.) Más aún: admitamos que las Comisiones hayan sido —y sigan siendo— una criatura del Partido Comunista. ¿Qué ocurrirá? Ocurrirá que dejarán de serlo, siquiera sea por el simple hecho de que, de seguir así las cosas, acabarán —Saturno al revés— por «comérselo». Ya hoy se ve cómo la actividad en las Comisiones «coge» más que su vida de partido a quien es miembro de unos y otro y cómo entre las masas —por primera vez— lo popular son ellas y no él. Y esto es lo que intuye confusamente el señor Carrero y por eso no insiste en su manido clisé. ¿Deberemos alegrarnos por este desenlace inevitable los que no somos comunistas? Esto dependerá de la variedad de anticomunismo o de carencia del mismo que tenga cada uno...

Razones para el pesimismo

... pero en todo caso el hecho de que no exista junto a las Comisiones (o tras de ellas) ese grupo que resulta indispensable para el éxito de cualquier operación de horizontalización no puede por menos de

mover al pesimismo. ¿Cómo evitar que acaben en un mero sindicato o en un bello recuerdo —fósil en vida— de unidad antifranquista, o desahuciadas en la auto-crítica de un tardío Congreso del Partido Comunista?

O —más grave todavía—, ¿cómo evitar que pasen a la historia como «coparteras» de la nueva sociedad postfranquista, democrática, atlántica que alguien nos está preparando? Esto nos lleva al estudio de las consecuencias prácticas de la peligrosa confluencia.

La peligrosa confluencia

Hablábamos al principio de este artículo de la piedra de toque del *etiam inimico*? Veámosla operar en la práctica.

También en lo que se entiende por «régimen» hay muchas variedades (franquistas tácticos, franquistas estratégicos) y sub-variedades (existe incluso una especie de equivalente de los metatácticos: los coroneles a lo griego. Siempre se habla de militares que preparan algo pero siempre se piensa en que actuarían en el sentido de «traer al rey», restaurar una mayor democracia en España, etc. Y se olvida la otra posibilidad, el golpe de Estado neofascista que devuelva a España la verdadera dictadura y que, sumado a lo griego, sea, como la Marcha sobre Roma en su tiempo, el precursor a lo pobre de lo que se está cociendo en los Estados Unidos de América).

Pero los que nos interesan ahora son los «franquistas tácticos» y más concretamente los capitalistas modernos, al día. Es decir, gente para la cual el régimen o lo que queda de él sólo ha tenido un papel instrumental que ya no puede seguir desempeñando. Durante muchos años ha resultado útil, ahora conviene tirarlo por la borda, buscar una nueva fachada más aceptable y remozada y, de paso, eliminar

todos los residuos que se han vuelto contraproducentes. Y, para empezar, los sindicatos verticales...

Estos tales, que no son muy numerosos —ni falta que les hace— ni muy visibles —tienen un repertorio preciso de personalidades políticas para desempeñar esa función en todos los escalones: unas para engatusar a los sindicales, otras a los antifranquistas, otras más a los horizontalistas...—, son muy listos porque tienen una experiencia intercontinental. Si al primo Agnelli o Wendel le va bien, ¿por qué a mí no me va a ir bien?¹³ (Y de la experiencia del capital americano con sus sindicatos no hablemos¹⁴.) La central sindical única¹⁴ sería otra cuestión, pero ellos no creen en su posibilidad. Por de pronto —piensan— ya hay, aparte de las Comisiones, como cuatro o cinco sindicatos (algunos de ellos de reciente creación). Esta es la peligrosa confluencia. Naturalmente, no por ello se va a dejar de actuar pero conviene tenerla siempre presente. Los pájaros insectívoros hacen muy bien en comérselos, pero en política los agricultores son también cazadores, y más cazadores que agricultores.

Las Comisiones pueden serlo todo, empero

Las Comisiones son una creación original y fecundísima y, por su misma juventud, no están todavía definidas ni cristalizadas. Han surgido además en un momento muy notable, cuando ya empieza a sentirse confusamente que los partidos —muy dignos, muy respetables, cargados de una historia gloriosa— han dejado sin embargo de ser «operativos». Las nuevas promociones no quieren saber nada de ellos y, si muchas veces se dedican a actividades aberrantes —el pacifismo, la droga o el hinduismo—, es porque todavía no se les

presenta un cauce. Esta circunstancia es angustiosa en todos los países. Pero he aquí que en España tenemos esa creación

11. El problema central que tiene planteado el Partido Comunista español es quizá el de su nucleación por los jóvenes. En este momento singular que vivimos, la juventud —como conjunto— está a la derecha de la generación anterior. El reproche de los hijos a los padres solía ser «aburguesados, reaccionarios», hoy les llaman «iluminados, maximalistas». Más concretamente: los viejos comunistas admirables pueden «rebajar» el programa mínimo, intermedio o máximo, pero no de corazón sino por razones tácticas. Los jóvenes comunistas, por el contrario, **se lo creen** a pies juntillas. Este ha sido siempre mi reproche principal a la RN: que llevaba al PC neomilitantes que pedían el ingreso precisamente porque les gustaba dicha RN, que se ponía sobre el candelero, y no el fin último, que se ocultaba (por razones tácticas) bajo el celemin. Pero este apasionante tema me remito al capítulo 3 de mi libro **Cinco estudios tácticos** de próxima aparición.

12. Oír o leer —y no una sino muchas veces— que se comenta como un tanto logrado el hecho de que un conocido dirigente industrial haya dicho: «Debemos tratar con las Comisiones y no con los sindicatos de Solís», le deja a uno helado.

13. En los Estados Unidos las empresas han aprendido que el «boulwarism» puede no ser la actitud más eficaz. «Muchas compañías y sus direcciones reconocen que los sindicatos pueden ejercer un efecto beneficioso en la empresa si se les trata adecuadamente [...] Con el transcurso del tiempo, el sindicato abandona su papel de **competidor** [...] Asume el de **policía**, que protesta cuando un representante de la compañía comete un error pero que también mantiene a sus miembros dentro de los límites de las decisiones y procedimientos legales. En algunas empresas, esta evolución llega hasta el punto de que el sindicato se convierte en un auténtico **colaborador**, que comparte con la dirección de empresa los problemas de aumentar la eficiencia y la productividad.» (Sayles y Strauss. Los subrayados no son míos.)

14. A este respecto, cabría decir a los «estratégicos» (sindicalistas) y «tácticos» (horizontalistas) de las Comisiones que, paradójicamente, el único camino seguro para lograr la unidad sindical es plantearse las Comisiones como los metatácticos, es decir, en un plano superior al de los sindicatos y los partidos.

original y sin cristalizar¹⁵.

Todo depende, pues, en España de los hombres de las Comisiones. El primer pronóstico es pesimista por todo lo que hemos visto. No existe ese grupo a sus espaldas que pudiera enhebrar la difícil tarea. El Partido Comunista no está ya para esos trotes, al FLP (I y II) se lo llevó la trampa, ¿a quién podrán recurrir? A nadie, tendrán que discurrírselo todo ellos solos. Que valen ya se ha visto, que pueden acertar entra dentro de lo posible. Después de todo, algunos tantos a favor ya tienen para llevar a buen puerto la embarcación: una tripulación disponible, sin estrenar y

por ello capaz de todo. Empújenla sin miedo y no la frenen con exceso, consúltese con ella, cojan los viejos sextantes y no atiendan demasiado a los consejos de navegación que les vengan de las Estaciones Marítimas (que siempre están situadas a 600 kilómetros de la costa). Por todo ello, y porque el estudioso no puede dejar de sentirse emocionalmente implicado en esa larga lucha de treinta años que empezó en 1808 con la derrota de los Comuneros de Villalar, procede concluir este trabajo con semejante manifestación de esperanza.

15 de enero de 1968

2. Curas o sacerdotes. Cisma en España

Sicut simia in tecto...

El Concilio Vaticano II ha abierto las esclusas que cerró Trento. Estamos en pleno remolino de las aguas; llueven las innovaciones, se erosionan los muros de contención. En su garita de San Pedro un papa que no ama el ejercicio del poder vive en su zozobra. ¿Se desbordará el río hasta convertirse en aluvión? Todo el mundo piensa que en los Países Bajos la inundación es ya inminente. Y sin embargo, la situación de mayor peligro para la Iglesia Católica Romana está en las altas tierras de España, en el castillo roquero de la Contrarreforma.

Las manifestaciones holandesas son un producto clásico de la abundancia, un fenómeno análogo al de la **affluent society** en la vertiente civil. La plétora de todo lleva, en cualquier plano, a una «problemática del consumo» típica. Saciadas

todas sus necesidades básicas, la inquietud del hombre se proyecta sobre nuevas cuestiones de grado más alto. La Iglesia de Holanda vive «desarrolladamente», la de España ha iniciado apenas la «fase del despegue». Tan católicos son los españoles como los holandeses y tan occidentales son, por cierto, los latinoamericanos como los europeos. Pero a éstos les inquieta el problema del empleo del tiempo libre y a aquéllos el déficit de proteínas. Para un católico neerlandés el **punctum pruriens** puede ser la Presencia Real; en España se trata todavía de la Justicia Social. Por eso el peligro es mayor en España que en Holanda, para Roma aunque Roma no quiera verlo. Los tradicionales de la Curia temen la «herejía holandesa». (Pero, desde la profesión de fe ecuménica, la Iglesia Católica puede reabsorber todas

las herejías.) Los tradicionales de la Curia no advierten el « cisma español ». (Pero, desde la reafirmación del magisterio de los obispos, el mayor peligro es la autocefalia cuasicismática... que no carece de precedentes : galicanismo, josefinismo, etc.)

¿Qué es exactamente un cisma? Para la Iglesia Romana el cisma por definición ha sido el de Focio. Sumisión al poder civil y « ortodoxia » : éstos son también los dos grandes rasgos del episcopado español. Se desconfía menos de la corte de Bizancio que de Roma ; convence más el gobierno de Madrid que este nuevo Vaticano. El **Filioque** es semiherético. **Pacem in Terris** es semicomunista. Defendamos el depósito de la fe contra los laxos latinos ; protejamos el dogma contra los franceses. El último Concilio ortodoxo es Nicea II ; el último Concilio ortodoxo es Vaticano I. Tal fue la razón última (y bien intencionada) de los obispos griegos ; tal es la razón última (y no forzosamente mal intencionada) de los obispos españoles.

¿Cuáles son, más concretamente, las características de una situación cismática ? Un episcopado elegido por el poder civil, adoctrinado y sufragado por dicho poder, al que se considera —por lo menos, transitoriamente— más « seguro » doctrinalmente que a la propia autoridad religiosa central.

El episcopado español

El episcopado español es cismático **de facto**. Tiene, en efecto, todas las notas de las iglesias en cisma. En cuanto a su nombramiento, primero. El insólito sistema arcaico está desglosado en tantas fases —concebidas con la finalidad de encubrir o endulzar su regalismo— que se requiere mucho espacio para describirlo. En síntesis consiste en esto : el general Franco designa a las personas que pueden ser

obispos, esto es, nadie puede serlo si no lo ha elegido previamente este general.

En cuanto a su financiación. A este respecto la subvención del clero es lo de menos. Lo que cuenta son los privilegios, las exenciones, las franquicias, las tolerancias, las donaciones directas y, en particular, la puesta a disposición de la Iglesia de todos los medios del brazo secular. Si se quiere, se puede llegar a aceptar que no hay un solo sacerdote español que se lucre personalmente de ese caudal fabuloso pero, desde luego, son muy pocos los —incluyendo a algunos avanzados que consideran que su renuncia al sueldo del Estado es un hecho meritorio, y no un requisito previo— los que están « lavados » por casi treinta años de identificación de la eficacia apostólica con una protección excepcional y con la disponibilidad de bienes materiales. Hay, en efecto, infinidad de curas y obispos intachables, inflamados de celo por las almas, de una buena fe infinita, no necesariamente franquistas, pero para los que el Régimen es el dispensador de todos los recursos que favorecen y facilitan la difusión de la doctrina¹.

Finalmente, como corolario decisivo, la índole de su relación con el Estado, que es

15. Se pueden cifrar grandes esperanzas en esa típica capacidad que, por sus condicionamientos socioeconómicos seculares, han tenido siempre los españoles de discurrir innovaciones fecundas. No por casualidad el sector en el que más abundan los hispanismos en las demás lenguas es el político (camarilla, junta, pronunciamiento, liberal, guerrilla, camarada, etc.).

1. En lo cual, por cierto, se equivocan casi siempre. ¿Quién no puede citar cientos de casos en los que ese amparo dado por el Estado —asistencia obligatoria o fomentada incentivos económicos), a actos religiosos, asesores eclesiásticos o capellanes de plantilla hasta en la sopa, comuniones pascuales pasando lista, etc.— sólo da frutos... contraproducentes (cuando no desemboca en verdaderos sacrilegios).

la tradicional de las Iglesias del Oriente ortodoxo: el cura considerado como funcionario por el poder civil y, sobre todo, **que se concibe a sí mismo como tal funcionario**. Esto, al nivel episcopal, llega a extremos escandalosos —escándalo para la evangelización de los pobres— y (¿por qué no llamar a las cosas por su nombre?) simoniacos².

... Y porque no queremos sacar a relucir lo de la guerra y la Cruzada, aunque estaría justificado en este único caso de los obispos habida cuenta de que, como son tan longevos de suyo, todavía queda un buen número de los que firmaron aquel documento que para mayor inri llamaron « Pastoral ».

Estos son los sacerdotes..., que a los que no dan los muerden con increpaciones y a los que dan les predicán la paz y les prometen la misericordia. Y declaran santa la guerra contra los que no dan. Porque consideran santo y justo perseguir y herir con la espada de la excomunión a los que no dan; a estos mismos, si dan, los bendicen con bendición solemne (mientras ellos mismos son malditos de Dios, que ha maldecido sus bendiciones). Porque dicen a los que dan: vosotros sois hijos de la Iglesia, que honráis a nuestra madre, que os compadecéis de su pobreza, y por eso sois benditos, porque le dais. Decidme, falsos profetas... y homicidas ¿quién es la Iglesia sino el alma fiel, por la que el Señor entregó su alma querida a la muerte, para hacerla sin mancha y sin arruga? Quien a esta Iglesia le da lo que es suyo, a ése le bendecirá Dios. Pero ay, ay, hoy se cae la burra y no hay quien la levante; perece el alma y no hay quien ayude.

Así son nuestros obispos³, sobre poco más o menos.

¿Qué hacemos con ellos?

Algo hay que hacer con ellos y, como son tan nocivos, procede que las medidas que se adopten sean drásticas. El primer pronto —que le ocurre a cualquiera— es el auto de fe. No hace falta que participen todos en él. (Escójase simplemente a uno bien representativo, a don Angel Herrera⁴, pongo por caso.) No es menester que se trate de una ceremonia cruenta. (Termine el acto como terminaban algunos de los de la Inquisición, con el simple reconocimiento de sus culpas por parte del precito.)

Imaginemos por un momento la escena. Tocado con la amarilla coraza y a lomos de un mulo cedido por el Parque Móvil, entre dos hileras de buena gente de Madrid y colorado como la púrpura, vedle cómo progresa camino de la Plaza Mayor. ¡Qué duda cabe de que esta procesión daría mucha gloria a Dios y edificación y consuelo al pueblo fiel!

Si esta solución suscita algunas objeciones, puedo sugerir otra, de carácter eminentemente práctico.

En la América del Sur faltan sacerdotes. La Iglesia española se comprometió con Juan XXIII a proporcionar un cupo determinado. Hay todavía un déficit grande si se comparan los ofrecidos con los enviados. ¿Por qué no expedir cuatro buenas docenas de obispos locales como prenda segura de hispanidad? Esta idea no es para tomarla a broma. Forma parte de un plan que tiene muy perfilado el autor del presente artículo y que propondrá infatigablemente a todos los gobiernos que se sucedan en nuestro país hasta que alguno la acepte. Consiste en inventariar a todos los curas y frailes que dejan que desear por un motivo u otro. Me estoy refiriendo a los sacerdotes y religiosos que por razones varias escandalizan o no cumplen. Hecho el censo, se les envía **velis nolis**

a las Indias. Beneficios de la operación: se limpia el país de unas personas que resultan perniciosas o contraproducentes. Se enriquece a las iglesias americanas con un buen contingente de esos sacerdotes que con tanta urgencia necesitan. Y los clérigos y religiosos en cuestión que no son totalmente malos sino simplemente personas echadas a perder por las facilidades, recobran en América, enfrentados a una vida dura y a las necesidades materiales y espirituales de sus nuevos feligreses, su primigenio celo apostólico de los veinte, los doce o los ocho años de edad. Por lo que —tercer beneficio— se salvan

también esas almas, en España pecadoras.

Si el Vaticano supiera...

Si el Vaticano quisiera...

Las dos soluciones anteriormente propuestas pueden suscitar reservas en las altas esferas de Roma. Pero Roma debe saber que es ella la principal perjudicada con la permanencia en las diócesis españoles de estos obispos⁵.

Y entonces yo veo dos posibilidades.

La primera, que el Papa nombre Administradores Apostólicos para todos los obispos de nuestro país, escogiendo para

2. Se pueden invocar mil ejemplos para documentar estas afirmaciones, y algunos de ellos muy recientes. Recordaremos simplemente dos, ya antiguos.

Unos sacerdotes organizan una manifestación pacífica contra la tortura de unos detenidos políticos. La policía les golpea y les maltrata. El Código Canónico tiene previstos estos casos con todo detalle. Y, si hay una constante histórica en la administración de la Iglesia, es, desde luego, la de apoyar en cualquier circunstancia a sus hijos sacerdotes, la de defenderlos ciegamente contra cualquier ataque, **independientemente** de que esté justificado o no. ¿Cómo reaccionaron ante esta brutalidad los pastores de la Iglesia de España? En una nota episcopal publicada inmediatamente después —**sin haber oído la versión de los sacerdotes maltratados**— ¡se daba por descontada la buena fe de los policías y sólo se suponía la de los sacerdotes! Hasta el abigeo vale más que el pastor que encubre al lobo que muerde a sus ovejas.

El episcopado español se ha caracterizado siempre por su obsesión y su rigor en la interpretación del Sexto Mandamiento. Ha llegado hasta extremos de todos conocidos que enriquecen el anecdotario universal. Durante muchos años el régimen no le iba a la zaga en estas materias. Pero apareció el Desarrollo y creció el Turismo. El Estado, justificadamente desde su punto de vista, cambió radicalmente de actitud: adoptó los criterios europeos en punto a tolerancia en los modos de vestir y de bañarse y censura de espectáculos y publicaciones. Los obispos españoles —para los que, por muy extraño que esto les resulte a otros episcopados, la

observancia exhaustiva y casuística del citado Mandamiento constituye una cuestión central y sustantiva— ¿qué hicieron? A partir de la invasión masiva de los turistas y de la nueva política sexual del Ministerio de Información, han guardado un silencio notable o, a lo sumo, han protestado en tono menor y sin ruido, procurando no molestar al Dispensador de todos los Beneficios.

3. Claro está que con honrosas excepciones (no más de tres o cuatro, empero) como cierto conocido obispo al que sus colegas han reducido prácticamente al ostracismo.

4. Podría ser otro, naturalmente. Pero a alguien habrá que elegir porque los nombres propuestos serán muchos pero conviene limitar el acto a uno solo por lo que es evidente que no se podrán atender todas las peticiones.

5. Todo esto, dicho sea de paso, debería hacer reflexionar a los que no reconocen ninguna cualidad a Pío XII. Por muy singular que parezca, el mal está, para España, en la colegialidad (policentrismo). Un papa autoritario y centralista —por muy integrista que sea— es preferible, en nuestro caso español, a una Conferencia Episcopal, soberana y autónoma, integrada por unos varones que nadie niega que sean piadosos o inflamados, o de una buena voluntad infinita, pero que tienen menos luces que una Urbanización, más resabios que un toro indultado y menos conocimiento del siglo XX que el cardenal Cisneros.

desempeñar estas funciones a monseñores italianos de la Curia y, por tanto, de toda su confianza.

La segunda, por si la primera plantea el obstáculo de la nacionalidad y la consiguiente oposición de las autoridades civiles, es absolutamente realista, irreproachable y muy interesante. (Además, el momento actual es favorabilísimo: en enero de 1968 había en España casi veinte sedes episcopales sin cubrir.) Se trata de lo siguiente: el Vaticano nombra como obispos auxiliares con derecho a sucesión⁶ en todas las diócesis a sacerdotes españoles de los que actualmente estudian en Roma o en ella se han formado. Con la cláusula *sine qua non* de que esos nuevos obispos no habrán de esperar a la muerte, dimisión o incapacidad senil de los titulares para pasar a encargarse de toda la administración diocesana⁷.

De este modo, sin extremosidades (porque yo reconozco que el auto de fe —aun gustando en Roma— sería difícil de llevar a la práctica y que el envío coactivo de una remesa global de obispos a América se enfrentaría con ciertas disposiciones del

Derecho Canónico) pero con la eficacia debida, quedaría desatado el gravísimo nudo gordiano que puede acabar estrangulando el catolicismo en nuestro país.

Si el Vaticano quisiera, si el Vaticano supiera, si al Vaticano le constara en dónde están sus verdaderos intereses, la cosa quedaba resuelta de un plumazo. A.M.D.G.

Enero de 1968

6. Como es sabido, en este caso particular no interviene el Estado en los nombramientos.

7. Ninguna de estas dos propuestas tiene nada de disparatado. Las dos cuentan con precedentes. Cuando el obispo de Vitoria empezó a disgustar al general Franco, la Santa Sede se apresuró a mandarle a un convento y nombró un Administrador Apostólico. Cuando el cardenal Segura empezó a resultarles excesivo a uno y a otra, se descolgó en Sevilla un arzobispo auxiliar con derecho a sucesión y a quitarle todas sus atribuciones.

La cita inicial y el párrafo en cursiva son de san Antonio de Padua. *S. Antonii Patavini Conf. Sermones dominicales et in solemnitatibus*. Ed. A. M. Locatelli, vol. I, Patavii, 1895, ed. I. Munaron, I. Perin, M. Scremini, vol. II, Sermón para el Domingo VIII después de Pentecostés, p. 328-329. He sustituido por puntos suspensivos sus insultos directos, demasiado brutales para mi gusto.

Teología y revolución socialista

Desde hace aproximadamente un par de años, la llamada **izquierda teológica** en España viene insistiendo reiterativamente en la urgencia de construir una **Teología de la Revolución**. Naturalmente, hasta nuestros días no se ha dado una explicación a estas tentativas ni una fundamentación **racional**, real en efecto, a aquellos que integran y militan en organizaciones políticas con total dimensión revolucionaria. Podría pensarse con toda razón que nuevamente se está en el inicio de un **sofisma** y que cualquier desarrollo de la «ciencia» teológica en tal sentido vendría viciado desde su base **irracional** de partida y desde su posición social y política (nos referimos concretamente al progresismo católico militante) manifiestamente ambigua.

Al hablar de revolución, claro está, hay que concretar en la socialista (que es cosa bien diferente a actitudes políticas antifranquistas). Un proceso con sus etapas y su estrategia bien enraizada en el momento histórico. Un método y un amplio bagaje proveniente a ciencia cierta del campo marxista. Un protagonista histórico, la clase obrera. Entonces, ¿qué podrían aportar de nuevo los intentos de los teólogos y su fanatismo religioso al hacer una **Teología de la Revolución**? Partiendo de una base **irracional** y gratuita, profética y no política, no cabe duda que inyectaría nuevas dosis de desquiciamiento. ¿Van los teólogos, con su **Teología de la Revolución**, a convertirse en «teóricos de la revolución»? Esto resultaría de una comicidad sumamente desagradable. ¿Van a potenciar una «revolución cristiana», arrastrando a los creyentes de izquierda hacia un **socialismo cristiano**? Porque lo lógico es, evidentemente, que una **Teología de la Revolución** termine desembocando en el apuntalamiento y defensa de un **socialismo teocrático**, flotando sobre la marcha real de la historia.

En todos los círculos católicos-progresistas de la península desde La Coruña a Almería, desde Cataluña a Cádiz —se ha puesto de moda hablar de **Teología de la Revolución**. Mas llega a resultar alarmante cuando se oyen, más o menos, las mismas palabras en grupos obreros (algunos de ellos pertenecientes a Comisiones Obreras) integrados en organizaciones apostólicas (HOAC-JOC) o que, siendo creyentes,

militan en alguna organización de acción sindical. Se da el caso que el nuevo lenguaje «teológico-revolucionario» hace olvidar los válidos presupuestos teóricos para una acción del proletariado en vías a una liberación y a una construcción de la sociedad socialista en España.

Indudablemente, el progresismo católico —sobre todo, a niveles de teólogos— se ha encontrado en un callejón sin salida. Con frecuencia, los teólogos echan mano del marxismo y de sus teóricos, mezclando marxismo y teología, Dios y Marx. Y nuevamente surge la confusión, pero con mayor aumento. Es bien patente el desconocimiento del marxismo por tales personas —según puede comprobarse asistiendo a sus charlas o leyendo detenida y críticamente sus trabajos—, logrando unas construcciones teóricas que, en un régimen de libertades públicas, serían fácilmente contrarrestadas y en tribuna pública.

Dos sugerencias y desde la barrera: el teólogo progresista aún puede **desmitizar** y incidir positivamente y desde su posición de estudioso de la teología, de amplios sectores del catolicismo español, poniendo en práctica su **profetismo**. Sembrando incentivos en la lucha contra los opresores. Pero sin salirse de su campo y sin llegar a convertirse en falso profeta del marxismo.

Y la otra sugerencia, sería que saltase del profetismo a la política revolucionaria. Y en este supuesto, la lógica dialéctica y las construcciones **racionales** se habrían de respetar e imponer. Entrando en terreno de la política activa y, seguramente, de la **fraternidad** que se origina al aceptar una disciplina organizativa. Creo que los versos de Carlos Álvarez —poderosos esta vez— apuntan con luminosidad a nuestra breve nota. En su **Mensaje a Fidel Castro**, en 1962, señalaba:

y sin embargo,
Jesús de Nazareth el carpintero
se echó el fusil al hombro,
y fue a Sierra Maestra con los tuyos
para poner su brazo y su martillo
al servicio de Cuba, de la tierra
del amor y el hombre renacidos.

Daniel Artigues

el opus dei en españa

La primera visión de conjunto de una asombrosa aventura : cómo el modesto grupo religioso de 1928 se ha convertido en una poderosa organización que ha marcado profundamente la evolución ideológica y política de España después de 1939.

Sumario

I. José María Escrivá de Balaguer y Albas. Los comienzos del Opus Dei. Su acción universitaria antes de la guerra civil. El Padre Escrivá durante la guerra : 1. José María Escrivá de Balaguer ; 2. La Universidad española en 1926-1930 ; 3. La Junta para Ampliación de Estudios y la Institución Libre de Enseñanza ; 4. Angel Herrera y la Asociación Católica Nacional de Propagandistas ; 5. La « vida oculta » del Opus Dei (1928-1936) ; 6. El Padre Escrivá y su grupo durante la guerra civil (1936-1939). **II. El Opus Dei de 1939 a 1947. Desarrollo de la Obra. Implantación en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas y en la enseñanza superior :** 1. La evolución del Opus Dei de 1939 a 1947 ; 2. El Opus Dei y el Consejo Superior de Investigaciones Científicas ; 3. El Opus Dei y la conquista de las cátedras universitarias (1939-1947). **III. El Opus Dei, Instituto Secular. Su organización. Su espíritu. Sus métodos :** 1. Los Institutos Seculares : su naturaleza exacta ; 2. El Opus Dei, Instituto Secular : a) Organización general ; b) Las diversas categorías de los miembros del Opus Dei ; c) Camino y la espiritualidad del Opus Dei ; d) La vida espiritual de los miembros del Opus Dei ; e) El voto de pobreza y el Opus Dei. Las finanzas de la Obra ; f) El voto de obediencia en el Opus Dei. Sus repercusiones sobre la vida profesional de los miembros de la Obra ; g) Secreto y discreción en el Opus Dei ; h) El Opus Dei, el poder y la conquista de las élites ; i) La rama femenina del Opus Dei ; j) Opus Dei, clero y Acción Católica ; k) La permanente « crisis del Estatuto » del Opus Dei ; el Opus Dei y Vaticano II. **IV. El Opus Dei de 1947 a 1957. La fase ideológica. La « Tercera Fuerza » :** 1. A la búsqueda de una ideología. La « minoría activa » de 1948 (1947-1951) ; 2. El Ministerio de julio de 1951. La « Tercera Fuerza » (1951-1955) ; 3. La crisis de 1956 y el gobierno del 25 de febrero de 1957. Libros y artículos consultados. Índice de nombres.

184 páginas

21 F



Ediciones Ruedo ibérico
Ayuntamiento de Madrid

CUADERNOS AMERICANOS

Ofrecemos las siguientes obras

Dólares

Hispanoamérica en lucha por su independencia
por varios autores 2,—

Trayectoria ideológica de la revolución mexicana
por Jesús Silva Herzog 1,20

La reforma agraria en México
por Emilio Romero Espinosa 1,20

El drama de la América latina. El caso de México
por Fernando Carmona 2,50

Guatemala, prólogo y epílogo de una revolución
por Fedro Guillén 0,80

El panamericanismo. De la Doctrina Monroe a la Doctrina Johnson
por Alonso Aguilar Monteverde 1,—

Historia de la expropiación de la empresas petroleras
por Jesús Silva Herzog 1,50

A los precios anteriores se agregará el coste del porte postal

Representantes exclusivos en Europa

Editions Ruedo ibérico

5, rue Aubriot, Paris 4

Ayuntamiento de Madrid

En el sumario de este fascículo :

Juan Martínez Allier : ¿Un edificio capitalista con una fachada feudal ? El latifundio en Andalucía y en América latina ●● André G. Frank : ¿Quién es el enemigo inmediato ? Latinoamérica : subdesarrollo capitalista o revolución socialista ●●● Luis Cernuda : Vientres sentados - Homenaje ● Florentino Martino : Luis Cernuda y la joven poesía española ●●●●● Julio Cerón : Problemas de táctica y estrategia : 1. Las comisiones obreras entre la táctica y la estrategia ; 2. Cisma en España : Curas o sacerdotes.

En los próximos números :

**René Depestre : Las aventuras de la negritud
Manuel Maldonado-Denis : Puerto-Rico : modelo de colonialismo y el colonialismo como modelo
Ruy Mauro Marini : Dialéctica del desarrollo capitalista en el Brasil
Chandler Thompson : La «subcultura» norteamericana
Santos Juliá Díaz : Pablo VI y la guerra del Vietnam
Quaderni Rossi : La revolución cultural socialista en China
Lucio Magri : Hacia un nuevo realismo
Raniero Panzieri : Lucha obrera en el desarrollo capitalista
Julio Cerón : Política y neocapitalismo
Juan Naranco : Los aumentos de salarios y la crisis de la pequeña propiedad
Gerardo Núñez : España : también colonia de los trusts europeos
Clara Barrondo, José Campillo, Francisco Ramón Carmona, Ignacio Fernández de Castro e Iñigo : La emigración y Europa**

Prix : 7 F